

La Esfera

Año XII

Núm. 582



Canara Fcs

«Valencianas», cuadro original de José Pinazo



LA NOVELA SEMANAL

SÓLO CUESTA TREINTA CÉNTIMOS

PERO VALE TANTO COMO UN LIBRO DE CINCO PESETAS, PORQUE SIEMPRE DA EN SUS PAGINAS UNA NOVELA INEDITA DE LOS PRIMEROS AUTORES CONTEMPORANEOS O UNA EDICION ESMERADISIMA DE LAS MEJORES NARRACIONES BREVES :: DE LOS MAESTROS DEL SIGLO XIX ::

ESTA SEMANA PUBLICA UNA NOVELA DE

CARLOS MARÍA OCANTOS

TITULADA

LA VIUDA

En la segunda quincena de Febrero aparecerá

Los cuervos sobre el amor

Amenísima y emocionante novela, escrita por

«EL CABALLERO AUDAZ»

PEDIDOS:

“RENACIMIENTO”. — Preciados, 46, Madrid

HESPERIA

Revista teosófica
:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de subscripción en España:
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á librerías y corresponsales.

DIAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE
Fernando VI, 5. — Madrid

SEDLITZ CH. CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de la SANGRE
URIACH C.º, 49, Bruch. BARCELONA

Tos, Catarros, Bronquitis. Curación pronta y segura
con **BENZODINA** Poderoso antiséptico de las vías respiratorias

Crème Simon

Tendréis siempre un color puro y diáfano, una piel suave y fina empleando la

CRÈME SIMON
PARIS

Preparada con productos puros, de perfume agradable, resulta insustituible en el tocador de toda mujer que celosa de su belleza, quiere conservar la frescura y transparencia de la piel.

POLVOS y JABÓN

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO

DISPEPSIA

ACEDIAS Y VÓMITOS

INAPETENCIA

FLATULENCIAS

DIARREAS EN NIÑOS

y Adultos que, a veces, alternan con

ESTREÑIMIENTO

DILATACIÓN Y ÚLCERA

del Estómago

DISENTERIA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

Gourmet

LA MEJOR SOPA

ANUNCIOS PUBLICITARIOS

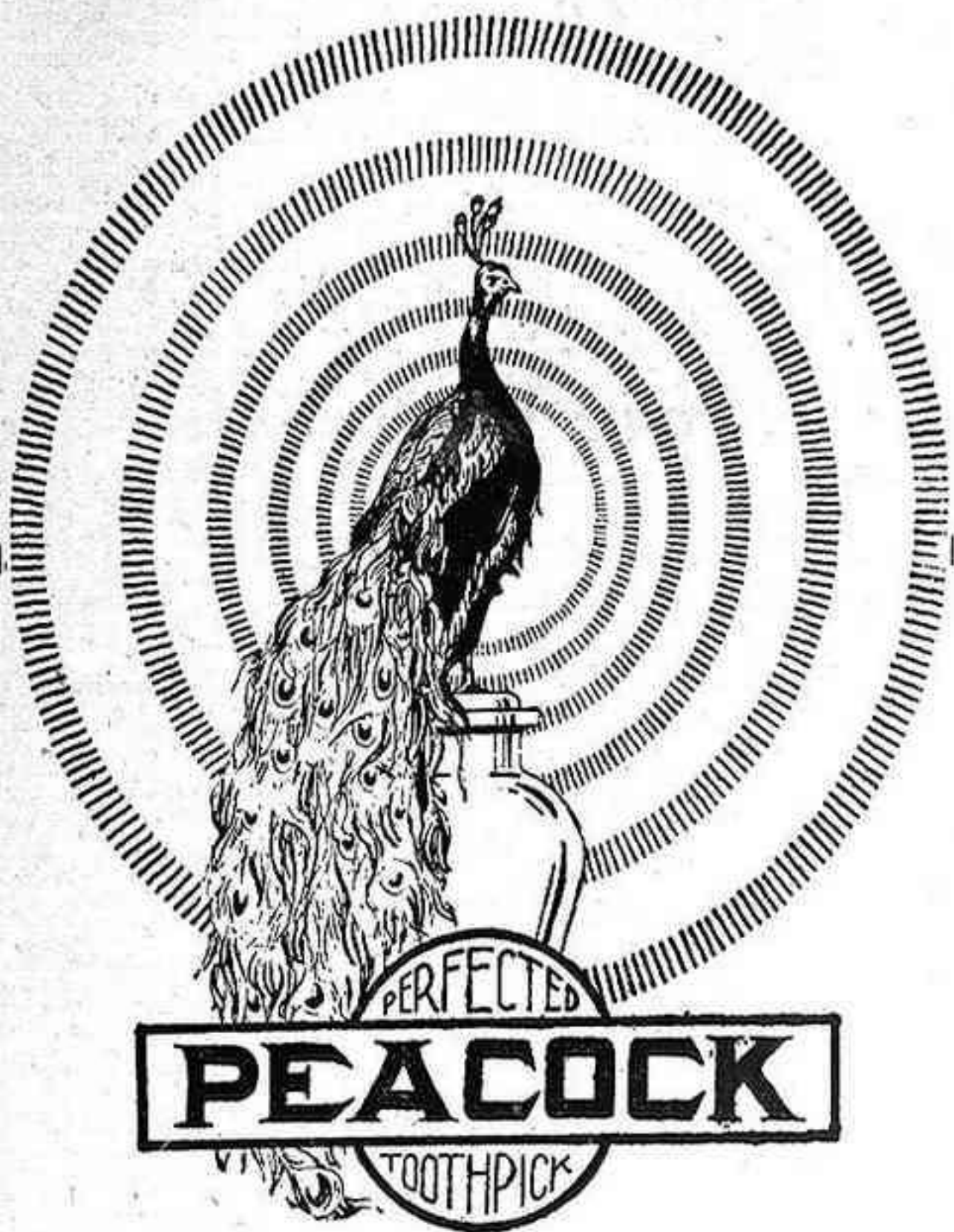
ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES



LA CORUÑA



LOS DIENTES DEBEN LIMPIARSE
CON PALILLOS DESINFECTADOS

Usad en vuestra casa los palillos PEACOCK (Pavo Real), de
madera especial esterilizada, y exigidlos en el Bar, en la Fonda, en el Hotel

Agente exclusivo: **MANUEL ZAPATA Y ZAPATA**
Panaderas, 13 LA CORUÑA (España)

CONSTRUCCIONES NAVALES

MOTORES
MARINOS

MOTORES
INDUSTRIALES



Talleres "ACO" (S. A.)

Delegación de MADRID: Sagasta, 26, bajo - Picavia, 26, bajo, LA CORUÑA



ORZAN

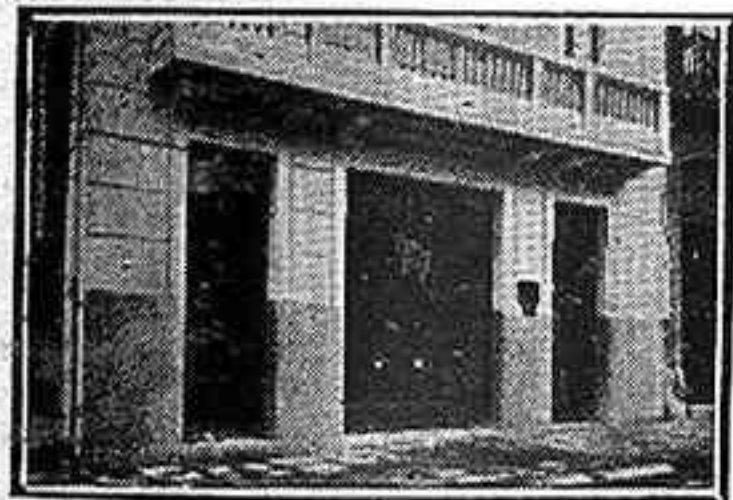
Polvos ORZAN

ANTISEPTICOS: REFRESCANTES

Los mejores para los niños - Los preferidos por las señoras

Para la limpieza de la boca y su perfume use la
Crema Dentífrica

ORZAN



Fachada de la Agencia
"Studebaker"
J. L. Campos, Coruña.

Studebaker Automóviles "STUDEBAKER"

Agente general para GALICIA:

J. L. CAMPOS Juana de Vega, 19 LA CORUÑA

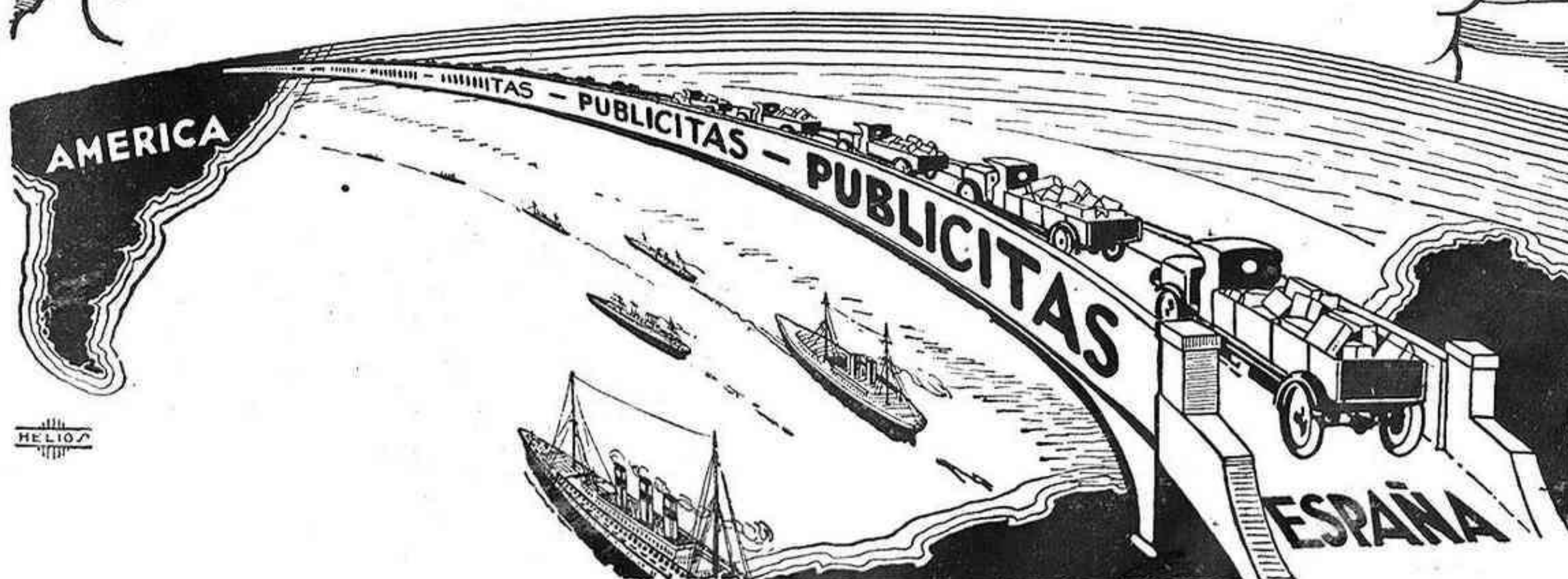
UN PUENTE SOBRE EL ATLANTICO

Esa maravilla de ingeniería la realiza «PUBLICITAS». Fácilmente pueden llegar los productos españoles a las costas de América. «PUBLICITAS» informará a usted gratuitamente acerca de la campaña de propaganda más adecuada para introducir sus productos en América. Escribanos. América es el pueblo más indicado para la expansión del comercio español.

"PUBLICITAS"

Avenida Conde de Peñalver, 13, MADRID

Ronda de San Pedro, 11, BARCELONA



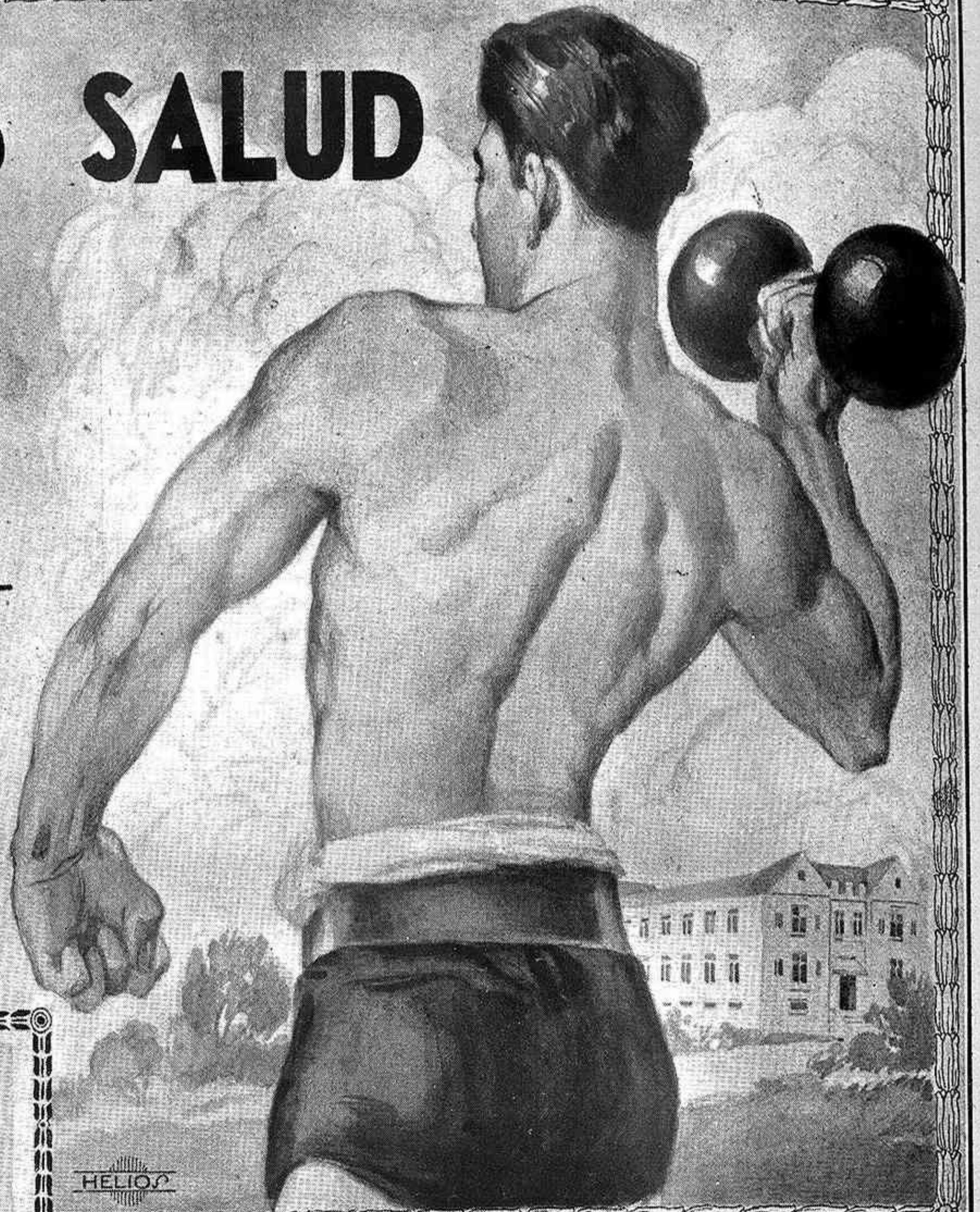
HELIOS

ESPAÑA

HIPOFOSFITOS SALUD

Contiene los elementos que necesita usted para vigorizar sus músculos, tonificar sus nervios, estimular su apetito y vencer definitivamente la debilidad, la neurastenia y el cansancio cerebral.

Desde hoy puede usted ser hombre fuerte tomando este famoso tónico reconstituyente.



Más de 35 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.

HELIOS



LA NOVELA SEMANAL

PUBLICARÁ DURANTE EL MES DE MARZO

CUATRO NOVELAS ESPAÑOLAS
DE EXTRAORDINARIO INTERÉS

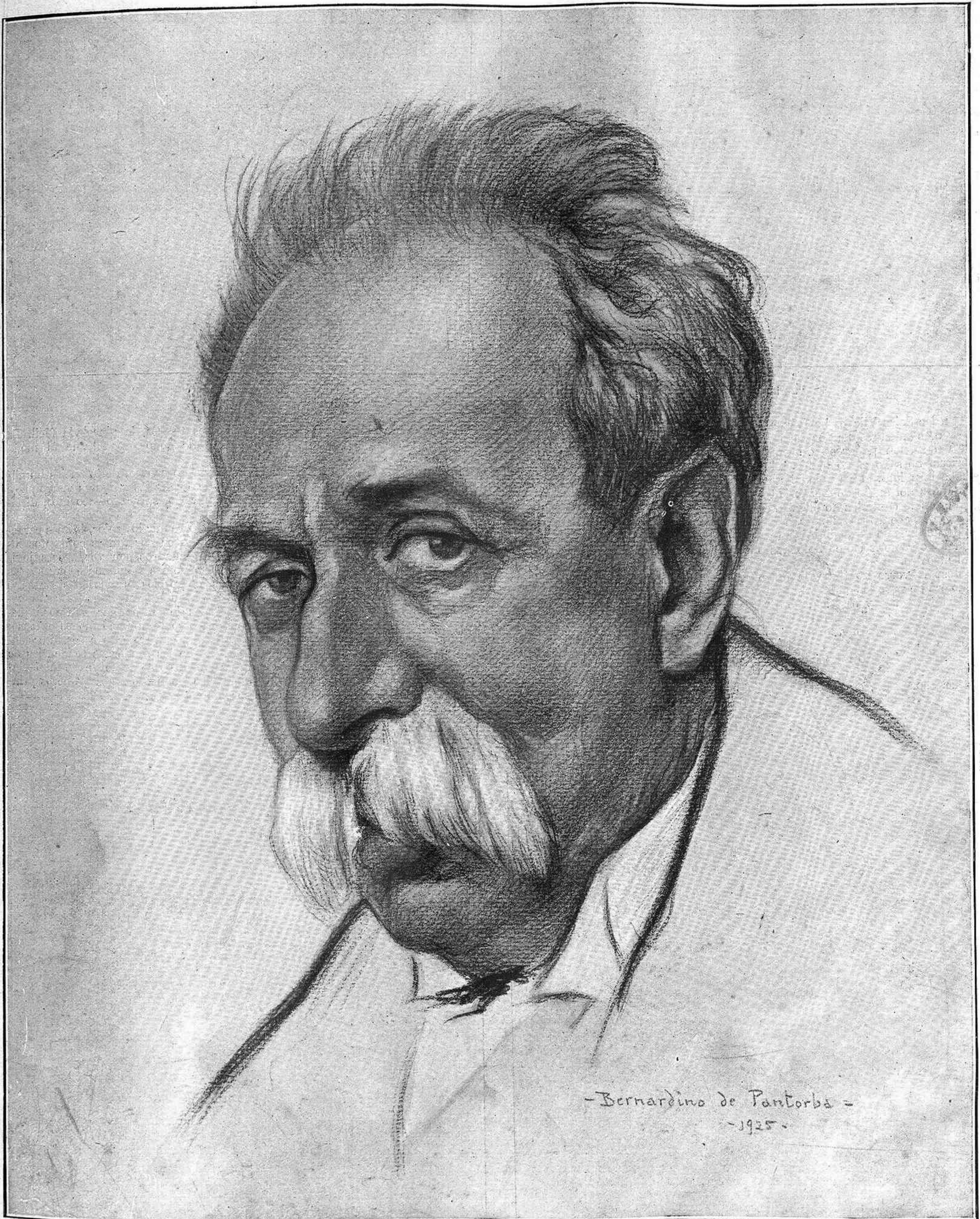
EN LA NOCHE MILAGROSA, de Alejandro Larrubiera

EL AZOTADO, de Diego San José

LA MELENA DE LA DISCORDIA, de Carmen de Burgos

PIPA, de "Clarín" (Ilustraciones de Manchón)

PRECIO DE CADA NÚMERO:
TREINTA CÉNTIMOS

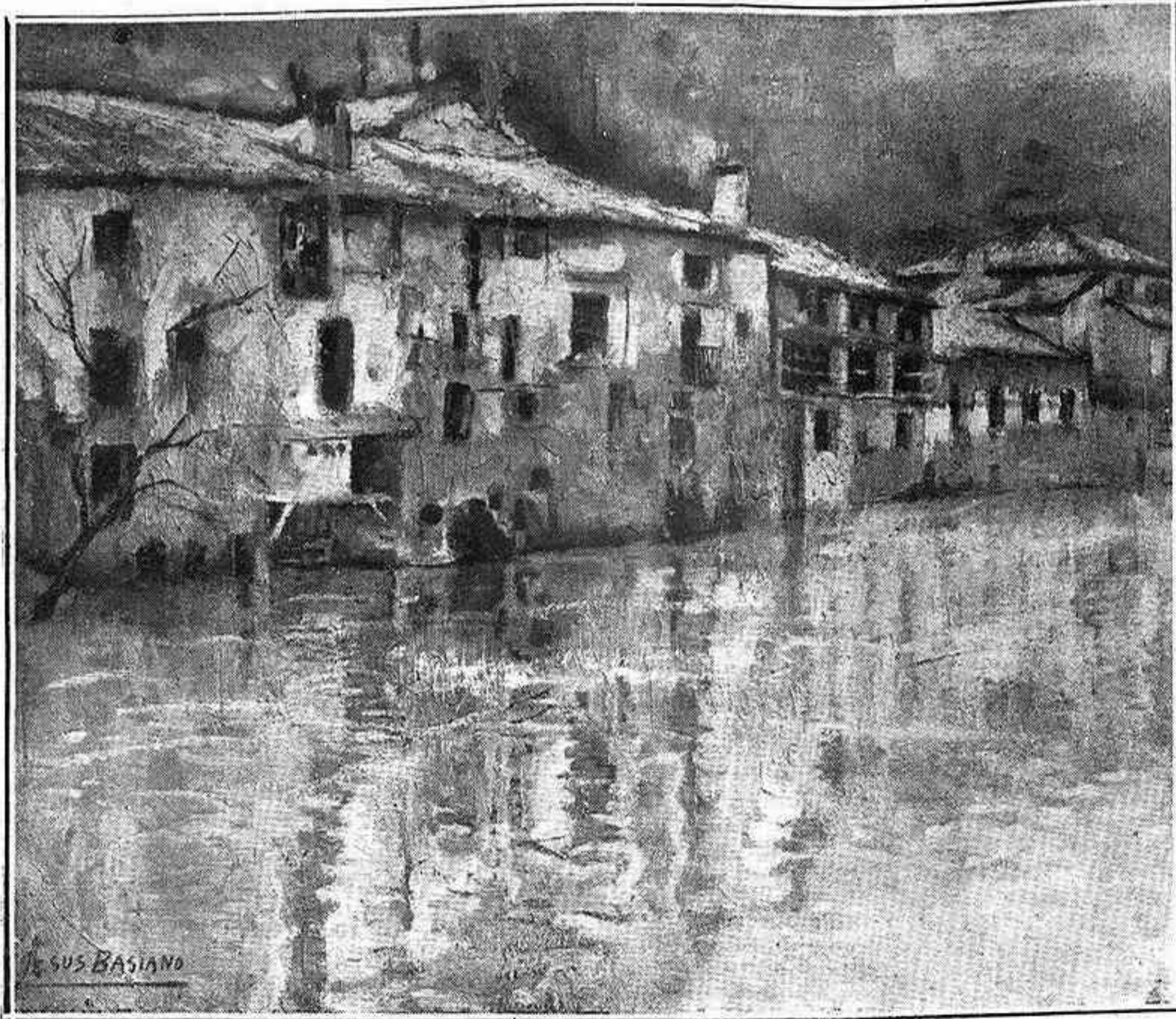


ROSTROS ESPAÑOLES

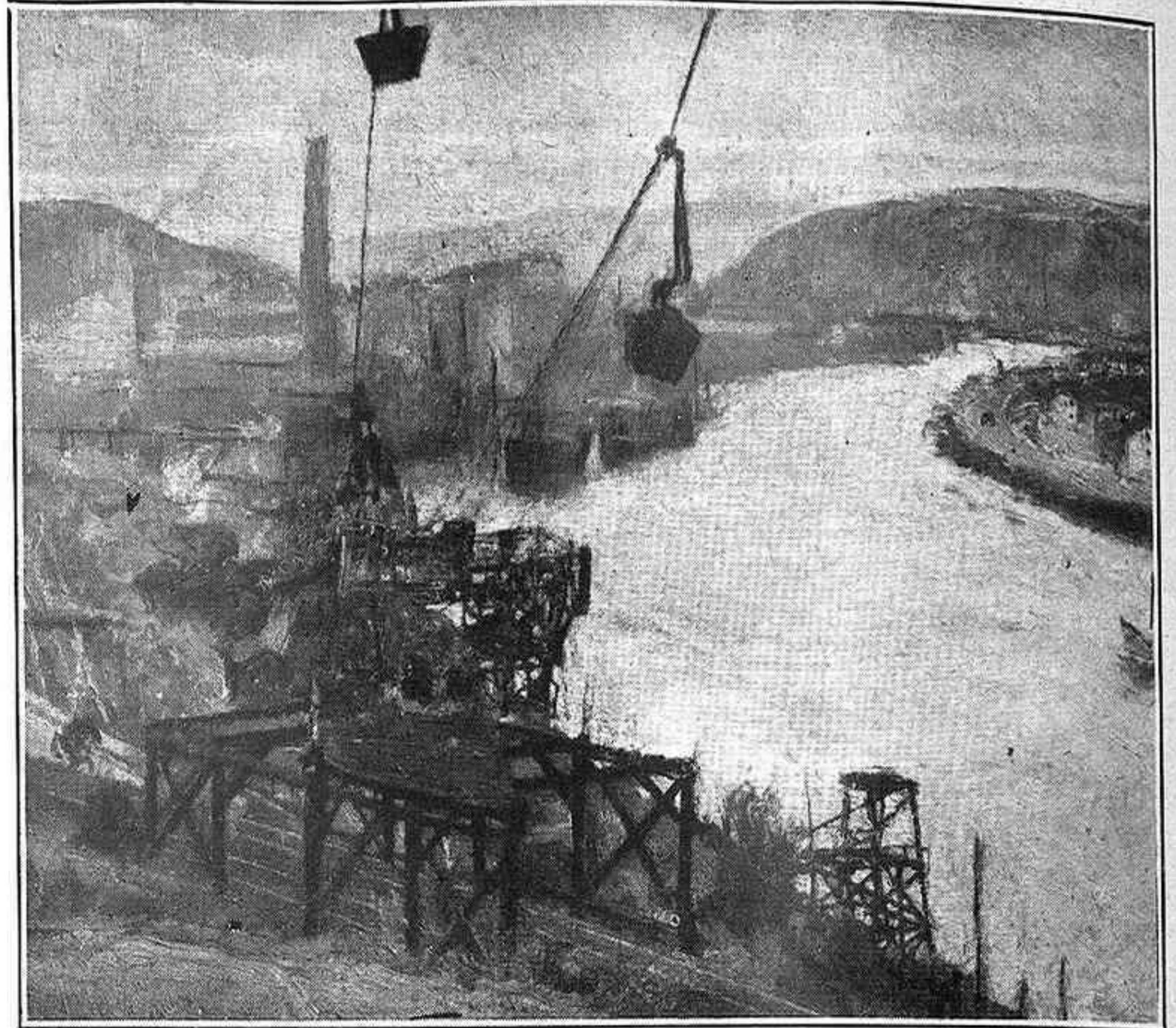
JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO

Figura admirable de nuestra Ciencia es la de D. José Rodríguez Carracido, el ilustre rector de nuestra Universidad, que tan entusiasta y fervorosa labor viene realizando desde su cátedra de la Central en pro de nuestra juventud. La Ciencia española tiene en él uno de sus más sólidos prestigios y de los más universalmente reconocidos. Día á día su figura crece y es más noble y más apasionado su trabajo en la cátedra y en el laboratorio, donde el ilustre sabio se esfuerza ávidamente en añadir nuevos esplendores á la Ciencia española

DIBUJO DE BERNARDINO DE PANTORBA



"La inundación"



"La ría"

(Cuadros de Jesús Basiano)

EN las Salas Vilches ha fulgurado durante unos días aquel resplandor del sorollismo que fuera tentación peligrosa de muchas falenas pictóricas. Se sabe cómo la fórmula sorollista inflamaba la paleta de los valencianos coetáneos ó sucedáneos del autor de *Triste Herencia*.

Pero sólo contados de ellos tenían, dentro de la luz ajena, acento propio. Eran más los que venecía el deslumbramiento y abdicaban de todo rasgo personal y característico en holocausto á la revelación del maestro.

José Navarro no figuraba entre estos últimos, sino era de aquellos en la primacía consciente de la filiación técnica y estética, pero también dotados de la peculiar calidad. Su sorollismo indiscutible no llegaba á dañar el valor positivo de creador independiente.

En Madrid pudo apreciarse por primera vez la interesante faceta pictórica de Navarro dentro de la escuela sorollista, cuando la Exposición Valenciana

de 1923. En la América del Sur ya era más conocido por cómo supieron aprovechar los marchantes aquella pasmosa identidad de procedimiento que igualaba muchas veces un apunte, una nota de Navarro con las de Sorolla.

Navarro murió joven y desafortunado. No podríamos decir si—es lógico suponerlo—el tiempo habría cambiado sus preferencias temáticas y facturales. Acaso la madurez hubiese traído para él nuevas inquietudes que transformarían su personalidad y la libertasen del influjo tan gustosa y sumisamente sufrido.

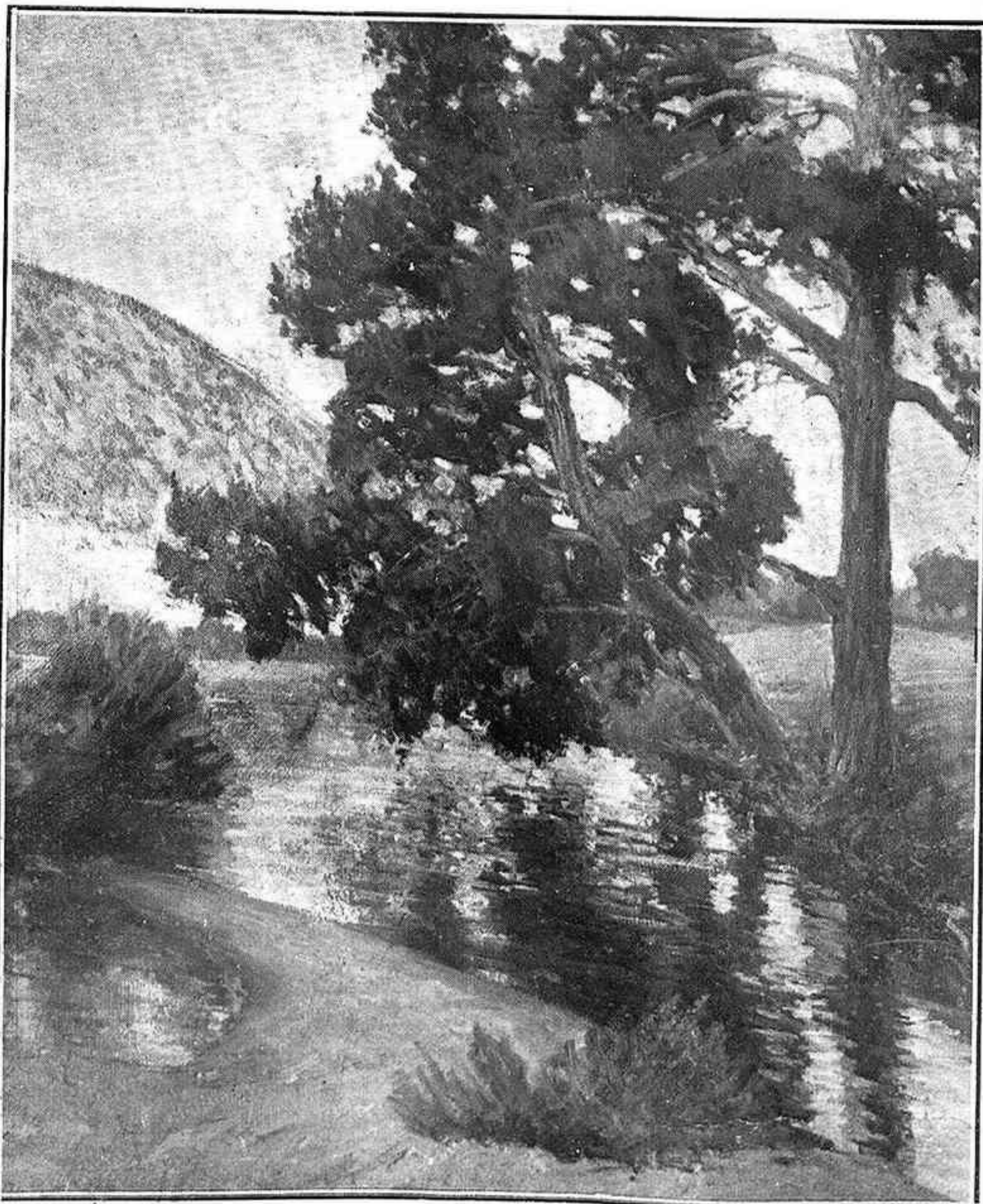
Pero, tal como ha quedado, su obra tiene ya un mérito definido y concreto. Hace pensar en Sorolla, alcanza la potencia lumínica del maestro y, sin embargo, adivinamos en seguida una sensibilidad sutilísima, algo más interesante que la hábil asimilación de una manera.

José Navarro ama el aire libre, la radiante claridad levantina, las bellas transparencias, los ner-

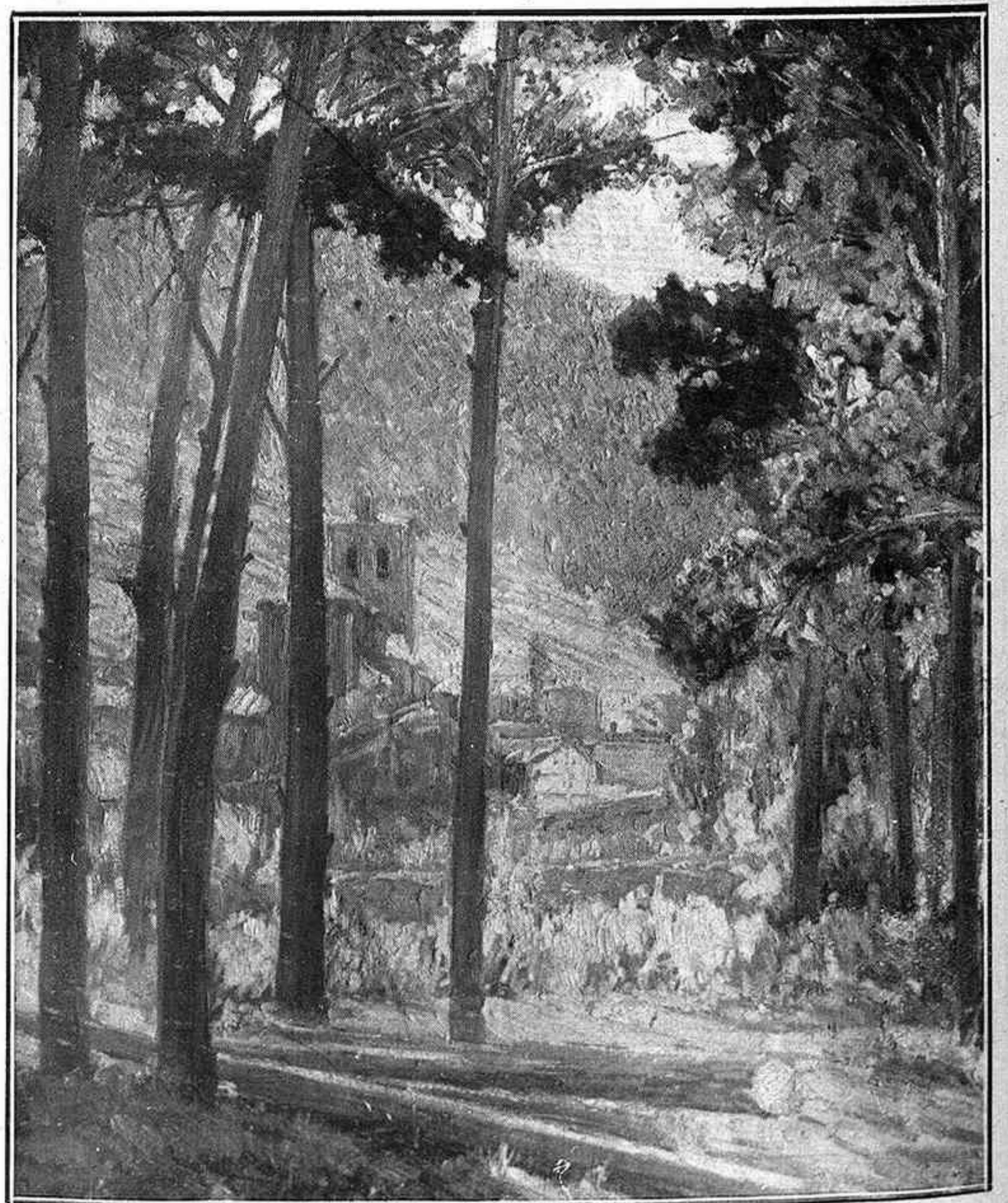
viosos y vibrantes toques, la pincelada fácil. Es el impresionista al modo español, no al modo francés.

Temas de playa, de campo, de infancias humildes y jubilosas, de escenarios y figuras marroquíes. Y todo ello empapado, saturado—«cocido», diríamos—de sol.

Vilches ha sabido reunir lo mejor, lo más característico de este pintor por tantos conceptos interesante. Algunos cuadros son verdaderas joyitas. Rutilan como gemas hábilmente engastadas en metales ricos, como ciertas vigorosas fantasías cromáticas, á lo Frank Brangwyn. Sabrosas gamas de color, gratas de contemplar, aun por aquellos que prefieran otro luminismo menos extenso. Muestras expresivas, con derecho á ser intercaladas en la historia de las modernas tendencias de nuestra pintura, cuando se trate de definir—sintético, esquemático, reducido á sus primeros principios—el sorollismo.



"El Duero"



"Contraluz"

(Cuadros de Luis Huidobro)



"El pequeño aguador"



"Tipos marroquíes"

(Cuadros de José Navarro)

En el Salón Nancy, luchando con la adversa condición del fondo, los cuadros del paisajista Basiano ofrecían su noble sobriedad, su sencillez tierna, ese íntimo sentimiento de verdadero arte que va dejando de ser frecuente en la codicia exhibicionista de los pintores actuales.

Basiano se formó en la atmósfera de Regoyos y que respiró Regoyos durante su vida extasiada de naturaleza. Así tiene igual concepto de lo que debe ser un paisaje como fidelidad cromática y como impulso sentimental. Es precisamente Basiano quien entre los jóvenes paisajistas sostiene el culto estético al maestro asturiano.

Como Regoyos, es un solitario y un vagabundo de las emociones paisajistas. Como Regoyos, se asfixia un poco en las grandes ciudades y en los pequeños cenáculos. Como Regoyos, ama entrañablemente las cumbres y los valles vascos, aun no habiendo nacido tampoco en Vizcaya.

Basiano es navarro. Hace años vimos unos cuadros suyos en el Salón Iturrioz, recién desprendidos de la tierra madre. Luego le hemos encontrado cuando él quería mostrarse, porque ya se ha dicho que prefiere la libertad de campos y cimas a la heteróclita confusión de las Exposiciones colectivas.

Pero de cuando en cuando los lienzos de Basiano remansaban nuestra mirada entre los que la irritaban o la entristecían.

Y siempre con este dulce afecto a las cosas nobles o las claridades fugitivas: árboles, nubes, ríos, templos humildes y viejos. La Naturaleza adquiere en el arte de Basiano una gracia fecunda, una serenidad sonriente. Nos hallamos a gusto en su contemplación. Porque es así, lejos del énfasis y de la pedantería que suelen tener ya demasiados paisajistas, cómo se la puede considerar más asequible al afecto y a la gratitud del hombre, hijo de ella y que en ella había de reposar.

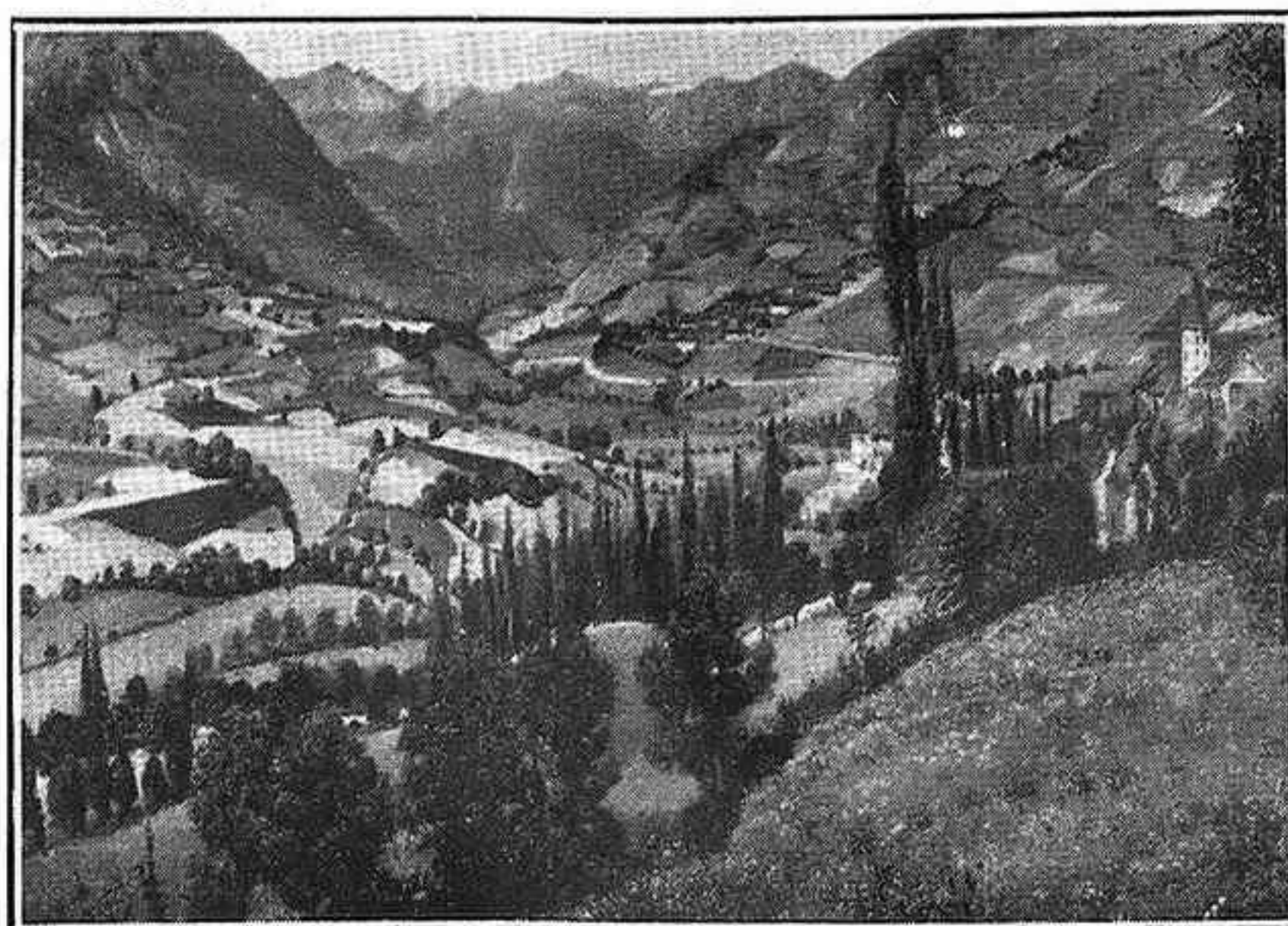
•••••

Luis Huidobro ha colmado el Salón del Círculo de Bellas Artes con la franca y tumultuaria fecundidad de su pintura.

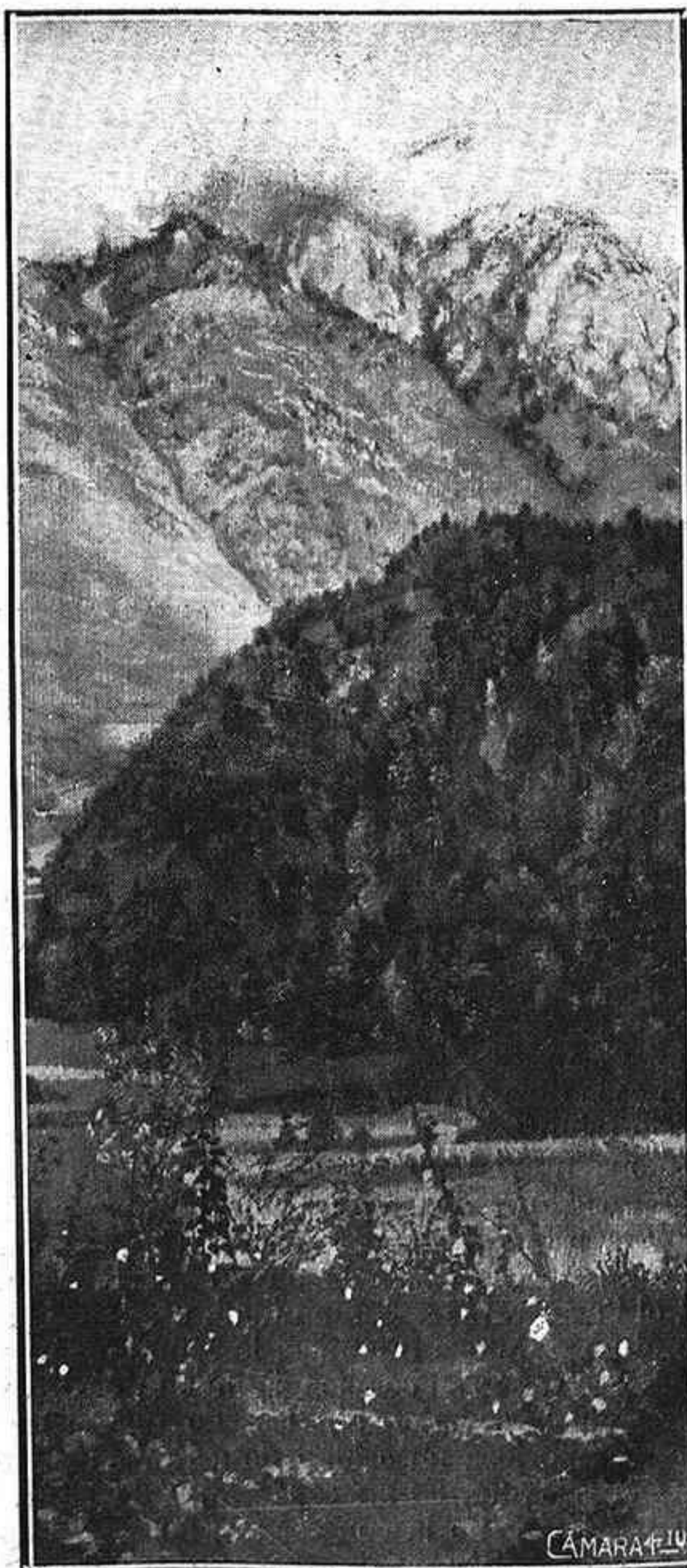
Cerca de cien obras, entre cuadros, bocetos, apuntes de diversas inspiración y técnica. Una gran diversidad de motivos y lugares, también. Figuras realistas, mordentes, líricos, ensayos decorativos y paisajes. Paisajes sobre todo. Al tiempo que sus cuadros grandes de ambiente y costumbres madrileños, Huidobro gusta de pintar la Naturaleza libre, los rincones típicos de las ciudades viejas y las campiñas de las diferentes regiones.

Así esta exposición suya da la idea del temperamento insaciable e insatisfecho del artista, es un índice cromático de sus paseatas a lo largo de España. Con simpático impudor no oculta el público sus búsquedas ansiosas por una ruta paralela a la de su madrileñismo, ya definido.

Y tal vez son precisamente sus notas de viajero las que más lograda belleza tenían en esta exposición exuberante. Había, claro es, los torsos arrogantes o esbeltos de muchachas madrileñas, glosas a fiestas características de los barrios populares, páginas como el *Nocturno*, impregnadas de melancólica delicadeza; pero encontrábamos, mejor que en esos lienzos—bocetos seguramente de futuras obras grandes—, a Luis Huidobro en sus estrofas del gran poema pictórico español.



"El jardín del valle", cuadro de Francisco Franquesa



"Atardecer", cuadro de Francisco Franquesa
FOTS. CORTÉS

De Norte a Sur, de Este a Oeste, el artista ha recorrido su patria, ha interrogado cumbres y llanadas, ríos y breñales, playas y selvas, y a cada sitio procuró dar su acento y su luz peculiares. Así encontrábamos junto a húmedas y románticas evocaciones de San Vicente de la Barquera las bravuras cálidas de los pinares de Soria; la hosca grandeza de la imperial Toledo al lado de la claridad sonriente y voluptuosa de Sevilla; las frondosas hoces conquenses con su ubérrima tentación de aguas, ramas, juncos y cielo alto, y un poco más allá sequedades ásperas de sierra a las horas calcinadoras del verano. Y Huelva, Cáceres, Cartagena, Huesca, Alicante, los Picos de Europa... Y Madrid.

Porque Madrid no podía faltar en un conjunto de obras de este apasionado de su ciudad natal.

•••••

Francisco Franquesa permaneció una larga temporada en el Valle de Arán, en ese encantador paraje tan propio de poetas y de artistas, y que, sin embargo, apenas es conocido y divulgado como merece.

Conocerle bien y divulgarle luego fué el propósito que llevó a Franquesa al Valle de Arán y lo retuvo largo tiempo entre la plural belleza de sus innumerables sugestiones.

No hizo, ciertamente, Franquesa la efímera excursión estival que suele considerarse suficiente para los pensionados residenciales de la Escuela. No acudió tampoco en la peligrosa camaradería de unos cuantos muchachos fácilmente influenciados y en ingenua competencia de los mismos temas.

Francisco Franquesa residió en el Valle de Arán, trepó a las cumbres y recorrió sus pueblecillos durante distintas estaciones. Conoció los mismos lugares bajo los aspectos diferentes de la invernada, las suaves vernalidades, el estío fulgurante y el otoño romántico.

Tampoco es hombre que guste de la nota repentinizada y de la impresión fugaz. Es lento de factura, metódico, apasionado de los detalles.

Fruto de su larga estada en el Valle—que según parece va a ser, con muy buen acuerdo, declarado Parque Nacional—, el joven pintor catalán ha expuesto en el Salón Arte Moderno doce cuadros.

Reflejan diversos estados del delicioso sitio. Lugares recónditos, apacibles, de bucólica poesía y miradas a las cumbres ingentes que el sol rojizo de los atardeceres inflama; las nubes bajas en una mañana de verano y la pompa señorial de las últimas hojas...

Pero tanto como el acierto de los asuntos y la indudable capacidad decorativa de las composiciones, interesa la pincelada minuciosa, el toque detallista, con una complacencia de primitivo en los primeros términos.

Franquesa cuida sus cuadros como si fueran documentos testimoniales de la flora del Valle. Y cuando se pasa al examen de sus cuadros, luego de la primera sensación, vemos que el artista ha ido dibujando y pintando tallo por tallo, pétalo por pétalo, hoja por hoja, la inmensa variedad de flores inadvertidas para otro pintor, y por lo menos insinuada solamente como un matiz secundario de la obra total.

SILVIO LAGO

UNA carota de cartón, y luego otra, y otra; muchas carotas de cartón; todas colgadas á la puerta de una «cacharrería», como una muestra de decapitados...

Blasón regocijante y siniestro. Las caretas se esfuerzan en la mueca grotesca, y sin saber por qué, aparece la tragedia en los rostros cortados, de pintado cartón y ojos vacíos.

Signo precursor de la carnavalada. Los chiquillos las contemplan con regocijo, pensando en su traje de «zarzapastrosa», en sus gritos, en su incógnito magnífico, encubridor admirable de cualquier diablura. En Carnaval dicen los mayores que todo pasa...

Se regocijan los chiquillos ante la careta, «celestina» de la broma y de la inconveniencia; los muy chiquitines, sin embargo, las contemplan con terror; son rostros espantosos, que un buen día, con cuerpos y con brazos, entre gritos y blasfemias, han de darse cita en los paseos, en las calles y en las plazas, para turbarlos en sus juegos y en sus risas; los niños muy chiquitos conservan una grata impresión de la belleza, y les espanta todo lo que la quiebre...

En otros escaparates, que no son de cacharrería, aparecen los maniqués con antifaces, envueltos en trajes de odalisca, de gitana ó de paje, y otros vestidos á lo pompadour, ó de caballeros versallescos de la corte de Luis XV; la estampa popular y la estampa romántica se confunden...

Las mujercitas contemplan los disfraces á través del cristal, y se ven lindas dentro de ellos, autosugestionadas por los colorines, por la elegancia, por las promesas del antifaz, todo discreción...

Y sueñan las mujercitas con una borrachera de luces, de sedas y de tangos; y vibran en sus sueños ante la perspectiva de un príncipe gentil que descorche, en holocausto á su belleza misteriosa de antifaz, muchas botellas de champaña, que el champaña y el antifaz son dos buenos aliados de la ilusión y de la quimera, y las mujercitas que sueñan ante un escaparate con trajes de pompadour y versallescos trajes se precipitan pronto en su quimera dulcísima y confunden en sus sueños las carcajadas con los taponazos, para luego lanzarse de lleno al ensueño de las burbujas y de las irisaciones, precipitándose primero por el encaje de espuma, donde dan principio los abismos de la quimera...

Un bocinazo, un grito, una carcajada, cualquier suceso intrascendente y vulgar las despierta; entonces se dan cuenta de que están ante un escaparate de fantochines, y huyen sin volver la cabeza, para que las gentes sensatas y los doctos varones que pasan no las vean...

En un rincón del escaparate, donde la luz rota del crepúsculo se descompone, un mantón de Manila vierte el prodigio de sus rosas y de sus claveles...

Confettis, serpentinas, trofoos de cascabel, preludio de las risas, de los príncipes gentiles, de los taponazos, de los encajes de la espuma, de las burbujas, de las irisaciones..., de la quimera...

Rasos deslucidos, sedas lacias, claveles marchitos; percalinas blandas, descoloridas; silencios profundos, suspiros infinitos, lágrimas...; llantos tristes de niños chiquitines que se asustan de las caretas...

¡Epílogo sentimental del triunfo del cascabel y de la risa!...

No me conoces: axioma que se cumple; frase de rito en esos días, en los que Momo, Baco y Locura supieron triunfar. No me conoces: en la vida no nos conocemos nunca; por eso inventamos la moral; por eso descubrimos el desengaño; por eso supimos del dolor de creer; por eso sentimos la tristeza de la verdad; de ahí nació la envidia, la intriga, la duda, el Carnaval. La Humanidad, una vez al año, siente el peso de sus infamias; la Humanidad precisa el descargo de su conciencia indefinible, y, vestida con sus verdaderas galas, de mamarracho, siente la imperiosa necesidad de gritar su secreto: No me conoces; no, no me conoces... Y la Humanidad tiene razón: no la conocemos; no nos conocemos á nosotros mismos, por una vez, en doce meses; la Humanidad es sincera; se diría que cuando llega el Carnaval se quita la careta...

Y, sin embargo, en medio de esta gran verdad,

acaba. Acaso entonces comprendamos el llanto de los niños muy chiquitos ante las caretas...

Ha concluido nuestro entusiasmo; nace en nosotros el escepticismo; ya, como hemos aprendido á dudar, no tenemos fe; nuestra juventud ha pasado; los jóvenes que llegaron detrás nos la arrebataron, y arrebataron de nuestras manos la copa de la vida con su champaña, con sus burbujas, madres de la ilusión, con sus espumas y sus irisaciones... Nuestra juventud ha pasado; se la llevaron ellos, y se van, se van... seguidos por los infantes, que un día, como á nosotros ellos, arrancaran de sus manos la copa de la vida, con sus burbujas, con sus espumas, con sus ilusiones, con su fe...

La vida sigue; las humanidades no se conocen, y cuando un día se descubren al quitarse la careta, la vida los empuja, los echa y los perdona, porque la han descubierto...

Y la juventud se va, huye; su risa se apaga entre las risas de los que vienen detrás; el gran carnaval eterno se desvanece, y, sin embargo, todas las generaciones habrán de sorprenderse ante el grito de no me conoces; y descubrirán, como nosotros, la duda; y les hará víctimas la moral, que es máscara que inventaron los hombres para cubrir sus defectos y sus vicios; y sentirán el dolor y el engaño...

Y cada año habrá una mujer que sueñe contemplando en un escaparate un traje pompadour, mientras en un rincón del escaparate, donde la luz rota del crepúsculo se descompone, un mantón derrama el prodigio de sus rosas y de sus claveles...

JOAQUÍN ROMERO MARCHENT

DIBUJO DE QUESADA HOYO



en medio de los colorines y de los alaridos, vestida con su verdadero traje de fantocho, la Humanidad, entre «Pierrots» que no saben cantar, entre «Colombinas» que no sienten amor, entre «Payasos» sin gracia y «Arlequines» sin ingonio, brilla la Ilusión, Nuestra Señora la Ilusión, que nos hace adorar y enloquecer on fe de amor...

Y cuando pasan muchos Carnavales, y con ellos todos sus inviernos y todas sus nieves, nieves que blanquean nuestros caballos y enfrían nuestro corazón; cuando poco á poco la vida se va dejando descubrir; cuando las mujeres que amamos en ilusión y por ilusión se quitan la careta, y con ellas otras mujeres y otros hombres en quienes creíamos, vemos con espanto la Realidad; amarga realidad, que ha necesitado toda una vida para descubrirse; la ilusión se derrumba, el tolón de las fantasías se descorre y la vida se

EL CRIMEN DEL HOTEL EXCELSIOR

Como iba adelantando la mañana y la viajera no llamaba, según su costumbre, para que la sirviesen el desayuno en la alcoba, el camarero que atendía á los huéspedes de aquel piso entró en sospecha de que pudiera haber ocurrido algo anormal.

—¡Oye! Acércate al 32 y mira qué le pasa á esa señora extranjera. Son más de las once y no ha pedido aún el té... Digo, yo al menos no he oído el timbre...

La doncella á quien iban destinadas aquellas palabras, que tenían tanto de ruego como de orden, se encogió de hombros é hizo un mohín displaciente.

—Déjala estar tranquila! Dichosa ella que puede dormir todo lo que quiera... Yo me estoy muriendo de sueño.

Y sin aguardar la réplica del camarero, la moza, que era por cierto fea y vivaracha de genio, echó pasillo adelante, solicitada por otros quehaceres.

Como cada frase ó cada gesto nuestro pueden tener, según las circunstancias, consecuencias incalculables, aquella evasiva debía costarle cara, pues dos horas más tarde, cuando el camarero se decidió á entrar en la alcoba de la dama extranjera, al encontrarla muerta en la cama, lo primero que supuso fué que la doncella, conociendo ya el drama que él acababa de descubrir en aquel momento, no había querido asomarse á la habitación por no comprometerse. Por precaución y mirando á no atraer sobre sí los recelos de la policía, que no dejaría de estrecharle con hábiles preguntas, el criado se propuso no callar su breve diálogo con la camarera, pues había de parecer extraño el que hubiera sido él y no ella quien se acercase á la alcoba, al ver que pasaban las horas sin que la viajera avisase, como todas las mañanas, por el timbre á la servidumbre. El mismo, al notar manchas de sangre en las ropas de la cama, indicio vehemente de crimen, pensó con desconfianza en la moza. Sin conocerla muy de antiguo, porque llevaba poco tiempo en el hotel, el carácter independiente y las desenfadadas maneras de aquella mujer le habían llamado la atención. Tenía la por muy aficionada al dinero y por poco escrupulosa sobre su procedencia, y en cuanto á sus hábitos fuera de casa eran de una intemperancia que ella apenas hacía por disimular, pues en los días libres cualquiera podía encontrarla en los bailes más licenciosos, acompañada de gentes de dudosa decencia en el vivir. Algo cuesta arriba se le hacía, sin embargo, el admitir su complicidad en el crimen, pero—se preguntaba el camarero—¿por qué se negó á entrar en la alcoba cuando se lo pedí?

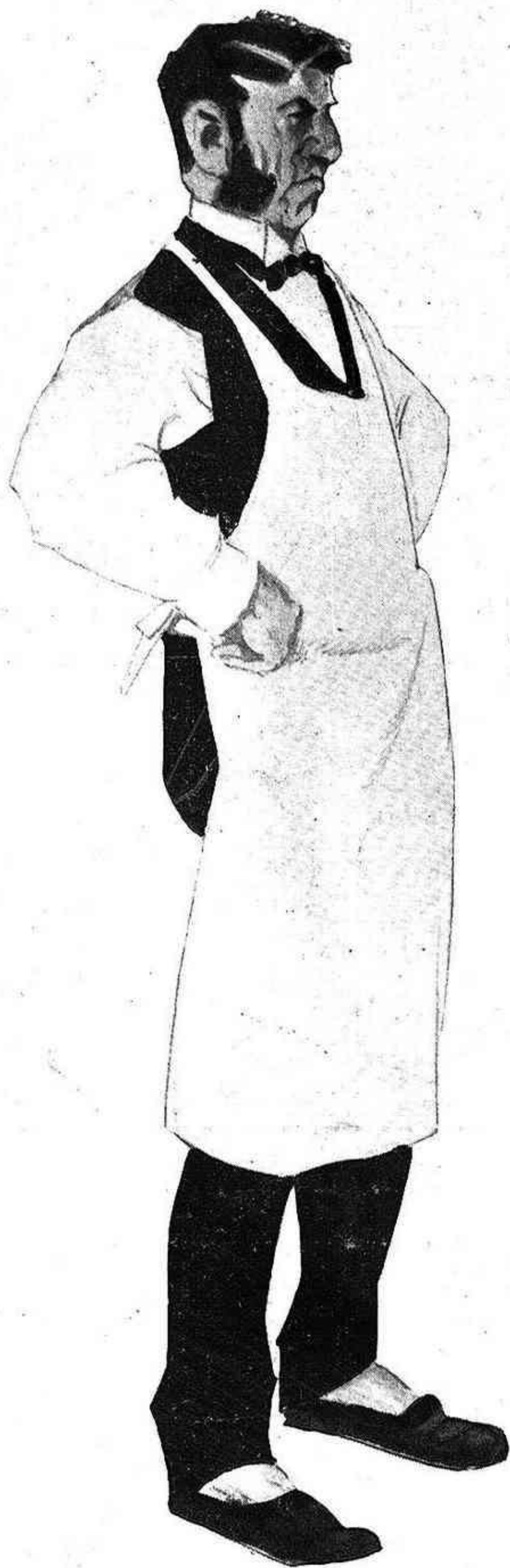
Al enterarse de la muerte de la extranjera, el propietario del hotel se llevó las manos á la cabeza y tuvo un amago de congestión. «¡Es mi ruina!—decía con voz doliente—¡Se acabó mi casa! ¡Diez años de trabajo perdidos! ¡Estoy deshonorado!» Pero como en los trances peligrosos, á menos de que nos ofusquemos del todo, siempre acabamos por dar con algún recurso defensivo, el hostelero pensó: «Tendré que hacerme otra clientela menos distinguida! Bajaré los precios para que vengan al hotel viajantes de comercio, cómicos, políticos rurales y militares de mediana graduación! En fin, Dios dirá. ¡Quién sabe si me irá mejor! Ahora habrá que ver cómo me pondrá la Prensa», se dijo el hostelero, que no ignoraba la importancia de ese elemento de cultura. E inmediatamente dispuso que se cerrara la alcoba en que había aparecido muerta la inglesa, hasta que llegase el Juzgado.

El primero, sin embargo, en hacerse presente no fué el juez de guardia, sino un policía que se había enterado del crimen por un «botones» del hotel, á quien se encontró en la calle. El fondista, que lo conocía de vista, puso en él sus ojos turbados por las lágrimas, muda expresión de dolor que se estrechó en el rostro impasible de aquel hombre, que parecía dar á entender con su frialdad su inalterable adhesión á los principios del orden social. El hostelero se lo llevó á su despacho para referirle lo sucedido; pero el policía le impuso silencio con estas graves palabras, que su interlocutor escuchó temblando:

—No me diga usted nada... Me lo supongo todo. Ahora, cuando venga el juez, se entenderá usted con él...

Y el policía se puso á mirar en todos los rincones del despacho del hotel, como si barruntase que el delincuente se escondía debajo de algún mueble. A pesar de aquella exhortación, el fondista seguía hablando con nerviosa vivacidad.

—Bueno. Sí, señor. Me callaré; pero ¡si viera usted qué golpe he recibido! Si le digo á usted que



hubiera preferido ser yo la víctima del crimen, no le exagero... ¡Diez años de trabajo honrado que se pierden! ¡Mi casa desacreditada para siempre! ¡Y si viera usted qué clientela tenía! Aquí venían á parar en la primavera las mejores familias de Andalucía, y ya íbamos consiguiendo que viniese gente principal de Bilbao... Y eso que son los más exigentes en la comida... De extranjeros, no digamos nada... La empresa del Ritz se preocupaba ya del tiro que le hacíamos... Yo mismo cuidaba de la cocina... Con decirle á usted eso se lo digo todo... ¡Y ahora todo por tierra! Mire usted: yo quisiera conocer al criminal... Que me dejen á solas con él... ¡Le juro á usted que no salía vivo de mis manos!

El policía oía indiferente aquella enumeración de las pasadas grandezas del hotel, y su pensamiento, pendiente del deber profesional, volaba en otra dirección. De cuando en cuando sus ojos pequeños y penetrantes se posaban en el hostelero, como si buscasen una pista segura en sus facciones descompuestas por la desesperación. De pronto dejó caer sobre su afligido interlocutor estas palabras:

—Usted tiene confianza en el personal de su casa? ¿No se habrá colado en el personal algún sujeto de malos antecedentes? En estos tiempos hay que andarse con cuidado...

El fondista juró y perjuró que toda la servidumbre del hotel era de fiar, pues él, antes de admitir á cualquiera, le exigía toda suerte de garantías de honradez y moralidad; pero la sonrisa irónica del

agente parecía conceder escaso valor á sus palabras. Era un hombre todavía joven, que peinaba con raya al medio una brillante cabellera negra, vestido con afectada elegancia, serio y muy metido en sí. Ni grueso ni delgado, hacía lo posible por aparentar esa distinción reservada que adjudicamos á la magistratura. Sus ojos, de un gris acero, su nariz de agudo perfil y su boca de labios secos y exangües anunciaban un carácter obstinado y poco ó nada propenso á la piedad. Su diestra mano no dejaba de sobar nerviosamente el corto bigote, como si le picase un eczema.

—De modo—preguntó el fondista con alguna aprensión—¿que cree usted posible que el crimen se haya cometido por alguien de la casa?...

—No he dicho eso. He hablado solamente de alguna persona sospechosa que pudiera haberse colado en el servicio... Pero eso ya lo pondrá en claro el Juzgado...

El hostelero evocó las fisonomías y los nombres de toda la dependencia de ambos sexos que tenía en su casa, temeroso de que una particularidad individual de cualquiera de ellos diese pábulo á la menor duda sobre su honradez. Desde el segundo marmitón al *maître d'hôtel*, pasando por el portero, todos acudieron á su emplazamiento mental, y á todos los vió tan disciplinados y sumisos en sus diversos afanes que no se atrevió á desconfiar de ninguno. Podían ser más ó menos inteligentes y activos, pero todos estaban limpios de antecedentes penales. No de todos hubiese respondido, sin embargo, con la misma tranquilidad. Había en el personal alguien que no podía envanecerse de la simpatía del patrón: la doncella que servía en el piso en que se había cometido el crimen. Sin saber por qué el fondista no la miraba con buenos ojos.

Aquella mujer, recibida en el hotel por la calorosa recomendación de un cliente de Barcelona, tenía algo que despertaba su prevención. Lo de menos era su carácter independiente y poco servicial, con tal de que cumplierse estrictamente con su deber. Lo grave era algo impreciso, que estaba oculto, pero que se leía en sus ojos felinos y en su cara lívida y macilenta. De sus costumbres y de sus gustos sabía lo bastante el patrón para no estar contento de aquella mujer que las circunstancias le habían obligado á tomar á su servicio.

—¡Dios mío! ¿Será ella?—se preguntó el fondista, consternado. Y como era hombre poco dispuesto al disimulo, creyó dar una prueba de su buena fe diciendo al policía: —Ahora que me acuerdo, ¿sabe usted que hay en el hotel una mujer que no me llena del todo?...

El agente sonrió, satisfecho de su perspicacia. Sus intuiciones no le engañaban nunca; el delincuente no había salido del teatro del crimen. Estaba allí á pocos pasos, sugestionado ya, tal vez, por el sagaz policía, como esas aves que pierden la facultad de volar alucinadas por un reptil. No convenía, de todos modos, que el fondista advirtiese su contento íntimo, y para no dejárselo ver adoptó una actitud aún más reservada que antes. Con esa precaución alentaba la confianza del hostelero en él y tal vez consiguiere llevarle al terreno de las confidencias. Porque para el policía estaba fuera de duda que su interlocutor no era del todo inocente. Sin poder decir aún cual había sido su participación en el crimen, le tenía ya por cómplice del auténtico malhechor. Entre tanto había que proceder con cautela para que el fondista no se desviara de la pendiente de las confesiones en que ya estaba.

—¿Una mujer? ¿Será alguna viajera?—preguntó fingiendo no haber comprendido.

—No. Viajera no. Una camarera que se contrató en casa hace dos meses, por recomendación de un cliente de Barcelona. ¿Quería usted verla?

—No. Más tarde. Ahora dejemos al Juzgado que actúe—repuso el policía con severo acento. Y enarcó las cejas, como si reflexionara.

El juez se presentó en el hotel minutos después, acompañado de sus consabidos edecanes de las Salas y de media docena de reporteros de la Prensa, que venían provistos de aparatos fotográficos; pero como el fondista, malhumorado por aquel asalto de su casa, esquivase los objetivos, los periodistas empezaron á mirarle con ojeriza, que luego se vió confirmada en los relatos del crimen. El juez y demás actuarios subieron á la habitación en que se había perpetrado el crimen, y á partir de aquel momento fué tal la confusión que se produjo en el hotel, que todos los servicios se suspendieron y tres ó cuatro viajeros se marcharon muy enojados y sin saldar sus cuentas, olvido disculpable en gentes que no pueden reprimir su indignación al en-

contrarse en los aledaños del crimen. Alguno de los huéspedes fugitivos pensó pedir una indemnización al dueño del hotel por la afrenta que se le infería; pero, después de reflexionar, la generosidad se impuso al egoísmo y renunció a hacer aquella reclamación por daños y perjuicios a su decoro personal.

Entre tanto, arriba transcurría la vulgar escena del levantamiento del cadáver. La víctima era una señora inglesa, de unos cincuenta años, que viajaba por España con billetes Cook, y su equipaje se reducía á dos maletas de mano, un Baedeker y una cotorra disecada, que por la fijeza de sus ojos daba la impresión de haber muerto de espanto dentro de la jaula. Al verla el escribano pensó que si hubiese estado viva hubiera podido aportar alguna luz al sumario, porque la cotorra es un ave muy ladina que ha recibido de la Naturaleza la doble aptitud de enterarse de todo lo que ve y oye, y de no callar nada, privilegio inteligente é indiscreto que hasta ahora se consideraba privativo de la mujer.

La dama debió pasar del sueño á la muerte sin transición dolorosa, pues el asesino, por simplificar la operación, la había cloroformizado antes de hundirla un largo estilete en el corazón.

Su rostro, de una placidez conmovedora, parecía sonreír, como si el supremo instante la hubiera sorprendido oyendo las cadencias del *God save the King*, que ninguna señora inglesa puede escuchar sin acordarse de la grandeza de su patria. El forense, después de reconocerla, certificó que estaba muerta, rasgo de clarividencia del que no se mostró muy orgulloso el médico, acostumbrado como estaba á dar fe de la intervención de las Parcas en los negocios humanos. El juez, que era muy escrupuloso, entretuvo todo el día en el interrogatorio del personal del hotel, ensañándose un tanto en la pesquisa verbal con el cocinero, no porque le señalase preferentemente á su atención ninguna particularidad inquietante, sino porque los antepasados, al transmitirle la más inofensiva templanza de carácter, habían tenido la imprevisión de dotarle de un rostro que imponía miedo por la repulsiva ordinareza de sus líneas.

No habiendo la menor sospecha de envenenamiento, nadie se explicaba que el juez hubiera ordenado la prisión del cocinero, que quedó incomunicado. Lo mismo hizo con la doncella y el camarero que servían en el piso en que se encontró el cadáver. Con el fondista no pensó extremar la severidad. Se limitó á amonestarle por su negligencia y á ordenar la clausura del hotel, medida que simplificó mucho la situación de su propietario, ahorrándole las preocupaciones y quebraderos de cabeza anejos á toda industria en actividad. Ya en la calle podía hacer frente dignamente á sus acreedores, alegando la quiebra y la insolvencia por fuerza mayor. ¿Acaso no valía eso más que tener abierto un hotel sin clientela? La parte más enojosa de aquel calvario fué la publicidad que se le dió al crimen. Los periódicos, que tenían entonces sus planas casi vacantes, porque las Cortes estaban cerradas y no habían tenido la precaución de abrir ningún concurso de belleza infantil, se apoderaron del suceso con la misma avidez con que se apodera un enfermo con fiebre alta de un vaso de agua. El primer retrato que vió el fondista en los diarios aquella noche fué el suyo, vestido con uniforme de soldado de caballería. ¿De dónde lo habían sacado los reporteros? Ese era su secreto. Ello es que no disponiendo de otro más reciente echaron mano de aquél. Hubo, sobre todo, un periódico que reveló al público toda la vida pasada del fondista, sin omitir detalle. Lo pintaba como un hombre vulgar y de cortas luces, que después de haber economizado unos miles de duros por las sisas en varias casas aristocráticas, había conseguido abrir un hotel en sitio céntrico, sin otra ambición que la de ganar dinero lo antes posible. «Don Antonio Pérez Romero—venía á decir el reportero—es el tipo del fondista poco escrupuloso, que va á lo suyo, sin acordarse de lo que se le debe al cliente y á la sociedad, de la que forma parte el que tiene la desgracia de ponerse en manos mercenarias. Su fisonomía es la del hombre vulgar que no ha tenido ideales y que no piensa más que en enriquecerse, con la complicidad de un cocinero, pues en su casa, según nos han dicho varias personas que la frecuentaban, no solamente se comía poco y mal, sino que las chinchas, admisibles en verano, habían acabado por aclimatarse todo el año. Su vida íntima también salía á relucir, porque el reportaje es un sacerdocio que no respeta secretos. Decían los periódicos que el fondista se había casado con una antigua criada de servicio, no mal parecida, de la que tenía dos hijos varones y una hembra; el uno, doctor en medicina, que se había fugado á América por sustraerse á sus deberes militares, y el otro, estudiante de Derecho, que no había podido acabar la carrera por su mala cabeza. A la muchacha la respetaban, pues sólo decían de ella que era flaca y morena, y que estaba educándose en un colegio aristocrático. Aquel zarandeo de la persona del hos-



telero y de su familia duró varios días, hasta que abiertas las Cortes y habiendo convocado el Círculo de la Unión Mercantil una asamblea de las fuerzas vivas de España en Madrid, los periódicos pospusieron los relatos de sucesos más ó menos dramáticos á la publicación de los discursos de los parlamentarios y de los industriales y comerciantes, que aunque no presuman de oradores también saben hablar cuando se les da cuerda y tienen auditorio. Por fin, como la policía no daba con ninguna pista eficaz, se hizo el silencio en torno del crimen del Hotel Excelsior, y su propietario, convaliente de la ruina y de la deshonra á que le habían llevado la Justicia y la Prensa, aquélla con sus absurdos rigores y ésta con sus intemperancias implacables,

pudo pensar cómodamente en volver á abrir el mismo hotel, poniéndole otro título más modesto. El huracán de sus infortunios, que había devastado todo lo suyo: ahorros, clientela y honorabilidad, respetó sin embargo lo que en manos de un fondista inteligente y reflexivo puede regenerar su hacienda y reconstituir su honor: dos juegos de cacerolas de cobre y de aluminio, una vajilla, suficiente para cincuenta personas, con sus cubiertos de plata inglesa, algunos muebles y las simpatías del personal que había servido á sus órdenes. Pasado un año de la catástrofe, el fondista pudo ponerse en contacto con la sociedad otra vez abriendo un hotel, que se tituló, como para despistar, «Hotel Anglo-Hispano-Americano», feliz asociación de



palabras que abarcaba, seleccionándolas, las razas que le eran más simpáticas a su propietario. Nadie, al pasar por la calle de Preciados y esquina a la plaza de Santo Domingo, podía suponer que aquella casa, tan coquetamente enlucida por fuera y tan confortablemente amueblada por dentro, había sido el escenario de un crimen célebre, conocido en la historia de la Prensa con el nombre de *El crimen del Hotel Excelsior*.

Aquel día entraba de guardia en las Salas don Pedro López Salgueiro, juez decano de Madrid. Era hombre de natural taciturno, sobre el que los

años habían hecho tal mella, que a los sesenta tenía traza de valetudinario. Pequeño y enjuto, arrastraba los pies al andar, como si estuviese tocado de tabes. Don Pedro salió aquella tarde del Casino de peor humor que otras veces, porque su obligación profesional, que le imponía rigurosa puntualidad, le privaba de aprovechar posibles coyunturas de desquite. De los vicios juveniles que van extinguiéndose con las fuerzas del hombre, sólo a uno continuaba siendo fiel don Pedro: el juego. A las mujeres ya nada tenía que darles. Ellas habían consumido lo mejor de su mocedad y de su hacienda, empujándole tardíamente a una carrera que ya no podía tener porvenir para él. El vino le agriaba las digestiones, y los viajes eran ilusiones

automotoras reñidas con la modestia de sus recursos. Le quedaba como único placer el juego, y don Pedro Salgueiro, que no desconocía sus deberes rituales con la diosa Temis, no consideraba heterodoxo el promiscuar aquel retribuido culto con una discreta devoción a Jorge, nueva divinidad de la que no hay rastro en la Mitología. Aquella tarde venía el juez decano en ese estado de espíritu entre la desesperación y la rebeldía que conocen todos los jugadores constantes. Además hacía mal tiempo. Despuntaba el mes de Octubre, y las ráfagas otoñales se confundían con la lluvia y el frío primerizo de la estación, que es el peor de soportar, porque nos sobrecoge casi siempre desprevenidos. Los viejos no son indiferentes a las temperaturas. Unos grados de más ó de menos en el termómetro deciden su alegría ó su tristeza. Don Pedro sentía aquella tarde todas las acideces de la vida. Solo, porque su inveterada misoginia le había condenado a soltería perpetua, vivía en una pensión de la calle de la Montera, atendido a su sueldo y a una exigua renta que habían respetado sus usureros de tiempos tumultuosos. Satisfecho el pupilaje, el juez se jugaba lo remanente con todo comedimiento al treinta y cuarenta, que era, de todos los recreos pendientes del azar, el que le inspiraba más grandes simpatías. La preocupación de tener sobrinos no moderaba aquella debilidad suya, porque, como de todos los amores el que menos le había embargado siempre era el amor a la familia, don Pedro apenas se acordaba de aquellos deudos suyos que residían en la Argentina. El egoísmo, cuando se practica con método, es una garantía de reposo y de longevidad. De sus viejas aventuras de tránsito creía recordar don Pedro que alguna tuvo consecuencias; pero como era escéptico en cuanto a la fidelidad femenina, no acabó de transigir nunca con la certidumbre de su paternidad. Por mucho que juró y perjuró aquella mujer, don Pedro, que era receloso y nada confiado, como la mayoría de los gallegos, no quiso aceptar por suyo un vástago venido a la vida en circunstancias tan fortuitas y aleatorias. ¿Por qué ha de ser mío y no de otro? ¿Quién me asegura a mí que la Jacinta no se va con algún otro hombre? ¿Tendría gracia que yo cargase con ese rapaz de procedencia misteriosa como Lohengrín! Y don Pedro, que iba entonces dando bandazos por la vida, conoció otras aventuras de amor que borraron de su espíritu la imagen de aquella mujer por quien había sentido eso que llamamos corrientemente una pasión, y que no suele ser, en resumidas cuentas, más que un deseo más ó menos duradero que, una vez satisfecho, deja en pos de sí hastío, indiferencia y olvido...

Al entrar don Pedro en su despacho de las Salas ordenó que encendiesen la calefacción. El ujier de servicio se quedó mirándole con extrañeza. No se explicaba cómo se podía encender el chubesqui antes de la fecha fijada por el calendario oficial, para propagar el calor en las dependencias del Juzgado. Se hizo, pues, el roncero y desapareció, decidido a no obedecer la orden si no se la reiteraban. Don Pedro, que no era impaciente, encendió un pitillo y se puso a reflexionar. La administración de justicia le aburría. Aunque nunca tuvo fe en el castigo como sistema de corrección, su pesimismo se había acentuado con los años. «¿Qué me espera dentro de un rato? No lo sé. Es decir, sí: el malhechor vulgar de todos los días, que ha robado por hambre ó ha agredido en riña», pensó, sintiendo que el tedio le entumecía el espíritu. «En nuestro país, el atraso se advierte en todo; hasta en la delincuencia. Nadie sabe asociar el arte al delito. Todavía, en el Extranjero, los malhechores amenazan algo sus desafueros. Los ladrones tienen ingenio, y en ocasiones roban con la delicadeza de grandes señores. El crimen no tiene la ramplonería que aquí. ¿A quién se le ocurre en Londres ó en París matar por celos? Nuestros delincuentes no conocen el instrumental moderno del oficio, ni el partido que se puede sacar de la química aplicada al atentado personal. ¡Son unos infelices!» Don Pedro bostezó largamente, porque le aburría la monotonía profesional. Luego encendió el pitillo, que se había apagado, y sonó el timbre.

—¡A ver! Que pase el primer detenido...—ordenó sin el menor dejo autoritario en la voz.

De allí a pocos minutos, comparecía en su presencia un muchacho imberbe, como de veinte años, cuya agraciada y varonil fisonomía llamó la atención del juez, que se le quedó mirando con sostenida fijeza. Era evidente que don Pedro cotejaba aquel rostro con otro en la lejanía brumosa del recuerdo.

—¿Quién es este hombre?—preguntó a uno de los guardias civiles que le custodiaban.

—El asesino del hotel Excelsior, señor juez—respondió el interrogado—. Lo capturamos esta mañana en Tetuán de las Victorias... Está convicto y confeso.

El juez no apartaba sus ojos claros y penetrantes del muchacho. Este, con la cabeza baja, parecía indiferente a la gravedad de su situación.



—¿Cómo se llama usted?—preguntó el magistrado al reo.

—Yo?...

—Sí. Usted...

—Pedro Expósito.

—¿Y sus padres?...

—Yo no tuve padre, señor... Mi madre era Jacinta Barnuevo, que en paz descanse...

Y al decirlo su rostro se cubrió de púrpura. A don Pedro le dió un vuelco el corazón. Guardó silencio un rato para reponerse de su desasosiego íntimo, y luego reanudó el interrogatorio.

—¿Cómo ha podido usted cometer ese crimen?... ¿Qué móviles le indujeron á matar?...

—¡Vaya una pregunta, señor juez! El hambre mata cuando no tiene dinero para comer... Así está hecho el mundo... Después de todo, no soy el primero, ni seré el último, que busca el dinero donde se encuentre...

Don Pedro temblaba de emoción. ¿Sería aquel hombre el hijo que le había atribuído la Jacinta? Por el lado maternal no había duda; pero ¿sería aquél su hijo?... «¡Bah!—pensó, serenándose un poco...—Los fraudes en amor son frecuentes tratándose de mujeres tan poco de fiar como Jacinta...»

—Y dígame: ¿Usted no tiene la menor idea de quién fué su padre?... ¿No se lo oyó usted alguna vez á su madre?...

—Sí. Tengo así como un barrunto de que solía decirme alguna vez, de tarde en tarde...: «¡Anda, hijo mío, que no sirves para nada! ¡Ya se te ve que vienes de un señor!...» Y era porque á mí no me gustaba el trabajo...

—Bueno. Está bien. Retírense ustedes. Voy á interrogar á solas al reo—dijo don Pedro, dirigiéndose á los dos guardias.

Estos obedecieron en silencio.

—Usted es gallego..., ¿verdad?

—Sí, señor juez. De Vigo mismo, parroquia de San Antonio...

—¿Y su madre? ¿De dónde era?... ¿Qué hacía?...

—De qué se ocupaba?...

—Mi madre era gallega también, y como era muy guapa, todos los señores la traían en palmitas... Luego la pobre fué perdiendo la facha y el genio, y paró en pedir limosna. ¡Quién sabe lo que ha sido de ella!...

El juez sufría intensamente la peor de las torturas, aquella para la cual no hay otro lenitivo que la verdad, imposible de alcanzar sin la intervención del milagro. Por un lado revivía en él la duda, alentada por el libertino temperamento de Jacinta, que no creyó nunca que el mudar de amor fuese pecado. Por otra parte, el nombre del muchacho y el juramento de su madre, que ella le había renovado muchas veces, tendían á sugerirle la

triste y afrentosa certidumbre de que el hombre que tenía delante era su hijo.

—Bueno, Pedro. Siéntese usted...—le exhortó afectuosamente el juez. —Haga usted un esfuerzo por recordar... Su pobre madre, ¿no le dió á usted nunca más noticias de su padre? A lo mejor, una palabra cualquiera que se le escapa á usted de la memoria...

El muchacho quedóse un rato perplejo y ceñudo.

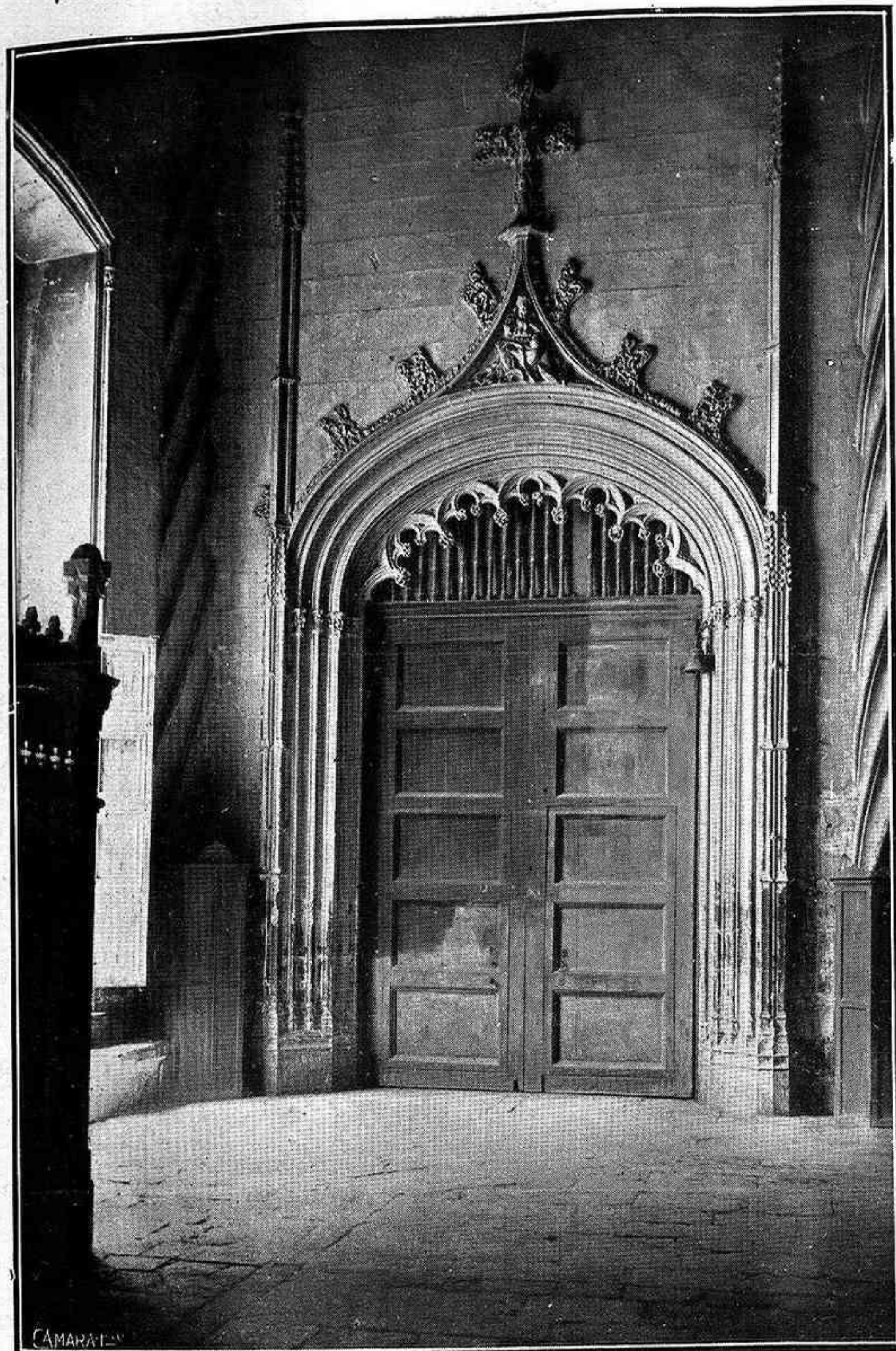
—Sí, señor juez... Un día, la primera vez que me metieron en *chirona* por haber robado un aparejo de pesca en el puerto, al volver á casa, me dijo mi madre: «¡Anda, ladrón!... Que no quiero verte más delante de mis ojos... ¡A ver si te encuentras á tu padre, que es de los que echan á los hombres á presidio!...»

Don Pedro no oyó bien aquellas últimas palabras. Sus ojos se nublaron y sus piernas desfallecientes no pudieron sostenerle. A sus oídos afluyó una oleada de sangre, haciéndole percibir un rumor como el del mar, y perdió el sentido. El reo, al verle exánime, salió al pasillo pidiendo auxilio. El médico, que acudió á los pocos minutos, sólo pudo dar fe de su muerte.

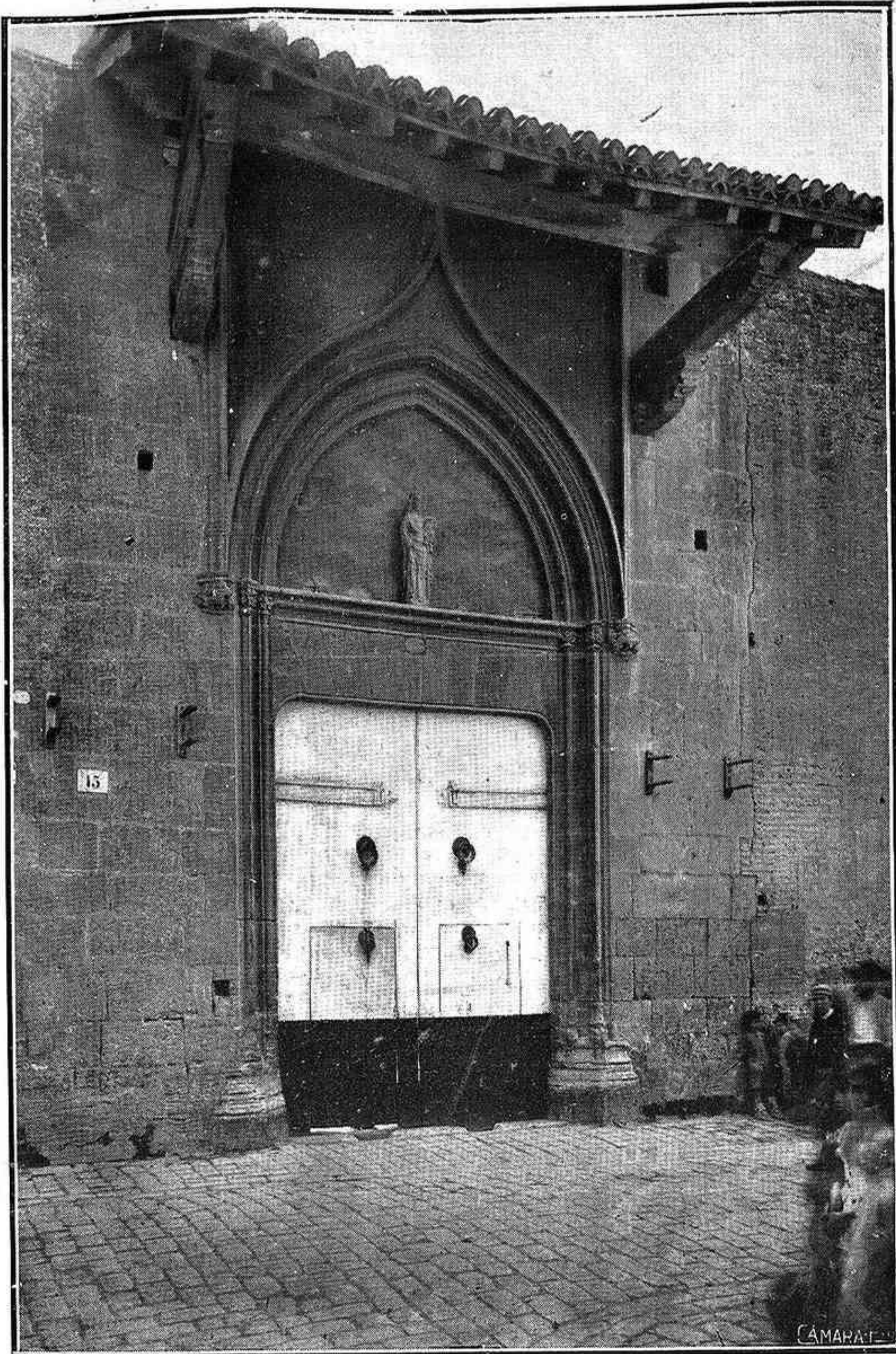
MANUEL BUENO

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

VALENCIA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Puerta interior de La Lonja de Valencia



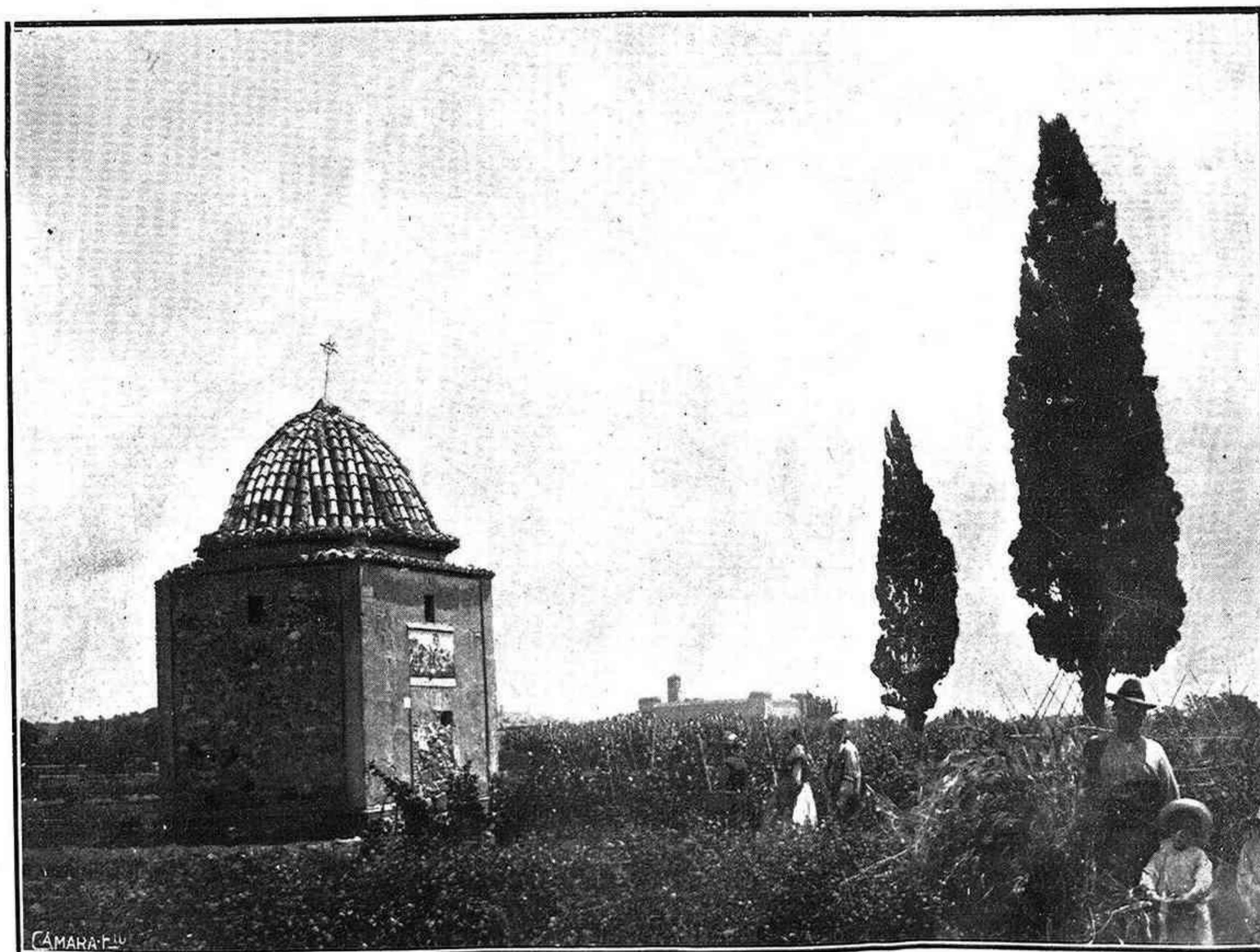
Puerta principal del Hospital de Valencia

FOTS. GARCÍA

VALENCIA, la invicta y bella ciudad orgullo de esa región levantina en la que la Naturaleza se supera á sí misma, pródiga en luz, en frutos y en flores, es, además de crisol de arte, florón y lujo de nuestra raza mediterránea, un verdadero relicario de joyas arquitectónicas.

Dos ejemplos de ello son las bellas puertas que ilustran esta página.

La del Hospital es una bella muestra del estilo gótico en su pristina y severa belleza, y en la de la Lonja, ya sobre el mismo estilo apuntan las gracias floridas de la transición al Renacimiento.



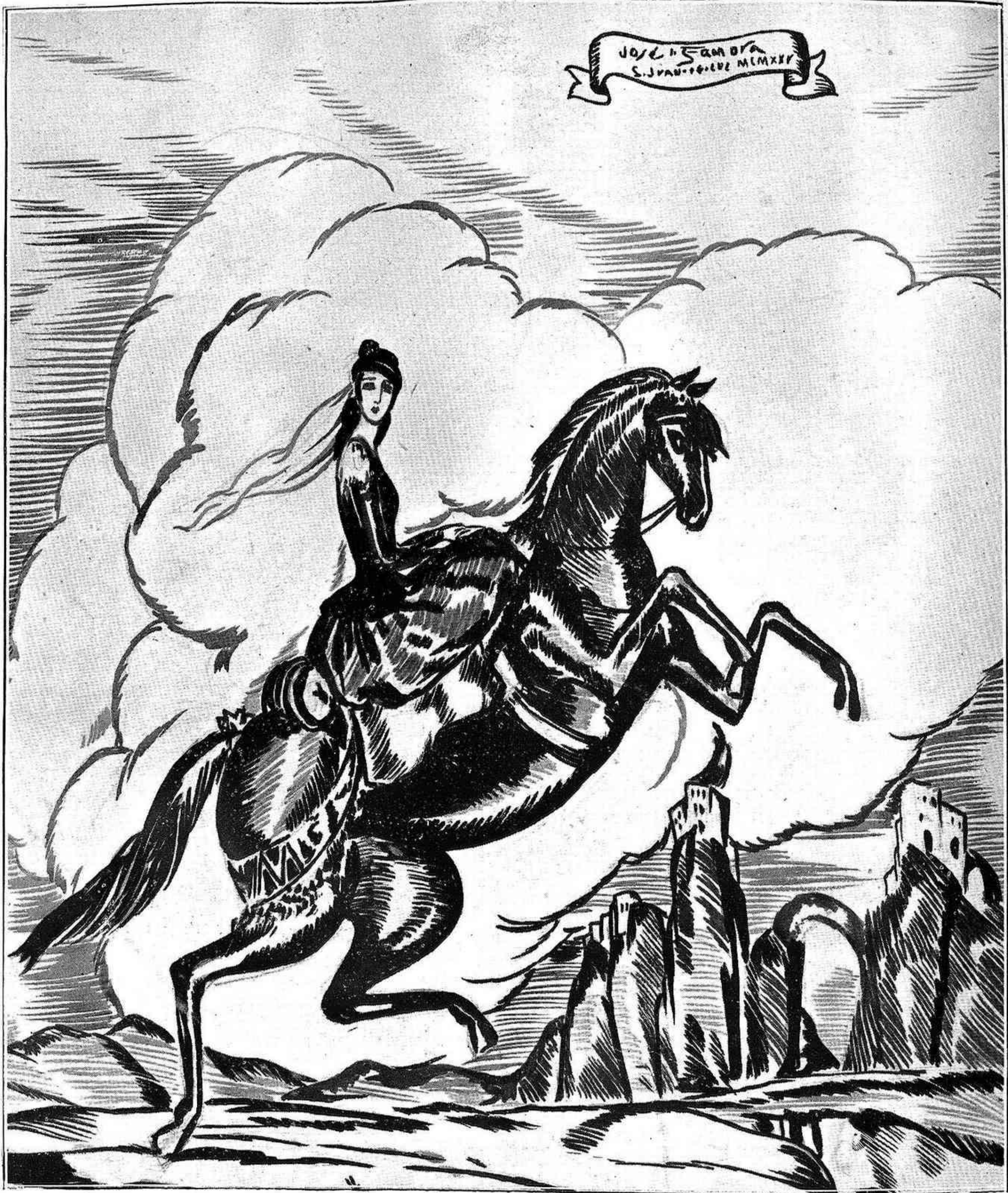
La pintoresca ermita de San Roque en las proximidades de la ciudad del Turia

FOT. GÓMEZ DURÁN

La pequeña ermita de San Roque tiene el encanto ingenuo y pintoresco de esos oratorios campestres en los que la devoción se hace fiesta en las peregrinaciones y romerías tradicionales.

Situada en la huerta feraz y bellísima, es un pequeño asilo de devoción que contrasta con la exuberancia lujuriosa de la Naturaleza.

Los huertanos ofrendan su mayor devoción, esa devoción popular acendrada y ruidosa en las que la fe se exterioriza en canciones y ofrendas en las que el misticismo se matiza de cierta gracia pagana.



UNA tarde, hace muchos, muchos años, me llevó mi buenísima madre al palacio de Liria, próspera mansión de los Alba. Tenía yo ciego fervor por el arte y amaba las glorias pretéritas y mi madre me prometía doble satisfacción al saborear los tesoros de la aristocrática mansión.

Aquella buenísima, inteligente y magnífica duquesa Rosarío, con bondad tinta de maternal cordialidad, me iba enseñando las cosas con gentiles explicaciones propias para un curioso adolescente. Este era el gran duque de Alba que inmortalizara Ticiano; aquéllos, los tapices de las batallas; esotros, los de Flandes, cuando en Flandes aún no se había puesto el sol; estos documentos y las cartas de marear fueron de Cristóbal Colón y pasaron á la casa ducal por un entroncamiento con la de Veragua; esotros, del Señor Rey Don Felipe II.

Súbitamente llegamos á un marmóreo busto de Eugenia de Montijo, que ostentaba sobre la albuca del mármol un calañés de terciopelo negro.

Yo acababa de ver el retrato de la Señora junto con el del Emperador en el salón de Gobelinos, y pasmó mi juvenil curiosidad verla ahora en el majo arreo. Mi guía, amable y buena, me dió la clave.

Erase el caso que la emperatriz Eugenia era muy española, muy castiza, con casticismo de gran dama. Así un día, cuando su sobrino Carlos Alba,

visitando ella el palacio pusiérale al busto una española montera, empeñóse en que tal tocado había de quedarle. Y tal era la razón del insólito disfraz.

Han pasado años, muchos años, y una noche, en un circo parisién, en compañía de un amigo, persona de peregrino ingenio, mirábamos tediosamente transcurrir el espectáculo. En fin, tras muchos números necios ó insulsos surgió á lomos de un negro corcel una amazona vestida de roja chaquetilla y negro sombrero torero. Tenía aquello algo de carnavalesco y de risible en sus pretensiones de españolada.

Los dos á una, y como la amazona fuera de peregrina habilidad y manejando á maravilla su montura, la hicieron hacer mil rítmicas habilidades de danza, y en fin, á la música de un pasodoble, dar la vuelta al ruedo, los dos á una tuvimos una impresión que no acertamos á definir del todo, pero que fué casi, casi, una goyesca visión de España. Por fin mi amigo acertó á iniciar una definición de nuestra inquietud:

—Esto es una cosa muy *Isabelina*, muy de aquel tiempo en que la majoza y el señorío eran verdad, en que las duquesas derribaban reses en los cortijos andaluces y los condes toreaban toros bravos; una cosa muy Eugenia de Montijo.

Como yo he conocido á la Soberana muy vieja, en su admirable *cottage* de *Farborough-Hill*, muy vieja, pero infinitamente *gran señora*, sin voz de la vida pasada sino el retrato de la Emperatriz, rodeada de sus damas, pintado por Winterhalter, *no lo sentía bien* así. Sin embargo, no dejó el dicho de preocuparme y quedé en ese rincón en que guardamos cosas *que han de salir á su hora*.

Y fué esta una tarde en el Museo Gustavo Moreau de que hablaba el otro día.

Hay en él, entre los apuntes del maestro, un cuadrito en tonos azules y grises en que aparece bajo un cielo nuboso, que *sin embargo* se adivina añil, una amazona á lomos de un alazán airoso, elegantísimo. Aquello es España, España adivinada por el genio; es España con su entero contenido espiritual; es Goya. Porque Gustavo Moreau, en su genial talento, adivinó, presintió, mejor coincidió en su visión de España con el genio aragonés.

Miré el catálogo. Rezaba:

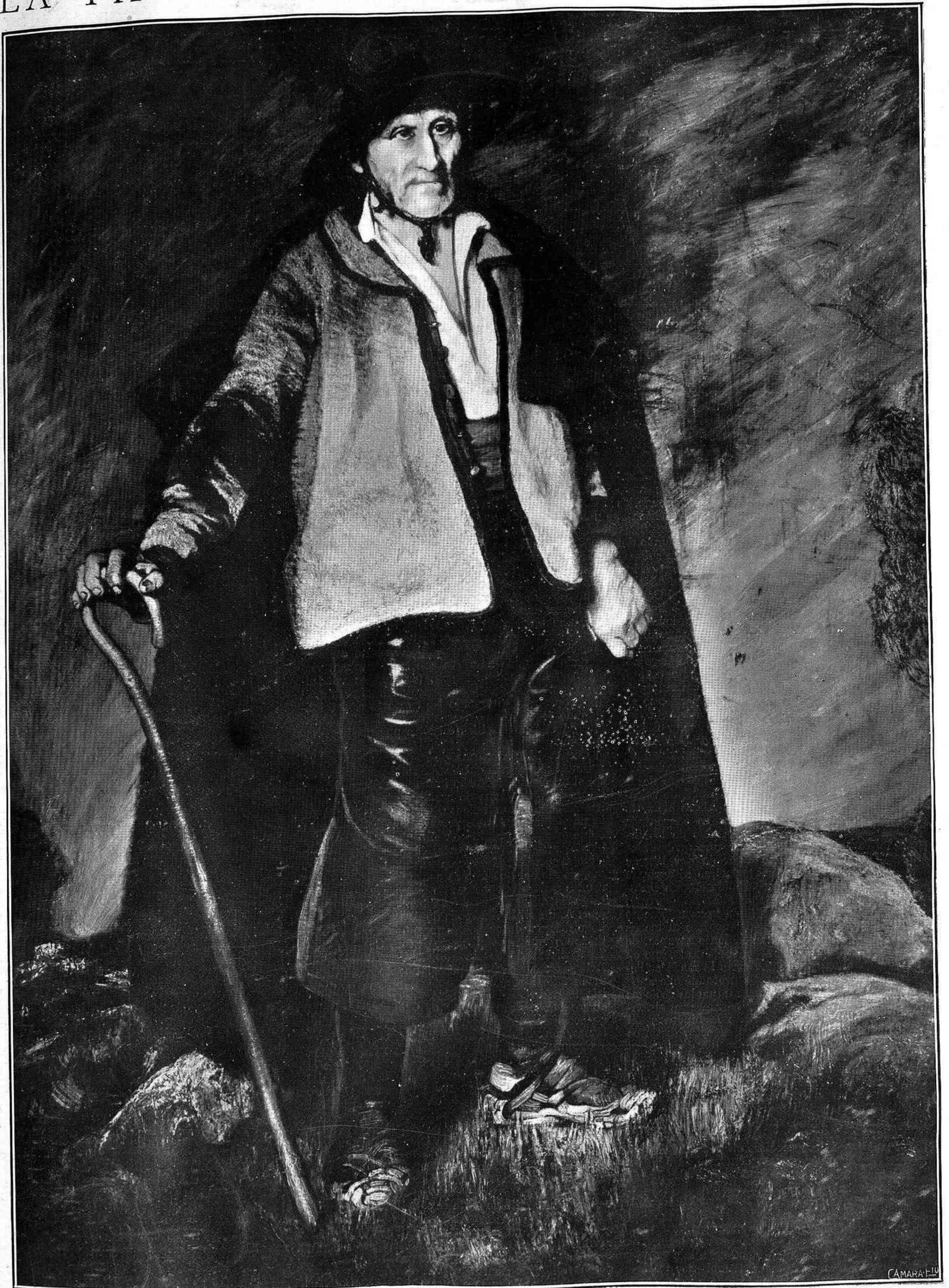
«La Emperatriz Eugenia».

Y comprendía la doble adivinación genial, la de la mujer que supo *ser* y la del pintor que supo *adivinar*.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ZAMORA

LA PINTURA ESPAÑOLA EN AMÉRICA



CAMARA-FU

CAMPESINO CASTELLANO, cuadro de Ignacio Zuloaga, adquirido por el Instituto Carnegie de Pittsburgh (Pensilvania)

EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA

ENTRE los muchos enigmas que ofrece á la ciencia moderna el pasado de nuestro planeta, uno de los más interesantes es el de la Atlántida, la isla fabulosa situada por Platón frente á las columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar), y que un cataclismo, del que fueron testigos los primeros habitantes de la Tierra, debió hacer desaparecer súbitamente.

Así como no hay humo sin fuego, es indudable que mitos y leyendas, por remoto que sea su origen, tienen un fondo de verdad explorable. Prescindiendo de las explicaciones más ó menos fantásticas que hubieron de darse al relato clásico, nos limitaremos á interrogar á la Geografía y la Geología acerca del inquietante problema.

Boemann y Kircher, y más tarde Voltaire y Bory de Saint-Vincent, consideraron las islas de Madera, Azores y Canarias como restos de la antigua Atlántida. Esta misma hipótesis la sostuvo hace quince años M. Luis Germain, exponiendo los principales argumentos científicos que militan á su favor.

Lo que se sabe actualmente acerca del fondo del Océano autoriza á creer que su topografía submarina presenta un relieve asombrosamente parecido al que ofrecen las partes no sumergidas. Tiénese ya comprobada la existencia en medio del Océano de una vasta meseta central dirigida de Norte á Sur y flanqueada por dos grandes depresiones que siguen la misma orientación: una, muy profunda, paralela á la costa americana, y otra, menos regular y más estrecha, que se extiende á lo largo del litoral europeo y africano. Este cordón montañoso, en extremo accidentado, tiene sus cimas muy próximas á la superficie de las aguas, emergiendo algunas del mar para constituir las islas Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde, que forman el conjunto designado con el nombre general de Atlánticas. Presentan todas ellas la particularidad de ser volcánicas y de origen reciente, manifestándose aún la acción plutónica, puesto que desde 1838 se ha venido señalando la presencia de volcanes submarinos en sus cercanías. Ahora bien: los volcanes dispuestos en tal forma se encuentran siempre siguiendo una línea inestable de la corteza terrestre, lo que representa una quebradura reciente de dicha corteza. Así, por ejemplo, la gran depresión mediterránea, sobre la que se agrupan el Vesubio y el Etna, y así también el gran cinturón volcánico del Océano Pacífico. Además de esto, las cumbres de los volcanes están invariablemente situadas en montañas cuyos flancos, ó al menos uno de ellos, presentan una pendiente abrupta. Se ha podido comprobar, sin género de duda, que en el fondo marino de las Islas Azores la sonda ha llegado á descubrir considerables profundidades.

Sobre lo ya expuesto añadamos que los geólogos han recogido muestras de rocas arrancadas al fondo del Atlántico, que confirman la hipótesis del hundimiento. La lava adquiere aspectos distintos según haya sido emitida al aire libre ó bajo el agua; especialmente cuando se verifica su enfriamiento al aire libre, la lava toma el aspecto vitreo basáltico, ó sea el mismo que puede observarse en las rocas extraídas del fondo atlántico. Preciso es, por tanto, inferir que los terrenos constitutivos de ese fondo hubieron de ser cubiertos por la lava cuando sobresalían de la superficie de las aguas, y que desaparecieron á consecuencia de un cataclismo, pues, en caso contrario, la erosión atmosférica y el contacto permanente con las aguas hubiera nivelado las desigualdades.

La zoología, por su parte, añade pruebas no menos convincentes. En primer lugar, los estudios comparativos hechos entre los moluscos de las islas atlánticas, y los que se descubren en los depósitos terciarios de Europa, demuestran la supervivencia en las Azores de algunos moluscos terciarios completamente desaparecidos de nuestro continente; y lo mismo acontece con cierto helecho fósil de Portugal que vive aún en Canarias. La fauna terrestre de las islas Atlánticas, por demás rica

y variada, es próximamente la misma en todo el Archipiélago, salvo algunas diferencias debidas á la adaptación. Esta fauna no se asemeja en lo más mínimo á la del Africa ecuatorial, de la que, sin embargo, no se halla alejada; se parece más bien á la fauna mediterránea, á la antillana y centroamericana, de lo que parece resultar que la Atlántida se unía no al Africa Central, sino de una parte á la Mauritania y de otra á Venezuela.

A todos estos argumentos, perfectamente concordantes, pudieran unirse algunos datos de orden arqueológico, etnográfico ó lingüístico, notando de paso, verbigracia, la analogía del vasco con ciertos dialectos americanos.

Se puede, pues, concluir de cuanto queda expuesto que en tiempos remotos y en los lugares donde se elevan ahora islas é islotes diseminados existió un continente tan vasto, que las diferencias de clima llegaban á ser importantes, originando, como consecuencia, variaciones apreciables de fauna entre el Norte, montañoso y poblado, y el Sur, cálido, seco y casi desierto.

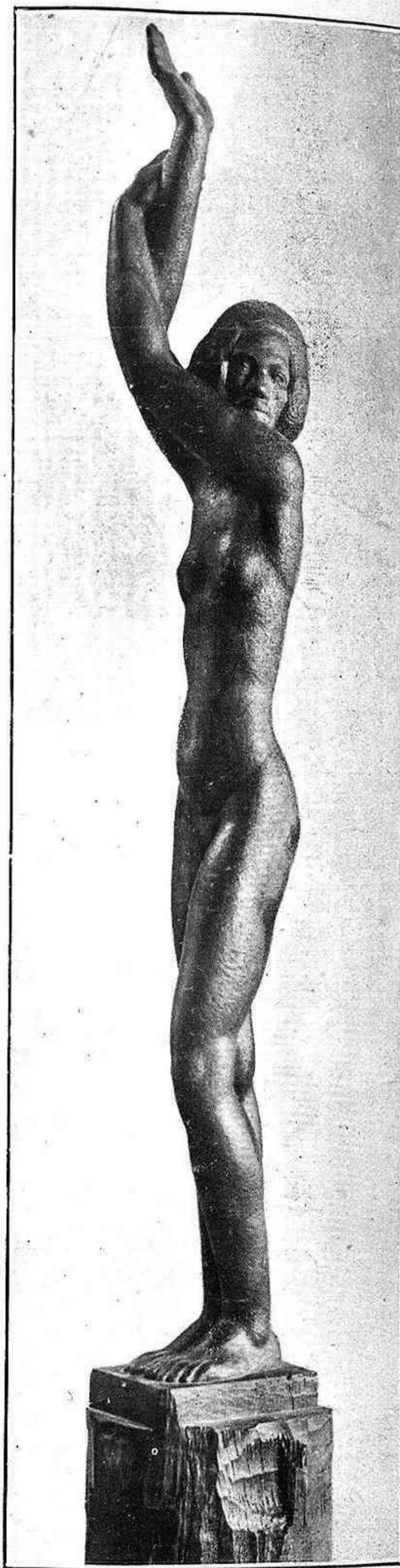
Según todas las probabilidades, un primer hundimiento parcial debió producirse en la parte de las Antillas, quedando abierta la fosa que estableció la comunicación marítima entre las Antillas y las costas de Africa, y la diseminación de los animales marinos. Posteriores hundimientos sólo dejaron subsistir una vasta meseta, que comunicaba en un principio con Africa, fragmentándose luego. Por último, en una época relativamente cercana, cuando ya había hombres que la habitaban, violentos fenómenos geológicos (erupciones volcánicas, temblores de tierra, marejadas gigantescas) hicieron desaparecer bajo las aguas la casi totalidad de las tierras emergentes, quedando sólo á flor de Océano las islas é islotes por nosotros conocidos.

Cuenta Platón en una de sus obras que «en el mismo lugar donde existía Atlántida antiguamente, el mar se había hecho impracticable por efecto de una delgada capa de arcilla desprendida de la isla antes del hundimiento, y que ahora dificulta la navegación». A este propósito habrá de recordarse que precisamente en el centro del Atlántico existe una pradera flotante, el mar de Sargazos, cuyo aspecto haría creer en un trozo de tierra firme, siendo así que ésta se encuentra, en realidad, á unos cuatro mil metros de fondo. Y añade Platón más adelante: «En esta misma época (9.000 años A. de J.) la Acrópolis de Atenas tenía un relieve diferente, porque los terremotos y las inundaciones modificaron esta región de Grecia.» Esta desaparición de continentes, análoga á la de la Atlántida, corresponde perfectamente con la afirmación de los geólogos, quienes opinan que una isla llamada Adriática hubo de quedar también sumergida. Aun es probable que hubiese asimismo un continente mediterráneo cuyos restos, las islas Egeas, son visibles en la actualidad.

Crean, por último, los geólogos que la inmersión de un volumen de tierras tan importante como el de la Atlántida debió hacer bajar las aguas del Mediterráneo, que se precipitarían en el Océano. Se han hallado, en efecto, en diferentes islas del Mediterráneo señales precisas de la existencia de litófagos, los microscópicos perforadores de rocas, á alturas de 700 metros, con lo que se demuestra que las aguas subieron á ese nivel en épocas hoy precisadas y cuando el hombre poblaba ya el planeta. Al mismo tiempo debió bascular el suelo de Africa vertiendo en el Océano sus aguas dulces y haciendo inhabitable el desierto líbico, en tiempos habitado.

No es, pues, un mito la Atlántida, esa tierra maravillosa descrita con tanta precisión por los autores antiguos. La leyenda platónica, merced á los descubrimientos científicos, va adquiriendo cuerpo, probando ello que no se puede negar sin tener la certeza absoluta y que la leyenda de ayer puede convertirse en la realidad de hoy.

ARTE MODERNO



DESNUDO
Talla en ébano, original de Ángel Ferrant

En la Exposición que la Sociedad Artístico-Literaria de Cataluña celebra anualmente en Barcelona se destaca ahora esta bellísima tala de Ángel Ferrant, donde el ilustre artista da una prueba relevante de sus cualidades técnicas.

Voluntariamente alejado de las Exposiciones Nacionales, Ángel Ferrant hace tiempo que no da á conocer en Madrid las muestras de su arte, tan ponderado y tan afirmativo.

La segunda medalla, otorgada á Ferrant el año de 1915 por el grupo "Vejez", su admirable proyecto—en unión del arquitecto Hernández Briz de Monumento á Cervantes; su placa con destino á la casa donde vivió Espronceda, y la esmaltada de Rosales, destacaron vigorosamente la personalidad del ilustre escultor.

Pero acaso él desea ahora que su obra actual, la que viene realizando en el silencio y la soledad fecundos, sin rectificar la anterior, sea la que mejor le defina en lo futuro.

De cómo tiene derecho á ello da cabal medida este admirable desnudo de mujer, rítmico y veraz, que la Sociedad Artístico-Literaria de Cataluña ha exhibido con todos los honores.

No hace al artista, en múltiples ocasiones, el lugar de su nacimiento, sino aquel en donde, llevado por el azar ó el propio deseo, encuentra adecuado ambiente para perpetuar de una manera plástica los destellos de su genio y de su inspiración. De aquí el que la imperial Toledo considere como suyo al insigne Domenico Theotocópuli, aunque el Greco vió la luz primera en la isla de Creta y no en la legendaria ciudad que baña el Tajo.

De aquí también que, omitiendo nombres de otros célebres artistas, que por el medio en que se desarrollaron sus obras son extraños en su misma patria, podamos considerar al pintor que nos ocupa como malagueño, aun cuando sepamos que Niño de Guevara nació en Madrid el 8 de Febrero de 1622, según algunos críticos contemporáneos y un manuscrito de la Biblioteca Episcopal de Málaga, ó en el mismo día del año 1632, según opina D. Agustín de Ceán Bermúdez en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes de España*.

Poco importa, en suma, que sea hijo de Madrid, ya que en Málaga vivió avencindado, dejó sus obras más hermosas, contrajo matrimonio y lanzó el último suspiro.

Había sido nombrado para ocupar la sede malacitana el religioso franciscano, perteneciente á la aristocrática familia de los condes de Castro Nuevo y condes de Villaumbrosa, fray Antonio Enríquez de Porras, predicador de Felipe IV, sacerdote ejemplar por su modestia y sabiduría, contándose de él que había llegado á rehusar la mitra de Zamora, para que fué propuesto, por considerarse indigno de tan elevado cargo, y que sólo á cambio de ruegos incesantes aceptó la de Málaga, diócesis que rigió desde el año 1634 al de 1648.

Nombrado en 1635 embajador de España en Roma, partió para la Corte pontificia en el mes de Julio de este año; pero en Diciembre regresó á Málaga, consagrándose desde entonces con alma y vida al gobierno de la diócesis, y dando muestras de infinita caridad en la cruel epidemia de 1637.

Según consta del cabildo de 30 de Agosto de 1638, se le confirió en dicho cargo el título de virrey y capitán general del reino de Aragón, marchando en seguida á Zaragoza á tomar posesión y dejando por su gobernador al gran latinista y poeta D. Pedro de Zamora.

Al llegar á Madrid dicho prelado camino de la región aragonesa, tomó como capitán de su guardia á un pobre hidalgo llamado D. Luis Niño de Guevara, casado con D.^a Mariana Enríquez, á quienes protegió eficazmente desde aquel momento, quizá por llevar ella en sus venas sangre del virrey de Aragón.

De este matrimonio había nacido un hijo, á quien impusieron el nombre de Juan, y que, una vez trasladados todos á Zaragoza, crecía bajo la protección decidida de fray Antonio.

Dice Pellicer en sus *Avisos* que el obispo no llegó á la capital de Aragón hasta el año 1641, en vez del 38, como aseguran casi todos los escritores que de él se ocuparon, jurando el cargo el 2 de Julio.

Lo cierto es que en 1642 ya se hallaba el señor Enríquez de nuevo en Málaga acompañado de sus fieles servidores, y que viviendo esta familia en el mismo palacio episcopal, el virtuoso predicador de Felipe IV cuidábase de la educación religiosa y literaria del que más tarde fué discípulo de Alonso Cano. Notando el obispo las felices disposiciones que para el arte pictórico revelaba el adolescente Niño de Guevara, á juzgar por la fidelidad con que copiaba cuantas estampas y lienzos encontraba á mano, quiso alentarle á proseguir por esa senda, á cuyo fin le puso bajo la dirección del insigne pintor D. Miguel Manrique de Lara, perteneciente á la noble familia de los condes de Frigiliana y capitán que había sido de las tropas españolas en Flandes.

Manrique estudió en Amberes con Rubéns, compenetrándose de tal modo con el maestro en la manera de tratar el color, que algunos de sus cuadros que se conservan en Málaga parecen salidos de los pinceles del inmortal pintor y embajador del duque de Mantua.

Raro es en demasía el que no se mencione á Manrique de Lara entre los discípulos de Rubéns, tales como Pedro Soutmant, Juan Van Hock, Erasmo Hellino, Jacobo Jordans y tantos otros que

con el discípulo amado Antonio Van Dyck supieron glorificar la escuela flamenca.

Como queda dicho, Manrique, al regresar á España y establecerse en Málaga, recibió en su taller, recomendado por el Sr. Enríquez de Porras, á don Juan Niño de Guevara, al que llegó á profesar un cariño entrañable por su trato apacible y al que también admiraba por los rápidos progresos que hacía en su arte.

Pero siendo nombrado por segunda vez fray Antonio virrey y capitán general de todo el reino de Aragón en el año de 1645, marchó á Madrid en compañía de Niño de Guevara, donde le dejó custodiado por el marqués de Montebello, caballero portugués que había sido embajador de la Corte de Lisboa en Roma y que ejercía por aquel entonces la pintura en Madrid, adonde quiso refugiarse con motivo del estado anárquico de Portugal. Dedicóse á la pintura para sustentarse hasta que el Rey Felipe IV le señaló cierta renta, con la que

atacado de la peste bubónica, por entonces reinante en Málaga, y de la cual se salvó casi de milagro.

Noticioso D. Juan de que su maestro Alonso Cano se hallaba en Granada en el año de 1652 disfrutando de la colación que el Cabildo de aquella iglesia le confirió por Real Cédula del 11 de Septiembre de 1651, corrió á visitarle, siendo muy cariñosamente recibido por Cano, quien le prometió pagarle la visita y auxiliarle en cuanto le pidiese.

Cumplió el racionero granadino la promesa viniendo á Málaga durante el pontificado de fray Alonso de Santo Tomás y haciendo á Niño de Guevara los diseños para los cuadros que pintó con destino al convento de San Agustín de Granada y para otras varias obras.

En 1654 vivía Niño con su mujer en una casa de la calle de Beatas, dirigiendo un obrador del que salían lienzos y más lienzos para adorno y boato de Málaga y de otras poblaciones, tales como Madrid, Granada, Sevilla, Córdoba y Jaén. Sus padres vivían aún en 1656 en una de las calles cercanas á la Catedral, según consta en un padrón de la parroquia del Sagrario correspondiente á dicho año.

Reclamado por los padres Agustinos de Córdoba, marchó Niño de Guevara á esta ciudad á pintar los lienzos que más tarde se colocaron en el claustro del convento de aquella Orden. Terminado el trabajo se restituyó á Málaga, dedicándose á hacer retratos á la manera de Van Dyck para casas particulares, y de muchos de los cuales no hay la menor noticia, sabiéndose tan sólo que en el ex convento de San Agustín, de Jaén, antes de Jesuitas, se guardaban dos retratos de cardenales debidos á su mano.

Niño de Guevara, á más de ser un pintor ilustre, era un notable poeta, esgrimiendo la pluma á ratos perdidos y haciendo que de ella brotaran delicadas poesías. Málaga había sido víctima de una terrible epidemia de peste bubónica, que la diezmo, el año 1649. La temida peste venía llenando de amarguras á este pueblo desde poco después de haber sido clavado el pendón de Castilla en un torreón de la Alcazaba. Para perpetuar el recuerdo de esa epidemia se escribieron numerosos versos en que se relataban los padecimientos sufridos y la terrible mortandad. Estas composiciones fueron insertadas, á manera de prólogo, en el «Ejemplar de Castigos y Piedades que se experimentó en la ciudad de Málaga á MDCXLIX. Dirigido al señor D. Feliciano de Valladares y la Cueva, del hábito de Alcántara, Canónigo de la S. I. C. de esta ciudad, Gobernador, Provisor y Vicario de ella y su obispado. Por D. Andrés Hidalgo y Bourman. Con licencia en Málaga por Juan Serrano. 1650.»

Una de esas composiciones es de Niño de Guevara, quien, como dejamos dicho, sintió los efectos de la cruenta enfermedad.

El soneto en cuestión dice así:

DE D. JUAN NIÑO DE GUEVARA AL AUTOR

Hidalgo insigne de sublime ciencia
que con pluma elocuente y soberana
alto lugar en el Parnaso gana
y es vencedora en justa competencia.

Juntos Minerva y Marte en tu ascendencia
con igualdad ocurren, más que humana,
que de laurel tu Poema se engalana
y tu nombre inmortal será en tu ausencia.

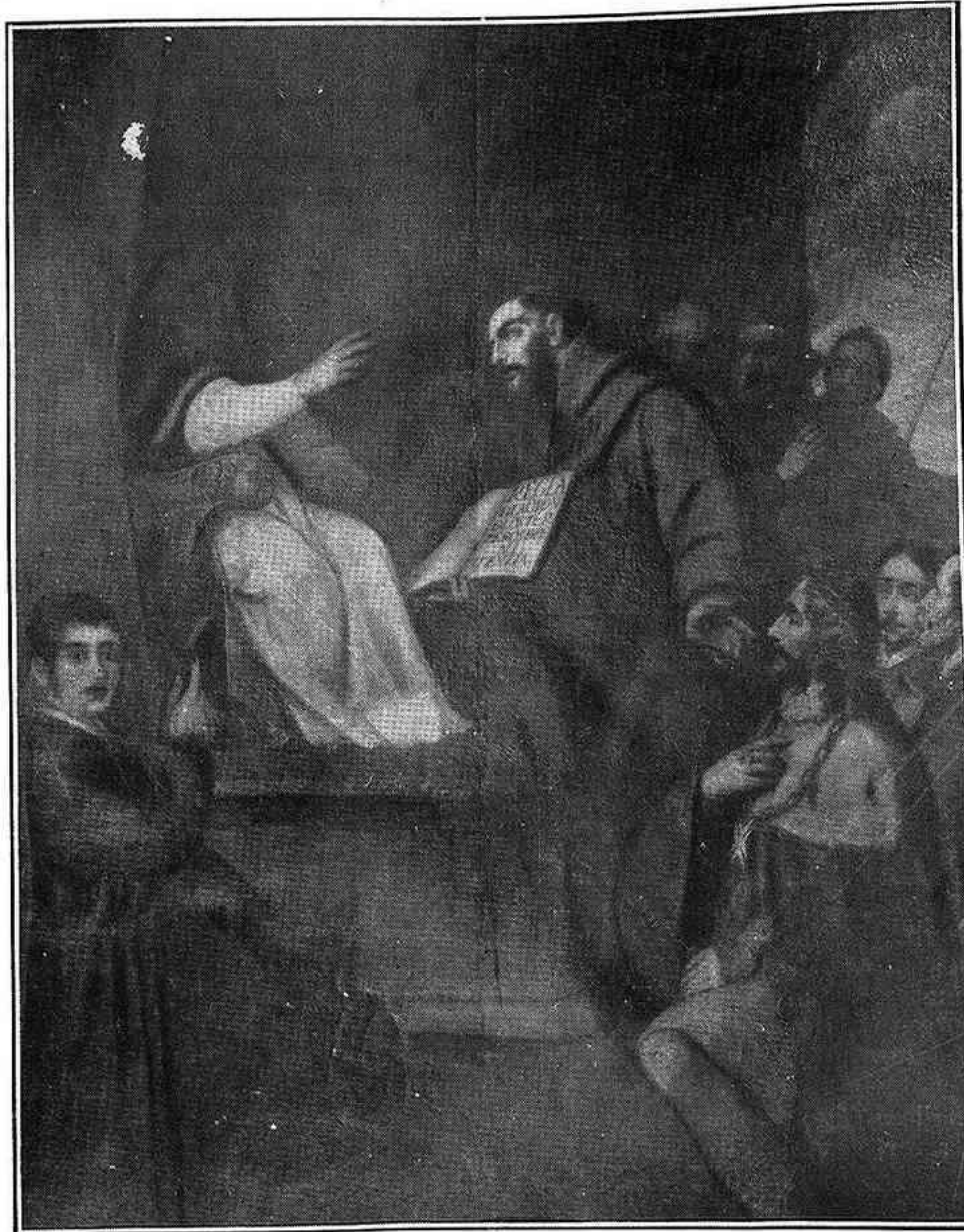
Inclito Andrés que en referir fatales
golpes de Cloto impía con desvelo,
para causar asombro á los mortales,

tanto te has remontado en este suelo
que aclamando tus glorias sin iguales
tu fama llegará al empíreo cielo.

Cuando saboreaba Niño de Guevara las mieles del triunfo fué víctima de una aguda dolencia en ocasión en que habitaba con los suyos en una casa de la calle del Molinillo del Aceite. Sintiéndose morir confesó y recibió la Sagrada Forma con unción altamente cristiana, y el 8 de Diciembre de 1698, día de la Purísima Concepción, bajó al sepulcro. La partida de sepelio existe en la parroquia de los Santos Mártires.

La labor intensa de D. Juan Niño de Guevara, inmortalizada ha quedado en los magníficos lienzos con que hoy se enriquecen los templos malacitanos y los de otras ciudades. Como oro en paño se guardan esos vivos testimonios del arte exquisito de quien sin haber nacido en Málaga esta ciudad lo tiene por una de sus mayores glorias.

JOAQUÍN M.^a DIAZ SERRANO



Cuadro original de Niño de Guevara, existente en la Parroquia de los Santos Mártires, de Málaga. Autorretrato del artista

pudo vivir decorosamente, abandonando los pinceles. Interesado el marqués en que adelantase más su nuevo discípulo, lo puso á trabajar con Alonso Cano, que vivía á la sazón en Madrid.

La educación artística de D. Juan se completaba. Las lecciones que recibía del genial granadino, unidas á las que Manrique le proporcionara en Málaga, formaron su espíritu. Por un lado, la fastuosidad de la escuela flamenca; por otro, el naturalismo de Cano, gusto predominante en el siglo XVII en todas las naciones que produjeron grandes artistas. Niño de Guevara aprendió de Cano la corrección en el dibujo, la composición elegante y sobria, la disposición grandiosa en el plegado de los paños, y un colorido tan cálido y hermoso que no lo hubieran desdeñado los más ilustres maestros de las escuelas veneciana y florentina.

El 20 de Febrero de 1648 fallece en Zaragoza fray Antonio Enríquez, declarándose la Sede vacante en Málaga el 26 del mismo mes. Niño de Guevara marcha á la capital aragonesa, y, una vez enterrado el cadáver de su bienhechor, acuerda volver á Málaga, en donde moraban sus ancianos padres. Pero no sólo el noble deseo de socorrerlos en sus necesidades, sino también el amor que sentía por una bella malagueña, lo incitaron á volver á esta ciudad.

Llamábase la dama D.^a Manuela Jerónima y Hermosilla, de familia muy ilustre. Casado con ella, abrió á poco un taller, comenzando á recibir encargos de particulares y comunidades, ávidos de guardar en sus capillas y conventos algunos frutos de sus pinceles. En 1649 dejó de trabajar, pues se vió

LAS PEREGRINACIONES Á SANTIAGO

FUE en los comienzos del siglo IX, siglo rudo y azaroso para los cristianos, cuando la leyenda dice que por sobrenatural designio se descubrió el cuerpo del Apóstol Santiago, patrón y defensor de España.

En la memoria de los pueblos, y en algún códice poco conocido, se consignaba que el apóstol Santiago yacía sepultado en «arca marmórica» en la región de Amaia, situada en la provincia de Galicia.

Allí, en su extremo oriental, se levantaba un pequeño castillo; cercano á él, en su vertiente Sud-Este, había una modesta iglesia, donde los escasos habitantes de la comarca acudían á santificar á Dios.

El batallar continuo de la época, los vaivenes de la reconquista, produjeron gran mudanza; cerróse la iglesia al culto; quedó despoblado el lugar; el vigilante castillo se derruía poco á poco y los campos antes fecundos y risueños se convirtieron en un espeso é inextricable matorral, en hosca y agreste selva.

Y fué entonces cuando comenzaron á esparcirse maravillosos rumores: se decía que en el bosque, en sus lugares más densos, se veían de noche luces extrañas como estrellas, y se oían voces dulces, armoniosas, sobrenaturales.

Rápidamente se difundió la portentosa nueva; cundió la fama de lo que acaecía, y no sólo el vulgo crédulo, sino notables personas del clero y la nobleza fueron á contemplar el inusitado espectáculo.

Indudablemente aquello era el anuncio de algo trascendental.

Los más autorizados juzgaron que lo que procedía era poner en conocimiento del diocesano—á la sazón era obispo de Iria el venerable Teodomiro—lo que acaecía. Prestamente éste abandona la ciudad episcopal, y ya en el solitario bosque ve la maravilla y oye las melodías.

Acompañado de unos trabajadores va al lugar de los prodigios, quita la maleza, tala el ramaje y pronto descubre restos de una antigua edificación, dando, al fin, con un pequeño edificio; rota su puerta, transpuesto el umbral, Teodomiro ve un altar; á su pie hay una fúnebre losa; la hace levantar; allí yace el glorioso evangelizador de España. Este era el sitio en que las antiguas memorias colocaban el sepulcro del Apóstol. El obispo marcha á informar al Rey Alfonso II del maravilloso descubrimiento. Don Alfonso, con gran aparato y solemnidad, visita el lugar, y acompañado de los magnates, rodeado de una inmensa muchedumbre, oró ante el sepulcro que de tan prodigiosa manera se había descubierto.

Y como recuerdo imperecedero del santo hallazgo, manda construir una Basílica, que fué refor-

mada por Alfonso VI, y siendo obispo de la diócesis D. Diego Peláez se construyó la actual catedral de estilo románico, con su grandioso pórtico de la Gloria, joya soberbia del arte cristiano.

Al amparo del templo se edificó una ciudad famosa: Santiago de Compostela, lugar de peregrinación, bien pronto foco potentísimo de cultura adonde acudían inflamados de fe hombres de los más remotos parajes de la tierra. Eran peregrinos y también se llamaban romeros los que acudían á visitar el sepulcro del Apóstol. Según el famoso Código de las «Partidas», los había de varias clases: unos venían á Santiago por su voluntad, por viaje de recreo; otros por promesa á cumplir un voto; quienes por penitencia, buscando el perdón de sus culpas.

Al emprender la peregrinación solían reunirse los de cada ciudad formando grupo, encargándose sus respectivas iglesias de entregar á la peregrinación las insignias, el bordón y la escarcela. Por lo común cerca de cada ciudad había un sitio marcado con una cruz, donde los que emprendían el santo viaje eran despedidos por sus familiares y vecinos, que les hacían en aquellos emocionantes momentos tiernas recomendaciones; les pedían que se acordasen de ellos en sus oraciones; muchos les entregaban limosnas para el Apóstol.

Las vías, las magníficas carreteras que el pueblo rey, Roma, había construido para que sus legiones pudieran fácilmente sujetar á los pueblos de Europa á su imperio, eran las rutas seguidas por los peregrinos en sus viajes. Y en aquellos caminos, en que tantas veces resonaron el estrépito de las armas y los gritos de triunfo de los guerreros romanos, se escuchaban ahora cánticos y oraciones, el ingenuo y dulce himno de los pacíficos ejércitos de la fe.

A pocas jornadas ya del anhelado santuario, al salir de la última estación llamada Ferreiros, corrían veloces los peregrinos para salvar la distancia que les separaba del denominado Monte del Gozo.

Al acercarse á este lugar surgía la competencia entre ellos, para ganar el premio, que obtenía el que primero llegaba á vislumbrar las torres del templo de Santiago, el cual era proclamado rey de la caravana.

Ocho kilómetros antes de la llegada había la costumbre de que los peregrinos se lavasen en el río Lavacolla, limpiando y aderezando sus hábitos. Al bajar del monte entraban en la ermita de San Lorenzo, aquel lorenés del que dice la tradición que condujo una noche en su caballo á Santiago desde los Pirineos hasta allí.

Al aproximarse á Compostela una avalancha de gente baja importunaba y asediaba á los devotos viajeros: eran los criados de las hospederías.

Y son dignas de mención las ordenanzas insertas en los fueros de Santiago y la hospitalidad que se debía á los peregrinos, así como también las penas en que incurrieron los que abusasen de ellos robándoles y engañándoles.

Era de rito pasar una noche en vela ante el sepulcro del Apóstol; y refiriéndose á esta solemne ceremonia, dice un códice del papa Calixto II: «Coros de peregrinos, agrupados los compatriotas, entonan cánticos al son de las cítaras, los tímpanos, las flautas, las violas, las arpas y chirimías.

Unos lloran sus pecados, otros leen salmos, otros dan limosna á los lisiados.

Reina un intenso movimiento: unos entran, otros salen, otros presentan sus dones.

Si alguno se acerca triste, se retira alegre. Las puertas de la Basílica están constantemente abiertas y no se conoce lo que sea una noche obscura. Por allí pasan los pobres y los felices, caballeros y peones, ciegos y mancos, nobles y próceres, prelados y abades.

Unos caminan con los pies descalzos; otros cargados de hierro y plomo para las obras de la Basílica; aquellos con una cruz en la mano; estos distribuyendo su dinero á los pobres; los hay que llevan los grillos y cadenas de que por la virtud del Apóstol fueron librados.

Todos llevando la llama de la fe en sus pechos y una plegaria ferviente en los labios.

A menudo ocurren reyertas sangrientas entre grupos de peregrinos, que discuten quiénes se han de acercar más y primero á adorar.

Terminada la vigilia, al comenzar el alba, se celebraba una misa, publicando luego el cardenal mayor las indulgencias.

A continuación iban los peregrinos á la Capilla mayor para ofrecer sus limosnas, que depositaban en un arca de grandes dimensiones, llamada «arca de la obra». Un clérigo estaba encargado de su

custodia. Las ofrendas unas se destinaban al altar, como eran las estatuas, paños, incienso y cera; otras para la fábrica, como eran báculos, cruces, candelabros.

Luego los peregrinos pasaban al tesoro, para venerar la Corona, la Cadena y la Cruz, y recorrían las naves, el claustro y las galerías del templo.

Ya en la calle visitaban ávidos y curiosos la parte industrial de la ciudad. En las tiendas de la puerta de las Platerías, donde los famosos orífices santiagueses exponían ricas joyas, acudían los peregrinos poderosos á surtirse de objetos de oro y plata adornados con esmaltes y piedras preciosas. Los más modestos, en las calles próximas compraban las conchas fabricadas en plomo, estaño, cobre y otros metales.

Por la parte de la puerta de la Azabachería tenían los azabacheros sus comercios de universal celebridad. Todas las imágenes que por entonces había en Europa se habían fabricado en Compostela. La creación clásica de los azabacheros era un grupo formado por el Apóstol vestido de peregrino, á quien adoraban otras figuritas de menor tamaño, hecho todo con inimitable arte.

Y al benéfico influjo de la Catedral y las peregrinaciones, la ciudad laboriosa creció con pasmosa rapidez.

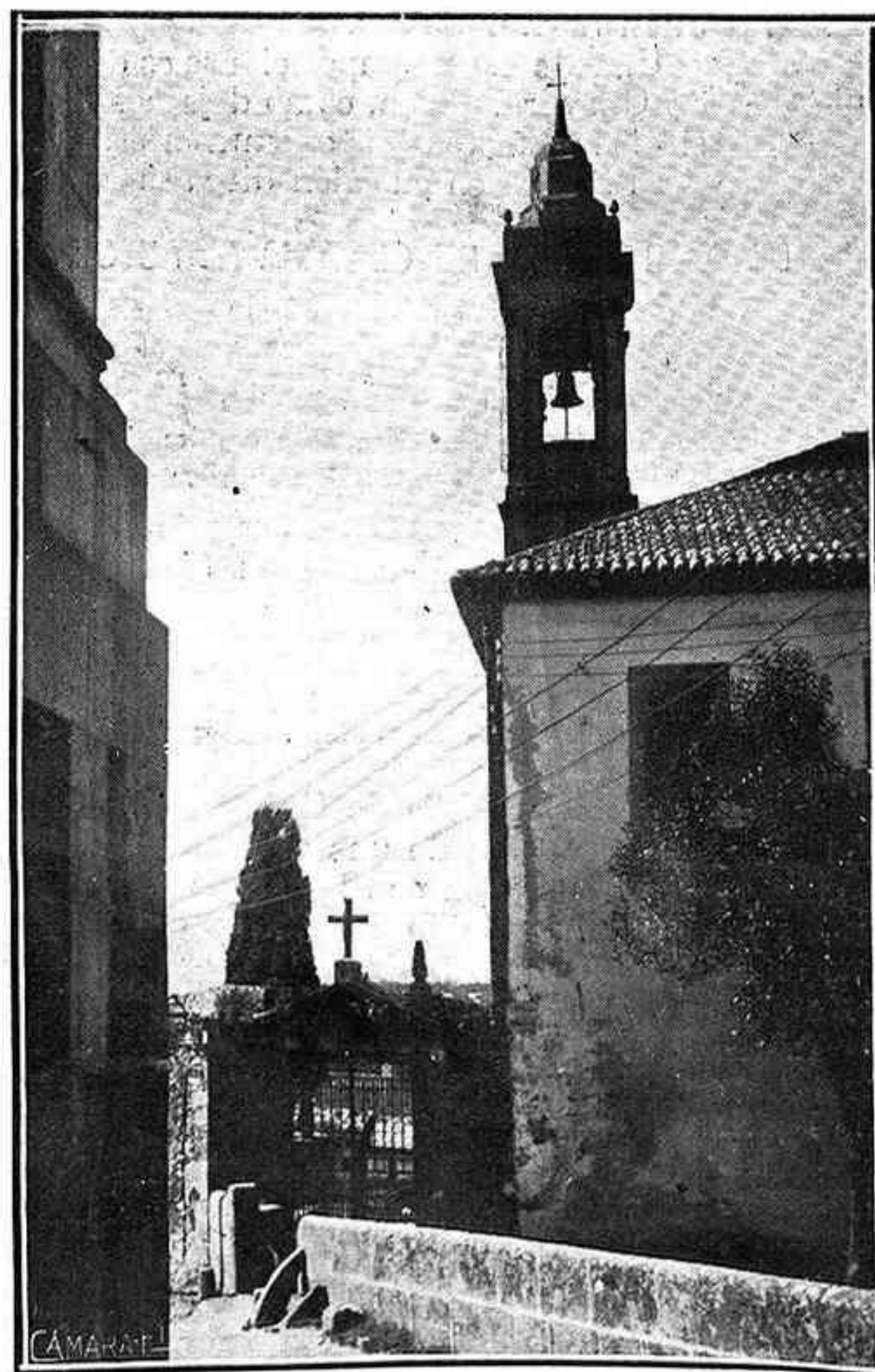
Allí moraban artistas, herreros, ebanistas y otros operarios, que pronto formaron gremios regulados por estatutos de gran estima.

Una industria muy interesante y utilísima para los peregrinos era la de los cambiadores de moneda.

Gentes de múltiples razas y de las más diversas condiciones sociales acudían á Santiago. En las postrimerías del siglo XII se inaugura la edad de oro de las peregrinaciones, que dura cerca de tres centurias.

Desfilan por Compostela San Francisco y Santo Domingo, la Reina Isabel de Portugal, el Príncipe de Gales Eduardo I, las aristócratas suecas Ingrid y Matilde, acompañadas de un gran número de jóvenes de origen noble, el célebre pintor Van-Eyck, los intrépidos cruzados frisonos, que vienen á España en trescientas naves, y tantísimos más de imposible enumeración. Y era tal la veneración que en los siglos medievales sentían los cristianos españoles por el Apóstol Santiago, que en las famosas batallas—Simancas, Clavijo, Navas de Tolosa—en que el poderío musulmán sufrió tan tremendos quebrantos, los ejércitos cristianos combatían heroicamente al grito de «¡Santiago cierra España!», grito de guerra, que era como una invocación pidiendo al Santo Apóstol su divina ayuda.

MARIO HERMIDA



Santiago.—La Tercera Orden



Santiago.—Rúa del Villar

DON TRINIDAD, CANCELA Y ANACREONTE



Don Trinidad, el viejo maestro, volvía aquella noche á su casa inquieto y malhumorado. ¡Aquel jovenzuelo impertinente!... ¡Le había dado la noche! Sí, sí... Sería candoroso, sería de una puerilidad conmovedora preocuparse—á su edad, con su prestigio indiscutible—por la actitud estudiadamente desdeñosa de aquel innominado... Sería lo que fuera... Pero había una verdad, clara como la luz del día, más clara, más evidente que todas las otras verdades... Y era que aquel jovenzuelo le había dado la noche.

Tenía su tertulia el ilustre maestro en un café del centro de la ciudad. El pequeño areópago existía desde hacía muchos años y, naturalmente, había padecido vicisitudes sin cuento. Las más dolorosas para los areopagitas fueron las impuestas por los cambios irremediables de local. Abriáanse en la ciudad nuevas arterias y los viejos cafés desaparecían bajo la dentellada implacable de la piqueta. Era el glorioso escritor el alma, el sostén, el jefe del amable areópago. Extraña jefatura la de don Trinidad. Nadie le había exaltado hasta ella, y nadie, sin embargo, se la disputaba. ¿Quién como él sabría encauzar la charla, dirigir los improvisados debates? ¿Quién le discutiría su admirable espíritu definidor? ¿Y quién sabría como él reprender sin acritud, juzgar sin pedantería y acallar las pérfidas insidias estimuladas por el amor propio ofendido? Alguna vez, no obstante, había intentado don Trinidad esquivar la tiranía de su costumbre inveterada.

—Vaya—había dicho en más de una ocasión á doña Mercedes, la dulce y resignada esposa—. Había que empezar algún día, y hoy empiezo. Esta noche no salgo.

Pero la propia doña Mercedes era quien, al verle, después de cenar, nervioso y desasosegado, como un chiquillo castigado por travieso á no salir á jugar á la plaza, la propia doña Mercedes era quien tenía que invitarle:

—Anda, hombre, anda... Vete de una vez. Todo es preferible á verte así...

Y el viejo maestro, satisfecho, gozoso, alborozado, emprendía á pie, según su costumbre, la larga caminata hasta el centro de la ciudad. Se sentía esperado con impaciencia, con cariño y respeto... Y en sus labios se plasmaba una sonrisa infantil...

Doña Mercedes advirtió en seguida su contradicción.

—¿Qué te pasa? ¿Vienes disgustado?

El esquivó blandamente la respuesta. Pero explicó al fin:

—Sí. No puedo negarlo... Me han puesto de mal humor esta noche. Está visto que ya no hay respeto ni á las canas, ni á una labor de muchos años, ni á nada de este mundo. Es que... Verás... Se presentó un joven esta noche en la tertulia..., que... Bueno... Que no quieras saber. Cuando llegó él—venía con Andrades—hablaba yo sobre no sé qué tema que estábamos discutiendo. Se me escuchaba, claro, como se me escucha siempre, aunque no se esté conforme con mis ideas: con un minimum de respeto. Pues nada; llega mi hombre, se sienta, precisamente frente á mí, y se me queda mirando con una mirada tan llena de desdén, de impertinencia y hasta de burla, que... ¡Vaya, que se propuso desconcertarme y me desconcertó! Terminé lo que iba diciendo qué sé yo cómo... Como pude, como Dios me dió á entender. Pero hay más... Terminó yo y empieza el muy señor mío á contradecir punto

por punto cuanto había alcanzado á oír de mis palabras. Y no es que me mortificara la contradicción. ¡Pues no faltaba más! Ni tampoco que tuviera que habérmelas con un mequetrefe de diez y nueve ó veinte años. Estaba en su derecho. No. Lo que me mortificó verdaderamente fué el tono. ¡Qué tono! ¡No tienes idea! Como si hablara protegiéndome. Como quien dice: «Bueno, don Trinidad, cálese, que da mucha pena tener que contrariar á un anciano tan respetable.» ¡Cuando te digo que me ha dado la noche!...

Doña Mercedes comentó:

—¡Ay, Señor! ¡Qué mundo! ¡Qué cosas!

Y se quedó dormida.

Pasaron unas semanas. Ya don Trinidad, más que con Benito Cancela—no pudo substraerse á la curiosidad de saber el nombre del audaz adversario—estaba indignado consigo mismo.

—Pero ¿eres idiota?

—reprochábase—¿A tus años vas á preocuparte por la actitud descortés del primer advenedizo? Al final de cuentas, ¿qué? ¿Que no le interesan ni tú ni tu obra? ¿Acaso no sabes tú que hay muchos jóvenes en el mismo caso? ¡Anda y que lo zurzan!

Pero no lo zurzían. Algunas noches más volvió Cancela por la tertulia de don Trinidad, y don Trinidad, aun en contra de sus propósitos más firmes, tuvo para él sus más dulces sonrisas. Pero aquel demonio de Cancela era un salvaje irreductible. Había cambiado de táctica. Ya no le contradecía. Ahora se limitaba, en cuanto el ilustre académico empezaba á hablar, á hacer gestos significativos de una fatiga, de un cansancio, de un aburrimiento indecibles.

Al cabo de un mes Benito Cancela había ascendido á la categoría de obsesión angustiada de don Trinidad. No había la menor duda. Cancela le desdeñaba olímpicamente. Llegó un momento en que don Trinidad pensó hasta en abordar á solas á aquella bestia arisca y cerril, á fin de... ¿A fin de qué, Señor? ¿De atraérselo, de convencerlo de que su actitud era injusta? ¿Pero no habíamos quedado en que se le daba á él una higa de la opi-

nión sobre su obra literaria de Benito Cancela y de todos los Cancelas de ambos mundos?

Un domingo le encontró en el Museo del Prado. Su primer impulso fué el de hacerse el distraído, evitando el encuentro... No pudo. Era algo más fuerte que su voluntad.

—Buenos días, señor Cancela...

Cancela respondió con un gruñido. El viejo maestro tembló de rabia contenida. De buena gana—para acabar de una vez!—le hubiera roto el bastón en la cabeza. Hizo un gran esfuerzo y volvió á sonreír. No. No desaprovecharía aquella ocasión. Quería saber á todo trance qué opinión tenía Cancela de su obra. Reconocía que era un prurito infantil, ridículo, indigno de él, pero no podía substraerse á su solicitud embrujadora.

Inició la charla y la condujo con habilidad al terreno que le interesaba. Cancela respondió de mala gana, casi con monosílabos.

—¿Y qué, amigo Cancela, lee usted mucho? Usted, naturalmente, será un iconoclasta. A su edad todos lo hemos sido.

—No, señor. Nada de eso...

—¡Caramba! ¿A que á lo mejor nos resu... usted un ferviente de los clásicos?

—Yo, señor, soy ferviente de todo lo que está

—Vaya, vaya. Eso me gusta. ¿Y... de mi generación, amigo Cancela? ¿Qué opina usted de la g te de mi generación?

—¡Pchs!... Yo, ¿sabe usted?, someto mis lecturas á un riguroso orden cronológico.

El rostro de don Trinidad se animó escandalosamente. Se le ocurrió que tal vez Cancela de quienes no sabía nada era precisamente de los jóvenes, de los de la última pléyade, de los detractores de la generación á la que él pertenecía.

Vaciló un instante, y al fin arriesgó la pregunta:

—Y oiga usted, querido Cancela... Desde luego me parece muy bien eso del riguroso orden cronológico... Pero dígame: ¿hasta dónde ha llegado?... ¿En qué autores está usted ahora?

Cancela se encogió de hombros y sin dejar de mirar al lienzo que tenía delante:

—Yo leo despacio, ¿sabe usted?—respondió—Ahora voy por Anacreonte.

Don Trinidad no fué aquella noche á la tertulia. Estaba enfermo, muy enfermo, con una fiebre altísima.

FERNANDO DE LA MILLA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



LAS GRANDES FIGURAS DE LA NOVELA ESPAÑOLA



PEPITA JIMÉNEZ, cuadro original de José Moreno Carbonero

N Á P O L E S



LA VÍA CARACCIOLO ESTIVA

DESDE el punto de vista de la comodidad, del regodeo, del sibaritismo, Nápoles es la más genuina estación de invierno. Niza, Cannes, Mentón, todas las encantadoras ciudades de la Costa Azul, gozan fama de refugios invernales. Aquel Mediterráneo apacible, que rara vez se enbravece, dormido bajo la caricia eterna de un sol espléndido, viene á resultar un inmenso baño turco que temple la atmósfera con una inmensa inhalación. Pero allí suele el termómetro, para no desentonar con la cosmopolita ruleta, sufrir unas oscilaciones terribles. Los crepúsculos vespertinos causan á veces un frío efímero, pero intenso. Creo que fué Mau-passant el que dijo que, aunque escarche, se muestran los tenderos de la avenida niceña de la Gare en mangas de camisa, para hacer propaganda del clima cálido. Yo mismo, en Noviembre, he tenido allí que abrigarme.

En Nápoles no; Nápoles no es que se halle inundado de sol; es el sol mismo. Poner el pie en invierno, á las tres de la tarde, en la amplia vía Caracciolo, que bordea el mar y que flanquean los jardines de la Villa Municipal, en uno de esos días de luz ofusadora que no vela la más pequeña nube,

á la hora en que la elegante sociedad napolitana en sus *autos* ó carrozas se lanza de paseo, y los turistas opulentos del mundo entero dan de mano á monumentos y curiosidades para ir á gozar de aquella explosión de vida, recorrer entonces el largo trayecto, siempre costero entre la Mergellina y el cabo de Possilipo, sin perder nunca de vista, bruñidos de oro, los meandros, los arrecifes, los cabos, los laureles, las quintas, enamorados todos del agua, es una sensación de dicha tan honda que se queda grabada para siempre en el alma como un tatuaje impreso por la felicidad.

Los turistas afortunados, de bolsa repleta—léase ingleses—, constituyen el núcleo de extranjeros durante el invierno. Lo han pasado en Nápoles, han subido al Vesubio, han ido á Pozzuoli, se han remontado á los Camalduli y á Capodimonte, han repetido mil veces la contemplación de la ciudad, de sus inolvidables panoramas desde la vía Tasso ó desde el balcón de San Elmo, siempre acompañados de sus dos buenos amigos Cook y Baedeker. Sin pararse en libra más ó menos han frecuentado el teatro de San Carlos en palco y la vía Partenope en carruaje, y han regresado á sus bosques y á sus brumas, creídos de conocer á Nápoles. ¡Craso error! Para conocer á Nápoles hay que visitarlo en el

verano, en esos días en que el sol parece derretirse en un inmenso y continuo gotear de aceite hirviendo, que abrasa; en que todo es blanco de puro encendido, fachadas y jardines, mar y cielo; en que es inútil intentar enjugarse el sudor, porque no da tiempo para ello; en que atravesar el ensanche á las cinco de la tarde, las avenidas contiguas al puerto, los paseos que orillan el agua, es correr al encuentro de la apoplejía, en que se comprende el homicidio por procurarse una sombra... Nápoles es siempre ruidosa, y no ya por su animación de gran capital cribada de *autos* y tranvías y coches de tracción animal, sino porque Nápoles empieza á hablar con la aurora y lo deja con la media noche, y habla á grito pelado y se lo cuenta todo á todo el mundo en mitad de la calle. La expansión andaluza se queda tamañita ante la napolitana. Dudo que en Nápoles haya secretos. Además el napolitano siente la nostalgia del ruido, del estruendo, del alboroto. El *chauffeur* y el tranviario tocan la bocina ó el timbre con el menor pretexto; el antiguo auriga, que guía esos cochecillos ligeros tirados por caballos, similares de las diablas malagueñas, se pone de pie en el pescante para azuzar el ganado, y no deja de restallar la fusta, que chasca como una ola en una roca y silba como un aspid. Pues esa idiosin-

SANTAS OBLIGACIONES



EN el gran patio del moral, del bello convento toledano, que sirve de recreo á las monjitas en las horas de sol, hay algo extraordinario.

Más aún en estos días en que el moral va quedándose sin hojas, y no proyecta sombras grandes; sólo las de sus ramas secas, como siluetas indeterminables.

La luna clara de estas noches de invierno entra á raudales en sus galerías y en sus claustros, inundándolos todos y dándoles un color más misterioso.

Las piedras viejas del patio conventual, iluminadas así, por esta luna fuerte, por esta luna clara del mes de Enero —que admiramos tras los cristales de nuestro cuarto—, las tonaliza idealmente.

Sus reflejos sobre las blancas paredes, sobre las viejas columnatas, sobre las pulcras tocas de las Dominicas, son el complemento de su valor místico, de su exquisito ambiente.

Con tan grata claridad todo se percibe: las últimas hojas que se desprenden del moral; las ramas de los rosales, que trepan por los muros enjalbegados; las macetas, resguardadas tras las columnas; los bellos capiteles que sirven de pedestales para los tiestos durante el día; las estampas religiosas sobre las puertas; todo,

LOS BALCONES DEL COLEGIO

Aún en la bruma matinal distingo la velusta fachada del colegio, que pone en la memoria el sortilegio de las tardes solares del domingo...

Y aún resuena el rumor de las sutiles y candorosas voces infantiles en los viejos balcones escolares, y aún veo el sol, dorando los perfiles de las verdes colinas familiares...

Y me parece contemplar muy cerca, como una imagen de deseos eternos, á la muchacha que desde la alberca no dejaba estudiar á los internos...

Risa lejana y silenciosa; risa de niña hecha mujer; rumor divino de fosfórica luz; risa indecisa en el fondo de tanto torbellino.

Al recordarte me entristezco y pienso, ya por el tiempo y la desdicha helado, que era tu aliento el invisible incienso con que sahumóse mi primer pecado.

Armando BUSCARINI

todo..., hasta una monja que cruza el claustro pausadamente.

Son las doce, la hora de los maitines; las monjitas abandonan sus duros lechos, salen de sus humildes celdas, atraviesan estos grandes patios y van al coro; al tan artístico y sagrado lugar donde han de cumplir una de sus más santas obligaciones.

No las importa la hora, ni la temperatura; hay algo superior á esto.

Ha tocado la campana, el cascado campanillo que suena misteriosamente en estos laberínticos callejones toledanos, y las monjas rezan.

En el silencio augusto de estas callejas y de esta ideal plazuela se percibe el rumor de los rezos.

Algunos curiosos, románticos, de los que llegan al Toledo único por conocerle todo, lo escuchan con deleite, sin importarles tampoco la hora ni la temperatura.

Son las doce, la media noche, hora de alegría, de dolor, de vicio, de descanso en muchos hogares; son las doce, hora de paz en éste, de fe absoluta, de santa devoción, de la más grande sublimidad.

SANTIAGO CAMARASA

Toledo, Enero 1925.

LEÓN BAKST Y SU INFLUENCIA EN EL ARTE ACTUAL

Al llevarse la Parca, nos trae el recuerdo de aquel grande y original artista que se llamó Bakst, el de su obra que tanta influencia ha ejercido en el Arte, hasta en el de los colores de la indumentaria femenina.

Bakst formó parte de un grupo de decoradores rusos, compuesto de Alejandro Benois Roerich, de Korovin, Golovin y otros que se señalaron por sus obras notables destinadas á las óperas y bailes rusos. Perteneció á la escuela neorromántica de la pintura que él mismo llamó neoclásica, que suplantó progresivamente á la escuela realista. Fué el precursor del movimiento artístico que pretende aplicar á la composición de las decoraciones los principios del postimpresionismo. Pensando en su origen ruso se explica fácilmente su facilidad sorprendente para aderezar decorados magníficos é impresionantes. Los rusos han nacido coloristas y decoradores. Las persecuciones les han desarrollado el alma y la pasión. El color intenso y vivo no es sino un reflejo de su pasado. Así en la música melancólica de Tchaikowsky se encuentran reminiscencias de los días sangrientos.

Hombre de teatro verdaderamente, tenía el sentido del teatro, cualidad esencial en el decorador, es decir, el espíritu que, con la intuición de las necesidades de la escena, posee el don de satisfacerlas, y así se ve en su labor que no pretendió reformar el teatro, sino la escena. Por eso proveyó á las obras teatrales y á los bailes de un decorado apropiado, para lograr el cual él mismo predicaba que no era precisa una sabia rebusca del detalle, ni la exactitud de las reconstituciones arqueológicas, sino estilo, sencillez, expresión y unidad, unidad de colores, sonidos y movimientos.

En un largo y extenso artículo publicado en la *Grande Revue* sobre *Las formas nuevas del clasicismo en el arte*, estudió comparativamente las nuevas tendencias que alboreaban en el Arte moderno, y después de mostrar á donde la busca de originalidad había llevado á los pintores á ser, por turno, plenaristas, impresionistas, puntillistas, divisionistas, neoimpresionistas, simbolistas, individualistas, intimistas, unionistas, sensualistas y neoclásicos, concluye que el arte va á renovarse. «El de hoy, dice, es un arte de transición. Su única importancia está en abrir los caminos á los precursores de las nuevas formas de arte plástico.» Por eso aparece bajo una forma arcaica ó primitiva.

Y de ahí sus sentencias: «También el arte del porvenir busca la forma más simple. El artista deberá ser ingenioso y simple. Su estado de ánimo, el del niño. El gusto del niño por los colores sencillos y lozanos es natural. Son aquellos con los cuales la propia Naturaleza ha vestido los animales y las



"Ninfa", figurín para el "ballet" de "Narciso"

flores con un atrevimiento que nos sorprende y nos apresura.» Muchos pintores cultivan aquel estado de espíritu esforzándose en dar á sus concepciones de la forma y del color, y de traducirlas con ayuda de líneas simples y armoniosas en masas unidas, como si viesen con los ojos de un niño y tuviesen sus mismos gustos, como el niño dibuja, traza el movimiento, sintetiza, colorea, tal es el problema que los pintores de hoy tratan de resolver. «El pintor del porvenir, después de haber deslizado distraídamente la mirada por las formas pulidas del Hermes de Praxiteles, su mirada adivinatoria se detendrá, á pesar suyo, en los dibujos de los niños, cual si tuviese consciencia de que la verdad saldrá de los vagidos de un arte clásico recién nacido.» Así formula Bakst sus principios del movimiento moderno en pintura, expresando la idea de Bergson, que el arte, como las demás formas de la expresión humana, deberá vivir y evolucionar, y no consistir solamente en rehacer las formas antiguas. Y por la aplicación de estos principios á los bailes rusos les imprimió el sello de su personalidad y los hizo suyos. Su anhelo era transportarnos á un mundo imaginario, donde la Naturaleza y los seres humanos comulgaban en la alegría de vivir. Bajo su mano, el pórtico, que podría ser del templo de Ramsés III ó de Isis ó de la gran Sala hypostila edificada por el padre de Ramsés el Grande, se trocaba en un cuadro de un efecto decorativo en perfecta armonía con la idea central á tratar. Pero si el dibujo del decorado no es exacto desde el punto de vista arqueológico y arquitectónico, lo es desde el del artístico. Todas sus líneas están cuidadosamente equilibradas, religadas entre sí y á otras de las demás partes de la escena. Así las líneas del pavimento están repetidas en las estatuas y los bajorrelieves, y se hallan en las columnas y en todos los demás lugares de la escena. Por otra parte, el dibujo y el color del decorado están cuidadosamente adaptados á los trajes de los personajes, para darles el relieve necesario y hacer concentrar así la atención sobre los elementos humanos é intensamente expresivos del baile. Sorprendió el extraño atrevimiento con que supo armonizar los colores vivos, escogidos con delicado é infalible gusto para el indumento de sus personajes, colores empleados en combinaciones audaces y originales, y los matices de aquellos trajes con los demás colores de la escena. La misma forma de los ornamentos llevados por sus personajes y sus chisporroteos políromos están ideados para corresponder á los tonos vibrantes y al juego de los colores de los trajes. Este sistema de combinarlos inauguró una decoración escénica nueva. Sacaba á escena un cierto número de colores simples y vivos, los agrupaba primero, según el orden de sus relaciones entre sí, y en seguida según la gradación de los tonos. Supongamos seis colores: rojo, naranja, amarillo, verde, azul y violeta. Sacaba de allí toda una gama de

colores, partiendo del matiz más obscuro de cada color para degradarlo hasta el más claro, el más sutil. Entonces hacía girar todos aquellos rojos, amarillos, azules y verdes. El efecto era indescriptible. Despertaba la vida en escena. Los muros y el pavimento se abrían en dibujos compuestos de líneas perfectamente combinadas. Las masas se movían en todas direcciones, según una ley de desorden ordenado. La atmósfera palpitaba de colores brillantes, de contraste violento, pero armonioso. A ello contribuían, además de otros elementos, la música, obra de un grupo de compositores como Rimski Korsakoff, Glinka, Mussorgski, Borodin, dotados, desde el punto de mira de la imaginación dramática y del sentido del teatro, de cualidades de emotividad, sutilidad y refinamiento que llevaron la técnica de su arte á una perfección excepcional. Y así *Cleopatra* y *Scheherazada*, en ambos bailes se realizaba la fusión perfecta de todas las formas del arte. La música, el movimiento, el color, el dibujo, el cuadro, los personajes, la acción, parecían haber sido desarrollados simultáneamente para crear una impresión de conjunto único. El baile y todos sus accesorios estaban unidos, completos, orgánicos; delataban un alma, una personalidad: las de Bakst. La simplicidad, la continuidad y la unidad son allí esenciales rasgos. Cada personaje y cada objeto está en su lugar; cada figura y cada accesorio tiene su parte en el efecto general y contribuía á formar un conjunto de armoniosa belleza. Quienes se preocupan de las cuestiones sociales deberían hacer de aquellos espectáculos objeto de especial estudio. Si la sociedad estuviere organizada de tal suerte, la vida sería tolerable.

Cada baile montado por León Bakst tenía el carácter de una revelación. Atestiguaba la exactitud de la visión del decorador y nos mostraba con qué finura sabía penetrar en el alma del argumento y dar su impresión. «Se puede afirmar, sin temor á ser contradicho—afirmó el eminente crítico Huntley Carter—, que el método decorativo empleado por Bakst es una revelación hasta para los artistas habituados á la magnificencia del dibujo y del color.»

Su influencia llegó hasta las artes suntuarias. Los trajes egipcios se pusieron en moda gracias á él, y las mujeres adoptaron las *toilettes* de líneas sencillas y de colores vivos, y añadían una nota más de alegría á las urbes elegantes. Lo mismo ocurrió también con el vestido de harén, que tanto llamó la atención en el baile árabe.

La originalidad: ved ahí el secreto del arte del decorado.

Y el del gran artista Bakst cuya muerte lloran los espíritus refinados.

MARQUÉS DE CARABÁS

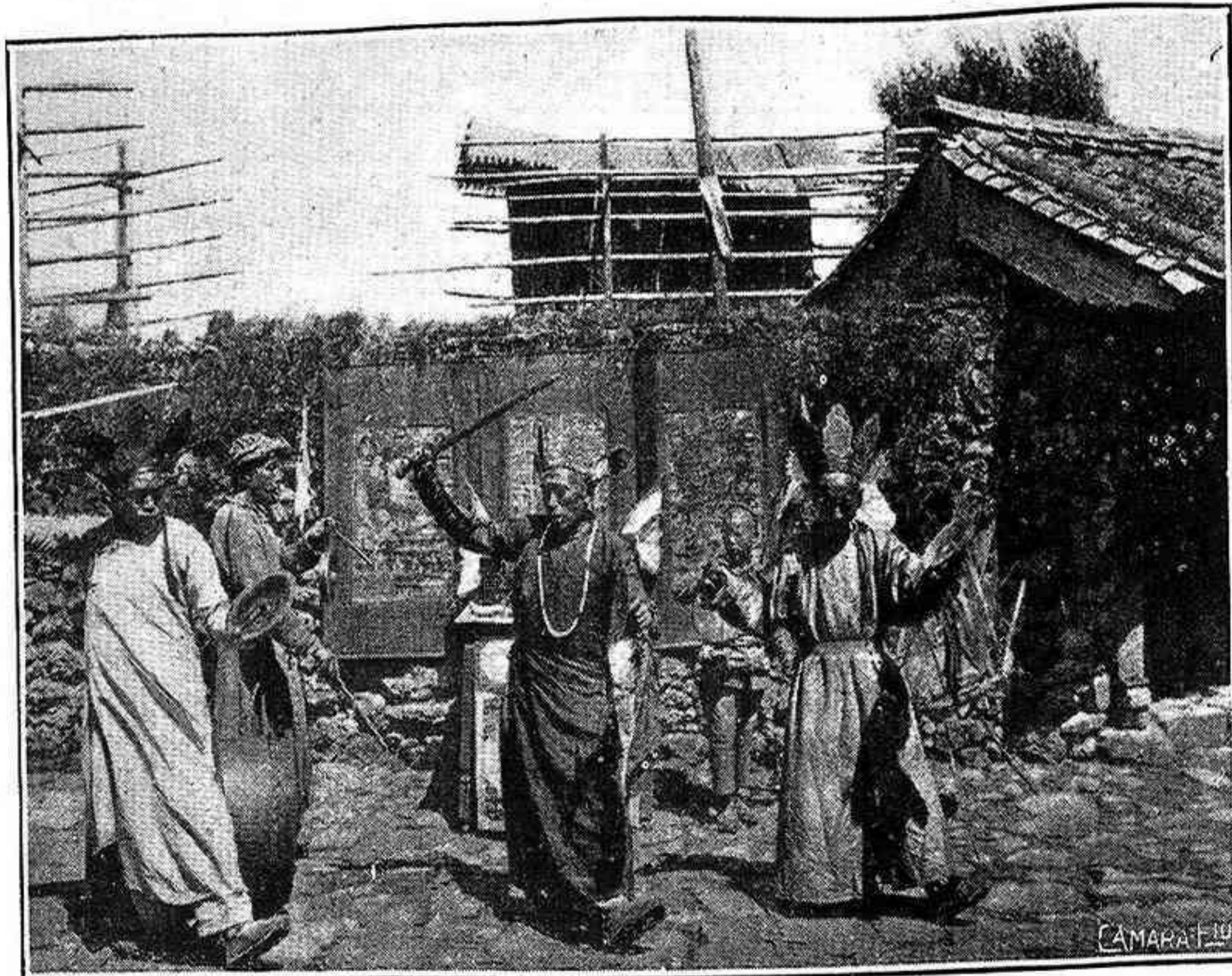


Joven beocio del baile "Narciso"



Negro "plata" del baile de "Scheherazada"

UNA SUPERVIVENCIA DE LA MAGIA PRIMITIVA



Sacerdotes "nashi" del Yunan en la danza guerrera con que inician la lucha contra el diablo

Otra fase de la operación exorcista realizada por los "tombas" del Yunan

OCULTA entre los desfiladeros y picachos de la cordillera, que, como barrera infranqueable, se extiende formando la divisoria de China y el Tibet, hay una curiosa tribu aborigen llamada *moso* ó *nashi* por los naturales del antiguo Celeste Imperio. En extremo alejados de la influencia que pudiera haber ejercido sobre ellos la civilización china septentrional y oriental, los *moso* han vivido en pleno aislamiento, separados del resto del mundo, sin otro contacto humano que el de tribus inferiores á ellos mismos, con la posible excepción de los tibetanos. Mientras éstos han adoptado el budismo, que entre ellos ha venido á convertirse en verdadera demonolatría, los *moso* ó *nashi* siguen siendo adeptos de la religión aborigen, la Magia, que indudablemente debió prevalecer en el Tibet antes de ser éste invadido por la poderosa secta de los *lamas*. Los *nashi*, hoy reducidos á un pequeño y miserable grupo étnico, fueron en tiempos pueblo rico é importante, cuyo reino tenía por capital á Yigku, la actual ciudad de Li-

kiang, en la provincia china de Yunan. Su antigüedad como entidad política independiente debe ser grande, puesto que en los anales de la dinastía Tang (año 796 a. de J.) se cita ya al reino de los *nashi*. Este desapareció, para incorporarse al Imperio chino, en el año 1724 de nuestra Era, arrollado por los ejércitos del Emperador Yung-Cheng, de la dinastía manchú.

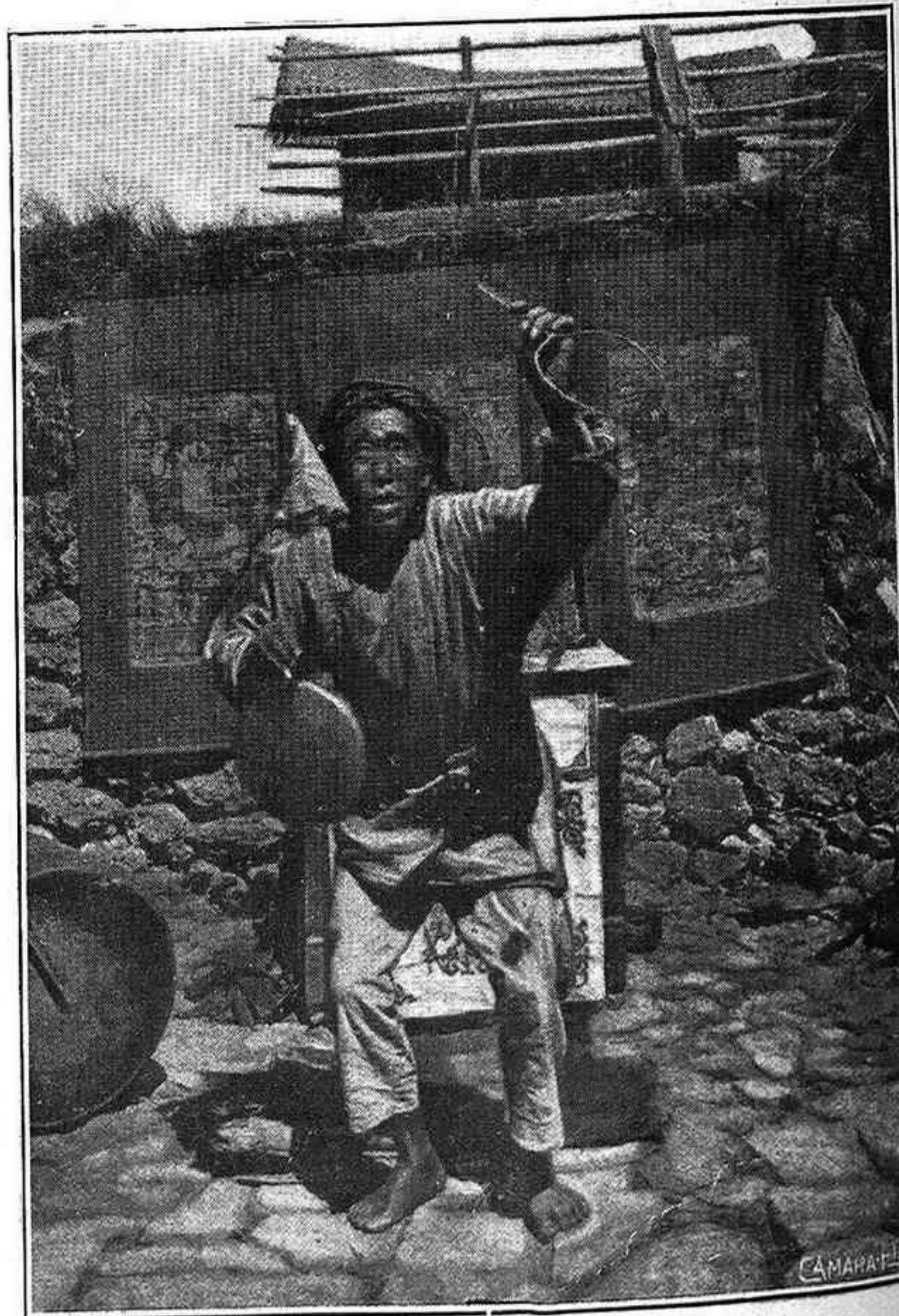
El retroceso social de los *nashi*, á partir de su conquista por los chinos, ha sido tan completo que hoy vive ese pueblo en plena Edad de Piedra. Practican la agricultura de un modo rudimentario, usan el pedernal y la yesca para encender fuego y se alumbran con antorchas de pino, habiendo olvidado por completo el empleo de la lámpara de aceite. Sus costumbres y modo de existencia en tantos detalles análogas á la del hombre primitivo están siendo estudiados de cerca por una comisión especial de la *Sociedad Geográfica*, de Washington, que preside el director de la misma, Mr. Joseph F. Rock, eminente etnólogo norteamericano, quien en uno de los últimos números de la importante revista *National Geographic Magazine* publica interesantes observaciones acerca de los *nashi*. De ellas no es la menos curiosa la referente á la curación de las enfermedades por medio de la magia, y que es patrimonio de los sacerdotes llamados *tombas*, ó «guerreros contra el diablo». Cita el profesor Rock, entre los casos inexplicables por él presenciados en Ngulukó, aldea *nashi* cercana al monte Likiang, el de un jefe de *clan* gravemente enfermo de escorbuto, al que no habían logrado sanar los individuos de la misión proporcionándole los medios terapéuticos corrientes. La sesión exorcista á que fué sometido el paciente, y de la que dan idea las adjuntas fotografías, se efectuó durante una terrible tormenta, sin duda aprovechada por los *tombas* para dar una *mise en scene* apropiada á sus supercherías. Un prolongado redoble de tambores, que alternaba con el fragor de los truenos, anunció á los habitantes de la aldea que los *tombas* habían declarado la guerra al diablo, aposentado en la boca del jefe enfer-

mo, al que se había colocado en el huerto de su choza, cerca de un tenderete de bambú, con los libros sagrados de los *nashi* é innumerables amuletos destinados á conjurar al maligno, y de un trípode del mismo material, donde permanecía aprisionada una gallina, receptáculo del diablo no bien los *tombas*, con sus cantos y danzas, lograron expulsar al maligno del cuerpo del paciente. El más extraño de los conjuros, y que constituía la última fase del exorcismo, fué la de introducirse en la boca uno de los *tombas* un hierro de arado puesto al rojo, sin que este cauterio bárbaro le ocasionase la más leve quemadura. Pero lo más sorprendente de todo y que sólo puede explicarse por un fenómeno de autosugestión, lo mismo que el caso del *tomba* y el hierro candente, es, sin duda, que al terminarse el exorcismo, entre los últimos rugidos de la tormenta ya lejana, el enfermo quedaba curado en absoluto de su penosa dolencia, sin advertirse en su boca la más mínima huella de escorbuto.

D. R.



Invocación del sacerdote "nashi" ante los libros sagrados



El "tomba", en estado de éxtasis, proclama su victoria contra el diablo



"El Tasso y Leonor D'Este", cuadro conservado en la Galería del Palacio Real de Capodimonte

FOT. ALINARI

EL CISNE SORRENTINO

EN la amplia cámara de la princesa Leonor D'Este, tan bella de rostro como enferma de alma, recitaba el más grande poeta del siglo sus versos de oro, trozos deshechos de su existencia de dolor.

Torcuato Tasso amaba locamente á la hermana del Cardenal; la amaba porque tal vez en su destino estaba escrito aquel amor fatal que hubo de ensombrecer su vida.

¡Triste amor sin premio el del poeta no incomprendido, porque Leonor le amaba en el silencio, con ese culto que los espíritus sublimes rinden á lo imposible, guardándolo de las miradas como precioso relicario! En los salones, en las alamedas del parque, en el perfumado aposento de la bella, cantaba el Tasso, entre risueñas esperanzas, la página más íntima de su vida.

Leonor oíale extasiada; sus labios sonreían á la vez que sus ojos esmeráldicos hablaban en un poema mudo.

Como sufría después, al meditar sobre su negro destino. Conocedora del carácter impetuoso é inflexible de su hermano, el duque Alfonso, pretendía alejar los sueños de su amor, reputado imposible en aquellos tiempos de intransigencias de castas; pero ¿cómo vivir sin ver al Tasso? ¿Cómo vivir sin la caricia de sus versos? Resignada á su suerte, Leonor sentíase dichosa, esperando siempre el siguiente día para estar á su lado; si alguna vez en los acentos del vate sorrentino se desbordaba el alma, la princesita enferma, con el tacto de la mujer enamorada, sabía defender su tesoro, evitar una declaración que hubiera sido el despertar de un sueño.

Así pasaron meses y los días rosados vivieron felices con dejos de amarguras, toda vez que faltábase la esperanza que alienta en todo amor del corazón, de realizarlo eternamente.

Pronto la intriga en el palacio de Ferrara dió su fruto, y la mano envidiosa que omitía su firma hizo saber al duque Alfonso y al Cardenal Luis D'Este la pasión que el poeta sentía por su hermana Leonor. Inflexibles los nobles, calificando de osadía el más elevado de los sentimientos, impusieron al Tasso el destierro.

El alma sensitiva de Leonor sufrió callada, resignada en su fe; el pesar de la separación mitiga-

bale el pensar en su amor tan lejano y perdido; sus ojos esmeráldicos fijábanse insistentes é inmóviles en el sitial vacío donde tantas veces el Tasso posara su lánguida figura. Leonor moría débil, lentamente; su espíritu adolorido, que tan sólo sostenían los recuerdos, marcaba de día en día más profundo el cerco de sus ojeras, afinaba más y más el perfil puro del rostro delicado. En vano el Cardenal, alarmado por el padecimiento tan visible de la hermana á la que amaba tiernamente, pidió gracia al duque Alfonso reclamando el retorno de Torcuato Tasso á Ferrara. Todo fué en vano. Intransigente el noble, no accedió jamás, y Leonor se moría como flor que se mustia sin el beso del sol.

—¡Me ha olvidado! ¡Me ha olvidado!—repetía en su ensueño de recuerdos, ahogando los sollozos entre los almohadones donde la cabecita rubia descansaba. Quedaba al fin inmóvil: la figura del Tasso, severa, esbelta y enlutada, surgía ante sus ojos respetuosos, galante, enamorado.

Era Francesca entonces la confidente que escuchaba apenada las quejas de la melancólica princesa.

—Ya no vuelve, no escribe; ya sus versos no son para Leonor D'Este. Ignoro su destino. ¡Qué me importa la corte, ni las riquezas, ni los honores sin él! —Calmáos, mi señora; tal vez vuestro augusto hermano se apiade de vuestro pesar.

—No—repetía Leonor—. Le conozco; su abo- lengo vale más que mi vida. ¡Pobre vida mía y pobre poeta mío de los sueños de oro!

... Yace el «Cisne de Sorrento» sobre húmedo montón de paja... Más de un lustro ha transcurrido desde que por imperioso mandato del duque de Ferrara recluyeron al épico poeta virgiliano en el Hospital de Santa Ana, que, en realidad, es una prisión lúgubre.

Su razón vacilante entre tanto infortunio rememora, en momentos de lucidez, las estrofas del undécimo canto de la Iliada cristiana que bautizó con el simbólico nombre de Godofredo (más conocida por el título de «Jerusalén»). Inconsciente, como si diera libre curso á sus sentimientos, sustituye á veces el nombre de Sofronia por el de Leonor, y en esta evocación tan querida el hilo de su voz muere, abismándole en recuerdos...

Mas un día llega á la malhadada casona, donde los vivos parecían invocar á la muerte, la orden de excarcelación del Tasso.

El inmortal poeta, al traspasar el umbral de maldición, eleva en acción de gracias sus ojos al cielo, aspira el aire puro de la libertad, nunca tan preciada, y en místico impulso dirígese al más próximo templo.

Penetra en el sagrado recinto, y cayendo de rodillas ante la imagen de un Cristo amarillento, ora largamente á la débil luz de un cirio.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Señor: no me abandonéis; y Vos, que todo lo podéis, dadme el olvido como curación de mi mal!

Las manos en cruz eran el divino complemento de tan conmovedora plegaria... ¡Al levantarse, sus labios musitaron un nombre: «¡Leonor!! ¡Leonor!!...»

Un débil rayo de luz filtrábase á través de las cortinas de la capilla. El Tasso, como una sombra, vagaba, fijos sus ojos en el suelo.

—¿Venís?—preguntaron los dos jóvenes con cariñoso acento.

—Es necesario que toméis algo y cambiéis de ropa. Vamos...

Torcuato pareció salir de su meditación. —Mirad—dijo señalando el rayo de luz que iluminaba una imagen de María—. Mirad: ese rayo es el complemento de su belleza.

Y al decir esto hincó la rodilla en tierra. Al levantarse para seguir á sus amigos sus ojos fijáronse en una losa que iluminaba de lleno la claridad del sol. Era un sepulcro, una losa recién colocada ante la capilla de la Virgen, y en cuya inscripción leíase un nombre:

«LEONOR D'ESTE»

Un grito agudo escapóse de la garganta del poeta... ¡Torcuato Tasso caía como herido mortalmente al lado de la tumba!

¡Qué cerca de Leonor!... ¡Ah! La muerta no podía revelarle hasta qué punto le había amado también...

MARGARITA ASTRAY REGUERA

LAS MUJERES IDEALES

JOSEFINA DÍAZ
DE ARTIGAS

La más clara inteligencia, la más delicada sensibilidad, la más perfecta bondad y una belleza tan pura y noble que en ella parece encarnar la cifra más alta de la feminidad, como en un blasón... Esta es Josefina Díaz de Artigas, una gran artista y una gran dama, con ambas grandezas tan bien armonizadas que en escena la del señorío es gala para la del arte y esta del arte es gala para la del señorío fuera de escena...



El gesto doliente de Josefina Díaz de Artigas



En la doble personalidad de los artistas el caso es raro.

Sarah Bernhardt no tenía ni remotamente en la vida la altura espiritual á que aparecía sobre las tablas. Era envidiosa, mezquina y mala... Brindaba su teatro á la Duse y daba orden á la *claque* para que ahogara todo aplauso y á la contaduría para que anulara toda propaganda...

Y sin citar nombres que aún están entre nosotros, y volviendo al mundo del Teatro español y de sus mujeres, ¿quién no ha sentido asombro ante las paradojas de la actriz que labró su camino de gloria diciendo lo que nunca intentó siquiera comprender, y de la que llevó la emoción á tantos corazones sin darle albergue jamás en el suyo, y de la que ineducada y vulgar hasta lo inverosímil en la realidad nos da ilusión de exquisitez insuperable en la ficción?

Lo que los franceses llaman *la race* y podríamos llamar nosotros el linaje—aristocracia hereditaria que no es un nombre tan sólo, sino también y sobre todo un continuo perfeccionamiento—fué regalo que Josefina Díaz halló al nacer entre muchos otros de las hadas buenas.

Hija del excelente actor español Díaz de la Haza, que al frente de su Compañía trabajó durante tantos años en tierras del Plata, la hoy primera actriz se formó en una legión artística de la que su padre era primer actor y su abuela catacterística... El Teatro para ella fué, por tanto, algo más que una vocación innata: fué la canción de cuna, fué el hogar, fué la senda de la vida...

Casada con Santiago Artigas y sumada á la Compañía Guerrero-Mendoza, Josefina Díaz de Artigas trabajó con todo el entusiasmo de su juventud y toda la fuerza de su talento para destacar en esa difícil situación que es para una figura que empieza á crecer, la sombra de otra que está mucho más alta... Destacó, sin embargo... Obtuvo sus primeros triunfos, personalísimos, y entonces, hablando en ella el corazón, sintió

JOSEFINA DIAZ DE ARTIGAS

La bella actriz de exquisita sensibilidad y de atrayente simpatía, que encanta al público en el Teatro Cómico



JOSEFINA DIAZ DE ARTIGAS

La bella primera actriz del Teatro Cómico, en uno de sus momentos más encantadores

FOTS. WALKEN

la nostalgia del hogar, la pena de los padres que allá en Buenos Aires aguardaban el regreso de los hijos para reanudar el trabajo... Los hijos volvieron, y volvió a constituirse la legión familiar: la Compañía Díaz de la Haza, que dando paso á los nombres del porvenir, se llamó Díaz-Artigas; la Compañía que al venir á España obtuvo inmediatamente el puesto de primera categoría que por todos conceptos merece y en el que está llevando á cabo una labor cuyo conjunto quizá sea el más completo y mejor orientado de nuestro teatro actual.

Este es el abolengo de Josefina Díaz... En cuanto á su arte, para hablar de él es necesario prescindir del tópico español de las comparaciones...

Una actriz joven, una actriz de talento entre nosotros se parece siempre á una de nuestras actrices famosas: á aquella junto á la cual dió los primeros pasos, ó á la que, por su temperamento, pudo servirle mejor de guía... Tal vez ocurra esto porque el círculo es demasiado estrecho, porque en lugar tan reducido la convivencia es forzosa, porque la actriz joven, cuando no trabaja, pasa el tiempo viendo trabajar á las demás actrices más ó menos eminentes y dejándose influir por ellas...

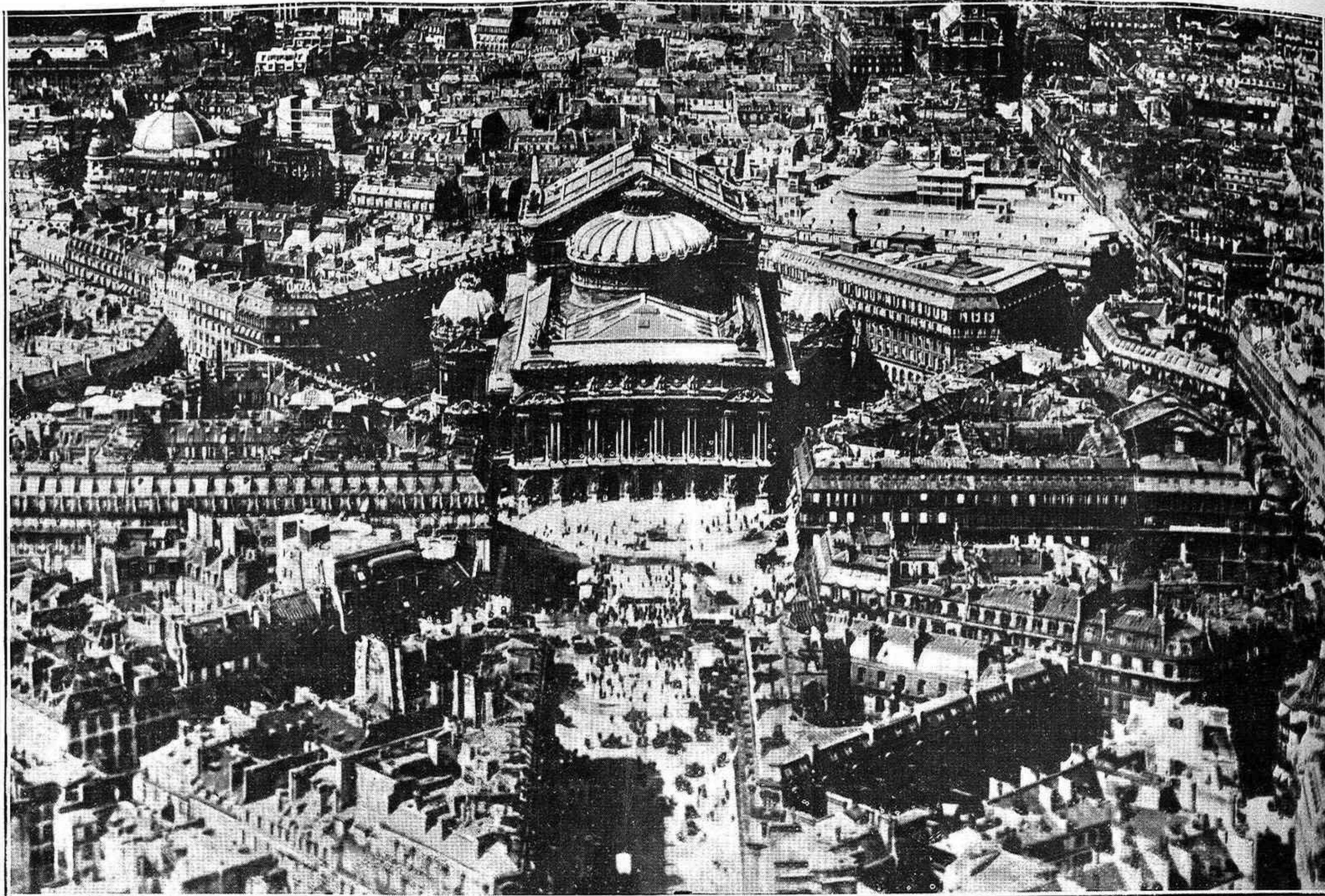
En ciudades grandes, en círculos amplios, se trabaja y se ve trabajar menos... La influencia externa es muy pequeña y con frecuencia nula... Y los caracteres y los temperamentos se forman en el libre desarrollo de la personalidad, como fué el caso de Josefina Díaz en Buenos Aires.

Por ello su arte es suyo y de nadie más... Es un arte sin afectismos, sin malicias, sin fórmulas científicas: un arte en el que está la vida tal como siempre quisiéramos verla: un arte que nos hace olvidar las decoraciones y las luces y el público en la sensación de una realidad la más próxima al ideal...

Josefina Díaz de Artigas entra en escena, y su voz, y sus ademanes, y sus gestos, y su sonrisa y su llanto, son voz y ademanes y gestos y sonrisa y llanto no de una mujer, sino de la Mujer con la que todos hemos soñado en las horas del alma, en los afanes de nobleza, de pureza y de altura...

Su arte es ella, y esta afirmación es la única manera de hacer de ese arte un elogio insuperable...

ANTONIO G. DE LINARES



La Avenida y el Teatro de la Ópera en París

LA HISTORIA DEL EDIFICIO

CORRÍAN los buenos tiempos de las obras históricas de Meyerbeer, cuando Charles Garnier concibió el plan del edificio ampuloso en que había de recibir la Ópera de París una hospitalidad tan conveniente para lo que pudiera llamarse su prestigio comercial, como funesta para su desenvolvimiento artístico. Lo excesivo del teatro falseó en todo momento la proporción de las obras representadas en él, y esto viene ocurriendo desde hace cincuenta años, nada menos, y la historia lamentable continúa... La Ópera y la Academia Nacional de Música ganarían mucho abandonando un palacio de empaque y amplitud más propios de la industria en nuestro tiempo que del arte: un palacio que podría emplearse para Estación Central de Ferrocarriles, y al que semejante utilización cuadraría de una manera ideal.

Su construcción comenzó en 1862 y terminó en 1874. Para la fachada principal fueron esculpidas la *Poesía lírica*, de Gouffroy; la *Música*, de Guillaume; la *Declamación*, de Chappu; el *Canto*, de Dubois; el *Drama*, de Falguière; la *Danza*, de Chapeaux, y el *Drama lírico*, de Perraud... Y al término del vestíbulo donde, sentados en sus sillones de mármol, Rameau, Lully, Gluck y Haendel contemplan, impávidos, el carnaval de las elegancias, comienza la escalera de honor, con sus peldaños de mármol blanco, sus balaustres de mármol rojo y su pasamanos de ónice: ¡la obra maestra de Garnier!

Toda la suntuosidad imaginable se acumuló en el *foyer* decorado con las pinturas de Baudry, alegorías de las diversas músicas nacionales, de la música pastoral, de la Música guerrera, de la Música religiosa; evocaciones del Juicio de París, del Sueño de Santa Cecilia, de la *Danza Femenina*,

de la *Danza Viril*, de la *Tragedia*, de la *Comedia*, de la *Melodía*, de la *Armonía*...

Y sin embargo, entre tanta aparente grandeza, sólo hay una cosa verdaderamente grande: el grupo escultórico de Carpeaux, *La danza*, esa maravilla en torno de la cual alzaron su algarabía las cien mil voces de la estupidez humana.

La danza de las bacantes en torno de Apolo—proyecto magistral, concebido por Carpeaux viendo bailar á los aldeanos de la campiña romana— se transformó, para los críticos incapaces y para los comentaristas de café, en «la orgía de unas mujeres del bulevar y de un mozo de peluquería»; y el académico Rousse escribió, en réplica á algunos periodistas á quienes la escultura de Carpeaux entusiasmaba:

«El grupo es de muy mal gusto, y está mal pensado

y mal ejecutado. Además, la escultura se halla en desacuerdo con el monumento que decora. Todo el teatro de la Ópera está lleno de alegorías y de metáforas, de musas y de lirás... ¿Por qué romper la armonía de los símbolos con esa escena de un realismo intolerable?»

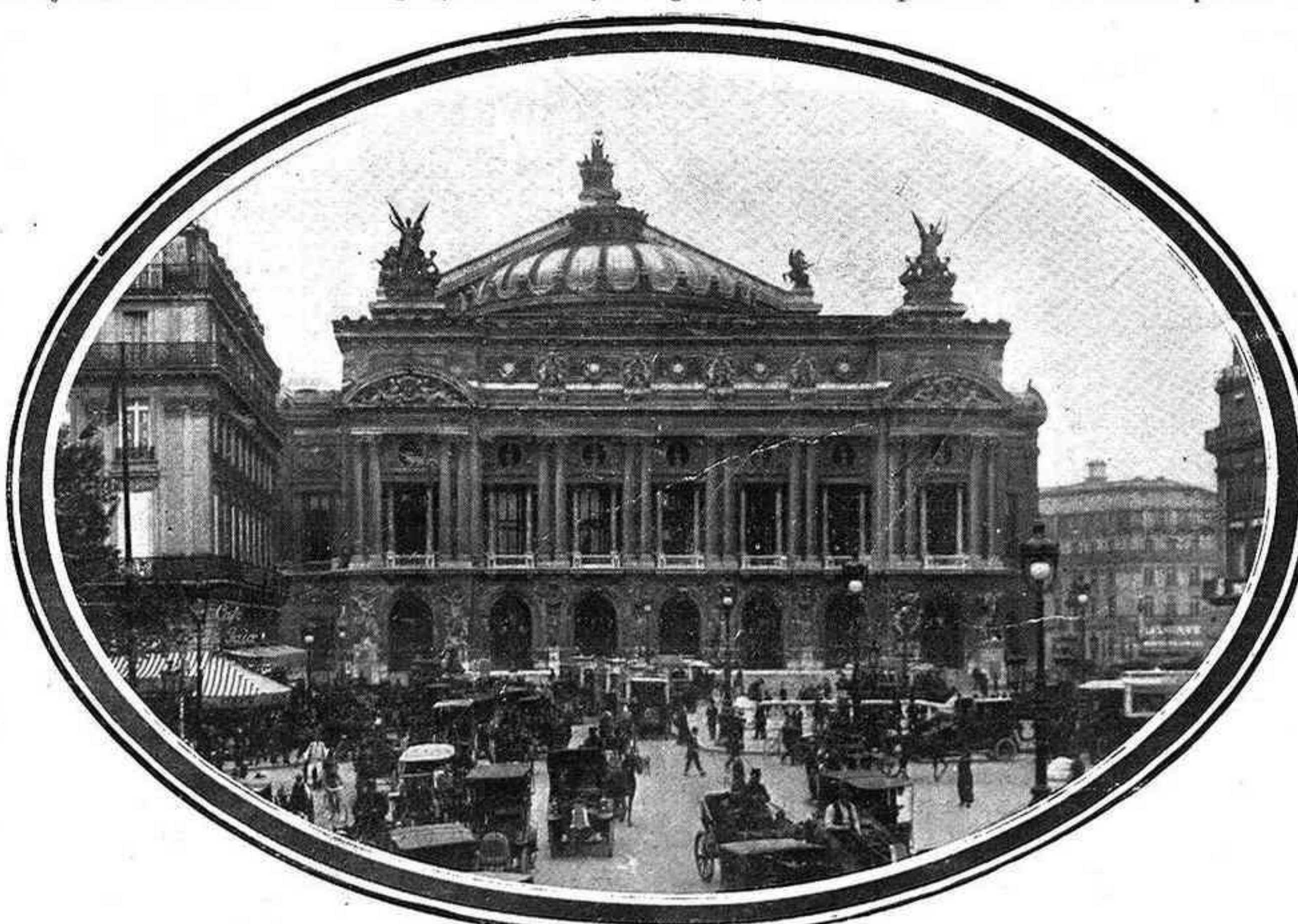
¡*Realismo intolerable* llamaba este académico tan académico al soberbio impulso que en el giro de la danza arrastra á las bailarinas desnudas y espléndidas de Carpeaux: á la vida intensa, noble y sana, que palpita en la piedra, hecha carne; á la rebeldía del artista verdadero contra la necia farsa de las alegorías, de las metáforas, de los símbolos!...

Y una mañana un cretino precursor de estos que en Madrid arrojan puñados de barro sobre la *Maja Desnuda* de Benlliure, maculó una de las bacantes de Carpeaux vertiendo sobre ella el contenido de un frasco de tinta... El insignificante escultor sufrió aquel día el dolor más grande de su vida...

Otros le aguardaban... El coro de los envidiosos y de los hipócritas pedía que el grupo de las bacantes fuera retirado de su pedestal y substituido por una escultura «decente», y la protección del Emperador no bastaba ya para imponer á la horda de la estupidez y de la malevolencia el prestigio de Carpeaux...

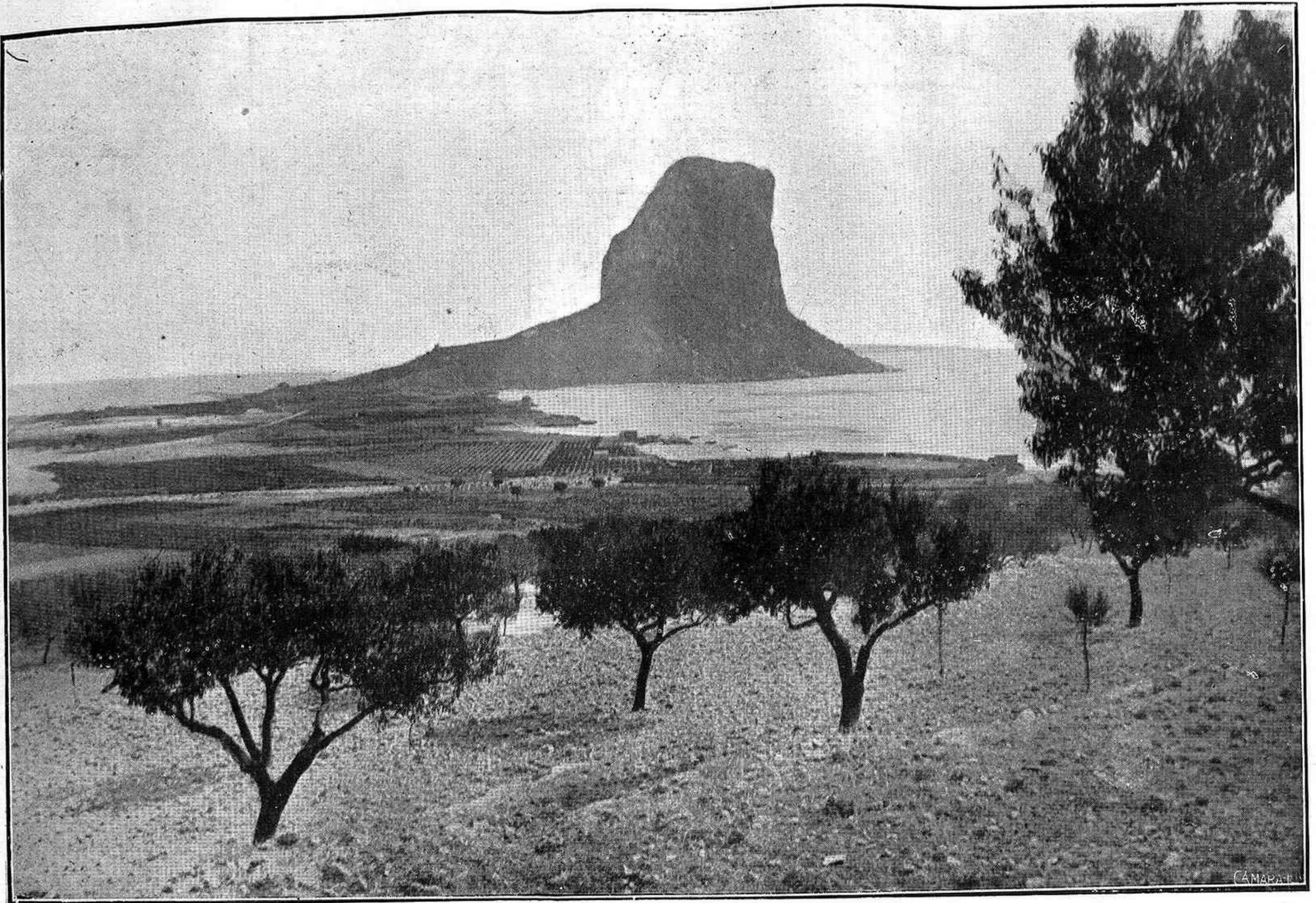
Mas llegó la guerra del 70; la gente no se ocupó más de las bacantes, y en el espíritu que sucedió al de la época de la *débâcle* no encontraron eco ya los perros que ladraban al paso de la caravana...

La *Danza* de Carpeaux sigue en su sitio; es una de las maravillas de París y es el único indicio aparente que permite atribuir al Teatro de la Ópera una misión de arte...



El Teatro de la Ópera de París, cuya construcción terminó en 1874

LA CALPE LEVANTINA



Como la Historia no basta, los calpenses quieren un puerto

Así aparece hoy el peñón de Calpe—la Calpe alicantina—desde los olivares que bordean la carretera, frente al Mediterráneo azul, en el que se destaca, solitario, como un gigantesco monstruo antediluviano. Ya otra vez he presentado aquí una imagen de la Calpe levantina; pero no en fotografía, sino en una estampa del siglo XVIII. La estampa es exacta y fiel; pero no se sabe dónde tiene la realidad más extraña poesía, si en el grabado del artista ó en el cliché del fotógrafo. Tierras, viñedos, alguna casita entre la arboleda, que va trepando por la falda del monte Ifach, y la ensenada ó cala, donde sólo hay ahora algunas lanchas de pesca, acogedora y apacible como un lugar de refugio.

El peñón de Ifach era entonces el peñón de Hifac—más cerca de su ortografía romana—. Tenía la misma línea que hoy; la misma que en la época remota en que las primeras velas latinas llegaron á él encantadas por la agreste belleza del paraje, por la suavidad del cielo y la calma del mar. Todavía se ven entre las rocas las ruinas de los baños romanos—los *baños de la reina*—, para la fantasía popular. Quizá los baños de la reina, porque en la mayor parte de nuestros pueblos, y, sobre todo, en Murcia, Valencia y en todo Levante, la obra de los romanos fué considerada como obra de los moros. Posible es que la utilizaran, aunque el estado en que encontraron esos baños Escolano y Cabanillas indica que llevaban ya muchos siglos abandonados y enterrados. Allí hubo una ciudad de placer. Una playa, con sus casas de campo y recreo.

¿Y ahora? Tiene hoy momentánea actualidad la vieja Calpe, porque sus habitantes, pescadores en su mayoría, solicitan un puerto de refugio. De la civilización lujosa y, por tanto, superflua que albergaba la masa diamantina del monte Hifac, ha pasado al extremo abandono y á la más primitiva sencillez. Allí las embarcaciones de pesca pueden salir al mar en días de calma; pero en mal tiempo temen la vuelta. No hay un espigón que las de-

fienda; no hay la más pequeña obra que facilite la arribada. Recogen—lo hemos leído en la Prensa estos días—más de mil kilos diarios de buen pescado, ó sean tres mil quinientas pesetas aproximadamente, de las cuales reciben una pequeña parte». Pero pierden, contra su voluntad, muchos días de trabajo; lo cual quedaría remediado con un sencillo puerto de refugio, de escaso coste. ¿Es mucho pedir? Seguramente, entre los millares de

alcaldes que han venido á Madrid habría pocos que trajeran petición más modesta.

Pero en las notas periodísticas publicadas con este motivo figura un dato interesante: «Entre los trescientos y pico de pescadores—dice *El Sol*—que viven casi en la miseria hay setenta y cinco ó ciento sexagenarios que, imposibilitados de trabajar, tienen que implorar la caridad pública.» Demuestra esa cifra la pobreza, la miseria de los hombres y al mismo tiempo la benignidad del cielo, del mar y de la tierra. Llegan á viejos los más pobres. Prolongan su vida en condiciones de trabajo duro y triste, y aunque los años no les traigan la fortuna, pueden al menos calentarse al sol como Diógenes y como los lagartos.

Los pescadores de la Calpe levantina no leen á Spengler, claro está—ni á Séneca—, ni saben nada de la rotación de las civilizaciones. Si lo supieran volverían con angustia los ojos á unos siglos pretéritos en que las gentes más cultas de la época, los ciudadanos de la madre Roma, tuvieron el buen gusto de acordarse del monte Hifac y fijaron allí una colonia de residencia temporal. Entonces los hombres sabían vivir ó iban buscando los lugares más deleitosos. Lo que después hicieron los frailes y los emires lo habían hecho antes los romanos, y es difícil encontrar en España un sitio excepcionalmente favorecido por la naturaleza sin que se alee un convento, un muro de harén ó un gineceo. Por eso despierta un sentimiento de melancolía ver qué esos parajes privilegiados no tienen hoy en nuestras manos ni siquiera fuerza bastante para mantener á sus naturales moradores sin angustias y sin miserias. Si allí la tierra es fértil y el mar entrega fácilmente su tributo, ¿por qué no se les ayuda un poco á los pobres pescadores calpenses?

Y sobre todo, ¿por qué no vuelve otro período de cultura á recalar en aquellas costas llevando lo que tuvieron el acierto de llevar los romanos: la riqueza y el fausto? O por lo menos el buen gusto y la comodidad.

A. DE TORMES



Alicante.—En primer término el castillo de Santa Bárbara y al fondo la Sierra de San Julián



Sombrero en raso negro con cinta negra y plumas también negras y rojas (Modelo Lewis)

CREEN ustedes que es invierno porque hace frío y nieva y hiela?... ¿CREEN ustedes que es invierno porque así lo indica el calendario?... Podrá ser invierno para «ellos», para los hombres, tan faltos de imaginación como sobrados de rutina... Pero no es invierno ya para las mujeres que siguen el paso de la moda, y ésta es más joven, y por lo tanto más rápida que el tiempo...

Es *mi-saison*... El invierno ha terminado... Comienza la primavera...

•••••

Las colecciones de modelos salieron ya de París, camino de la Costa Azul, para el ensayo general de la nueva elegancia, que es varia y propicia á los extremos: toda amplitud, en derroche de volantes y en fantasía de «estilo», ó toda angostura en la línea escueta y reveladora de unos *tailleurs* tejidos con seda vegetal y pegados al cuerpo como *maillots* después del baño.

Los colores preferidos son luminosos, violentos y claros; el negro, favorito del invierno que comenzó en Octubre para acabar en Enero, desapareció con él, y las *toilettes* «serias» no pasan de los matices del *carey* ó de los verdes oscuros.

El cubismo y el orientalismo son guías decorativos de las blusas; unas blusas muy largas, com-



Otro modelo de toca en fieltro y seda roja (Creación Claire Merey)

LA MODA EN PARÍS



Toca de seda negra con una trenza de paja plata y negra

binadas con faldas muy estrechas; unas blusas cuyo crespón, ingravido é impalpable, se torna recio y pesado bajo el cúmulo de bordados, en los que el hilo de oro, de plata y las sedas de color trazan dibujos rusos ó chinos, cuando no jeroglíficos de figuras y perspectivas descompuestas en planos.

Los vestidos de noche no han sufrido transformaciones esenciales. El *fourreau*, la funda, sigue siendo tema preferente de la gran elegancia, y los brocados, los tisús, los *lamés*, se cubren de perlas de cristal, de cañutillos de azabache, de lentejuelas de plata, de briznas de coral, en insaciable y bizantina suntuosidad.

Unicamente los modelos de gasa, de muselina y de velo de seda se emancipan de esa uniformidad severa de la «funda» y resucitan los empaques, llenos de gracia, de 1830 y 1860, con ciertas libertades modernas y un poco teatrales, como esa de la falda constituida por una superposición de volantes, cada uno de los cuales tiene un matiz distinto dentro del mismo color, sucediéndose la gradación de matices y de volantes desde la nota más oscura hasta la más clara.

Otra novedad de la temporada son los tejidos de lana, jaspeados... ¿Cómo se llaman?... He aquí sus nombres, en el absurdo é intraducible francés de la moda: *kasha jaspé*, *jaspellaine* y *foulonne jaspée*...

La capa, desechada casi por completo en la temporada anterior, reaparece de nuevo; es de lana rayada en dos colores, ó de terciopelo sobre el que se aplican, imitando ese mismo dibujo, bandas estrechas de cebellina ó de armiño.

En cuanto á los abrigos de entretiempos, aparte de los tejidos escoceses que siguen en favor, se emplean para ellos los terciopelos de lana y los de Esmirna, con paramentos de *opossum* y de liebre. La línea de estos abrigos pierde la amplitud que hasta ahora había tenido, y se ciñe al talle, dibujando la forma de la cadera.

Quizá la moda reserve sus mayores audacias para el capítulo de los sombreros. Domina en ellos una tendencia marcial; son cascos de todos estilos, desde el legendario de las valquirias hasta la moderna *bourguignotte*, y los airones de garza, los lazos de seda formando alas, y las placas de ónice ó de *strass* colocadas sobre el frente como distintivos regimentales, prestan á las mujeres lo que París llama un *petit air crâne*: una gentil apariencia de agresividad.

Sombreros de cabritilla dorada, que parecen hechos por un zapatero cansado de habérselas con los pies, é inquietado por afanes de un destino más noble; tocas nostálgicas de la Rusia imperial y coronadas con una diadema de armiño; gorritos «de



Un delicioso y sencillo modelo de toquita en raso negro (Creación Lewis)

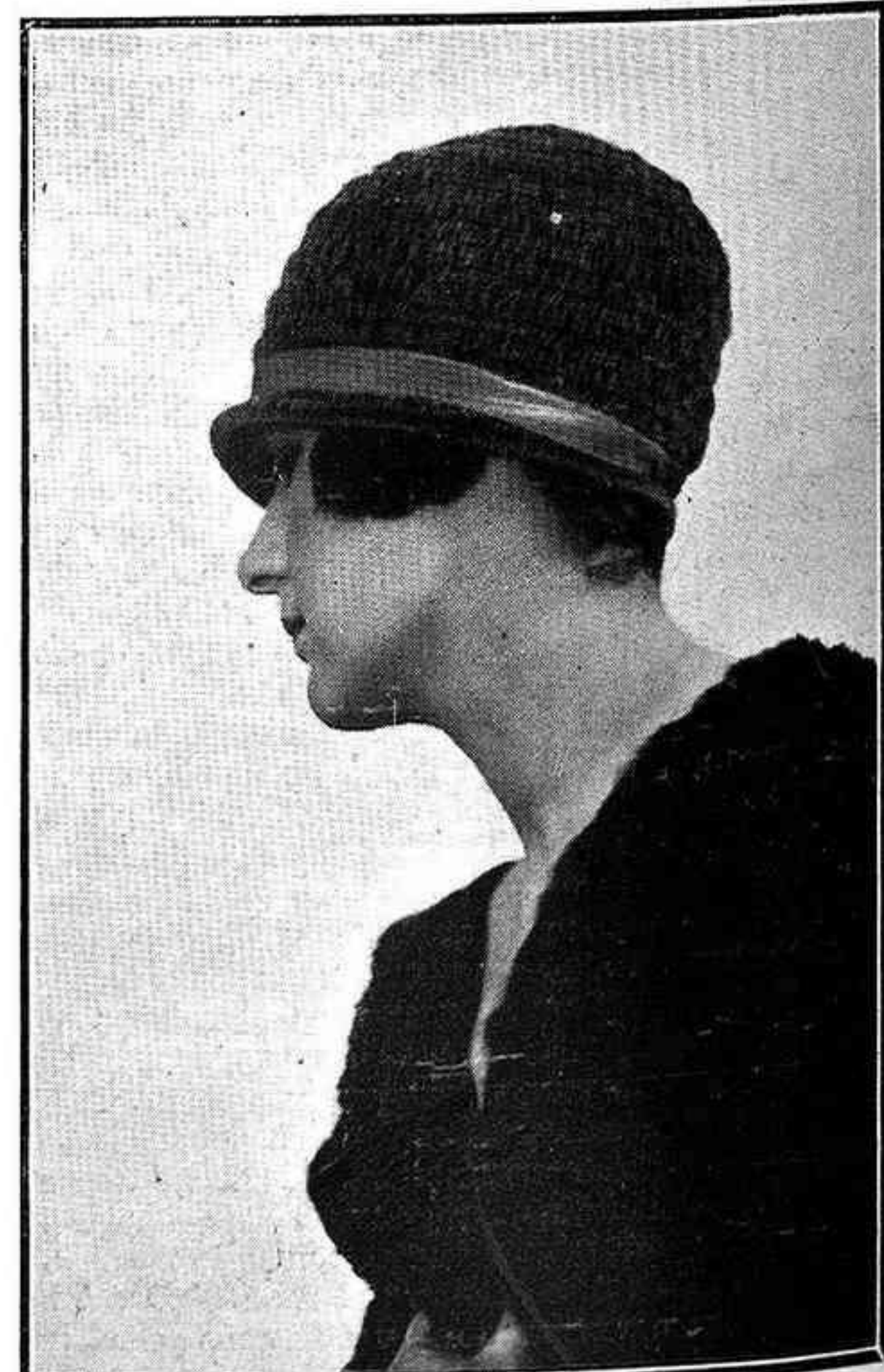
aderezo», cuyo adorno es una joya nueva, hermana de los pendientes y de la sortija; sombreros de ala ancha y rígida, copia un poco tímida del cordobés lucido á orillas del Sena por Mercedes Serós; «campanitas» que adoptan exactamente la forma de un cencerro, bajo cuyo colgador se prenden, á derecha é izquierda, dos manojos de plumas de garza; sombreros de reminiscencia corintia, guarnecidos con hojas de acanto labradas en piel de gamuza y orladas de oro; todo esto es la moda...

También son la moda las túnicas de piel de Suecia, teñidas de colores vivos y forradas de *gros grain* blanco; y los abrigos de hudson y de visón con el forro constituido por una sucesión de pequeños volantes de muselina de seda; y los vestidos de terciopelo pintado; y los *tailleurs* de corpiño Luis XIII, con falda estrecha y breve, en delicioso anacronismo; y las suntuosas capas de brocado, con cuello y orla de piel; y las pieles rebordadas con hilo de plata; y los vestidos guarnecidos con varias clases de piel...

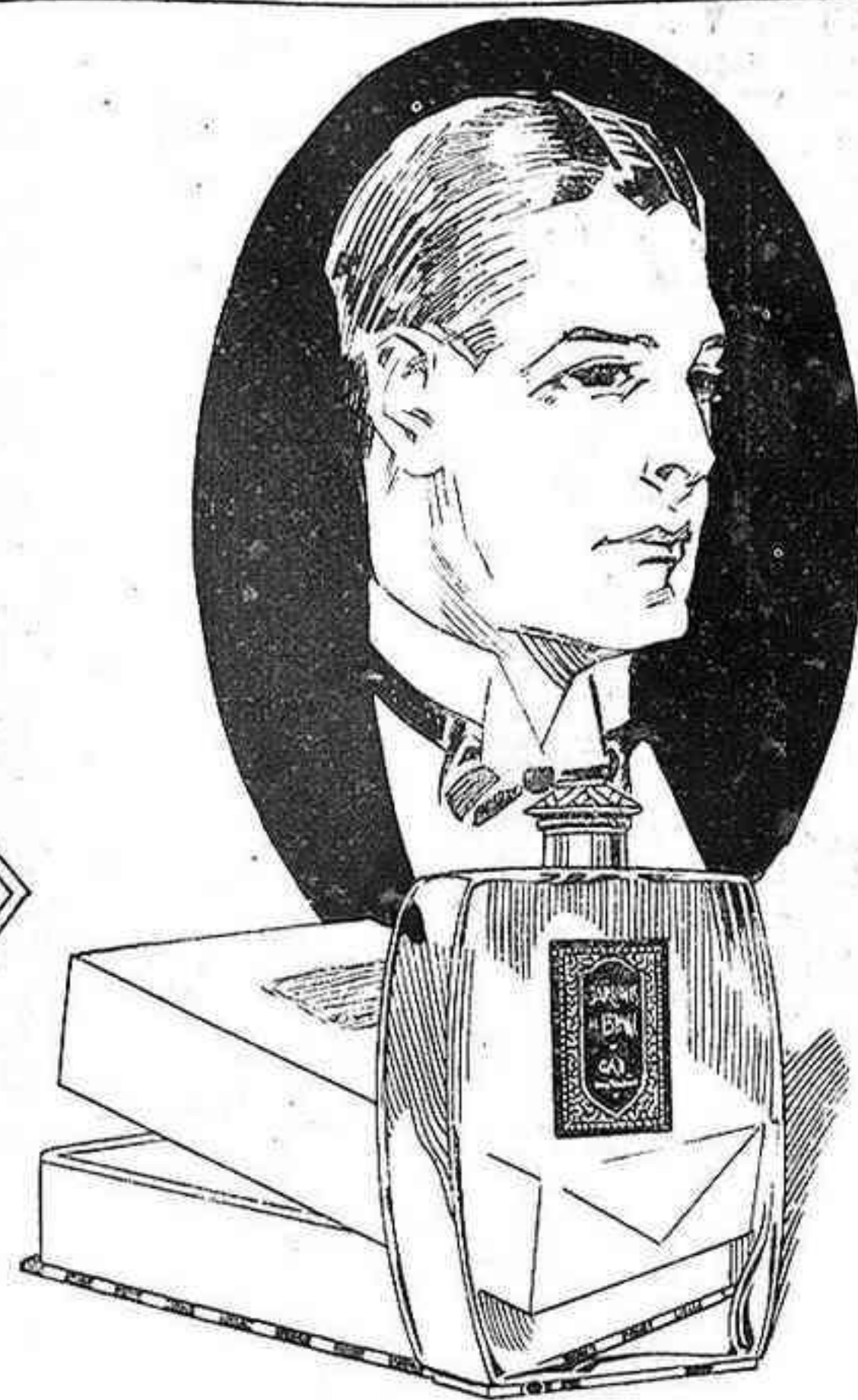
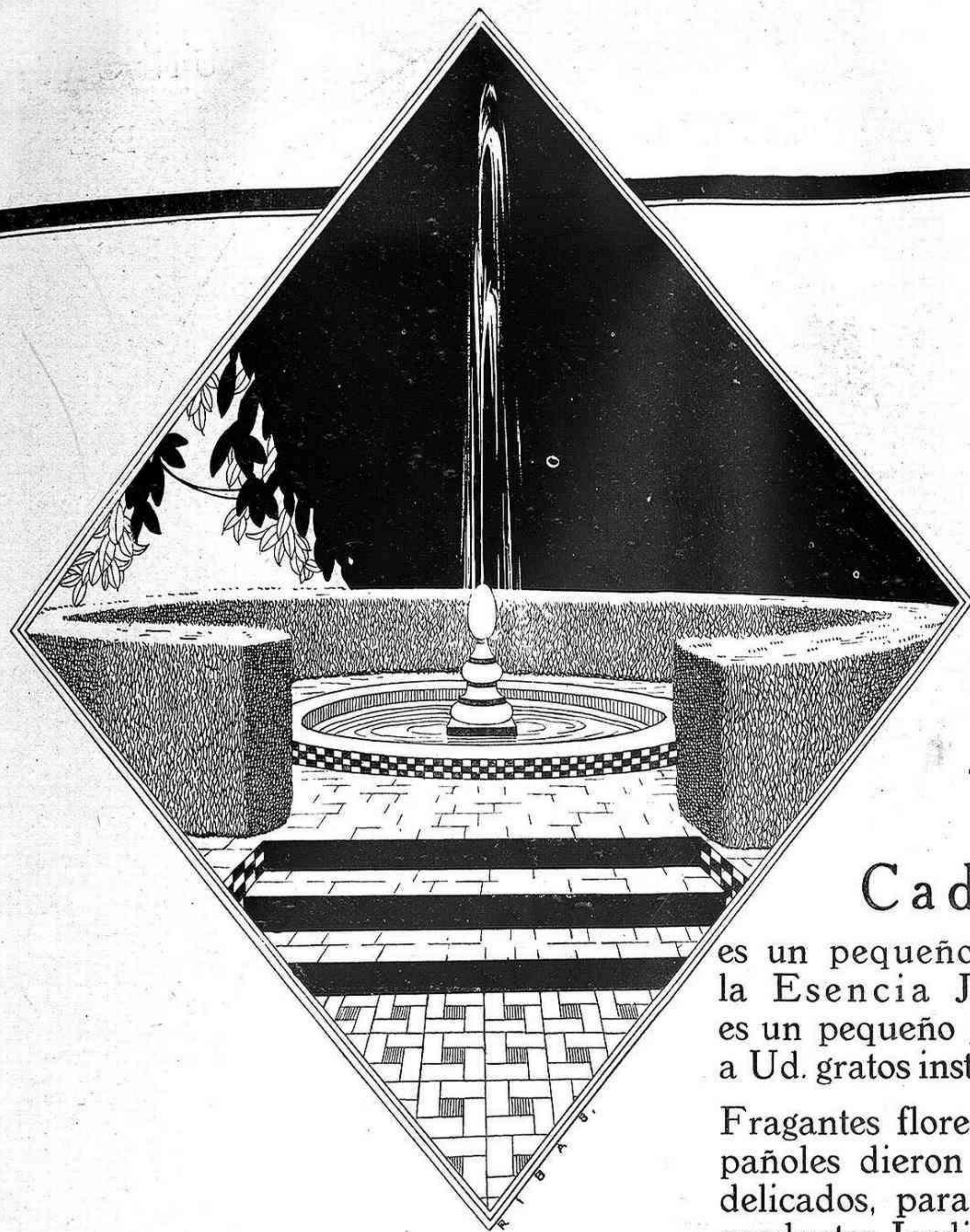
Todo esto es la moda, en esta temporada de transición, en esta hora, en este momento... ¿Mañana?... Mañana, ¿quién sabe?...

ALICE D'AUBRY

Paris, 1925.



Sombrero en seda plisada color grosella con una cinta de terciopelo en el mismo tono (Modelo Claire Merey)



Cada jardín

es un pequeño paraíso. Cada gota de la Esencia Jardines de España es un pequeño jardín, y, como él, brinda a Ud. gratos instantes, recuerdos y aromas.

Fragantes flores de nuestros jardines españoles dieron sus perfumes, intensos y delicados, para crear la nueva serie de productos Jardines de España, que ha obtenido un éxito muy satisfactorio en nuestro país y en otros muchos extranjeros.

Por su calidad y pureza constituyen estos productos la perfección máxima en artículos de perfumería. Los verá Ud. en el tocador de toda persona de gustos delicados en sus prácticas higiénicas. Úselos Ud. también. Los

 **JARDINES**
de **ESPAÑA**

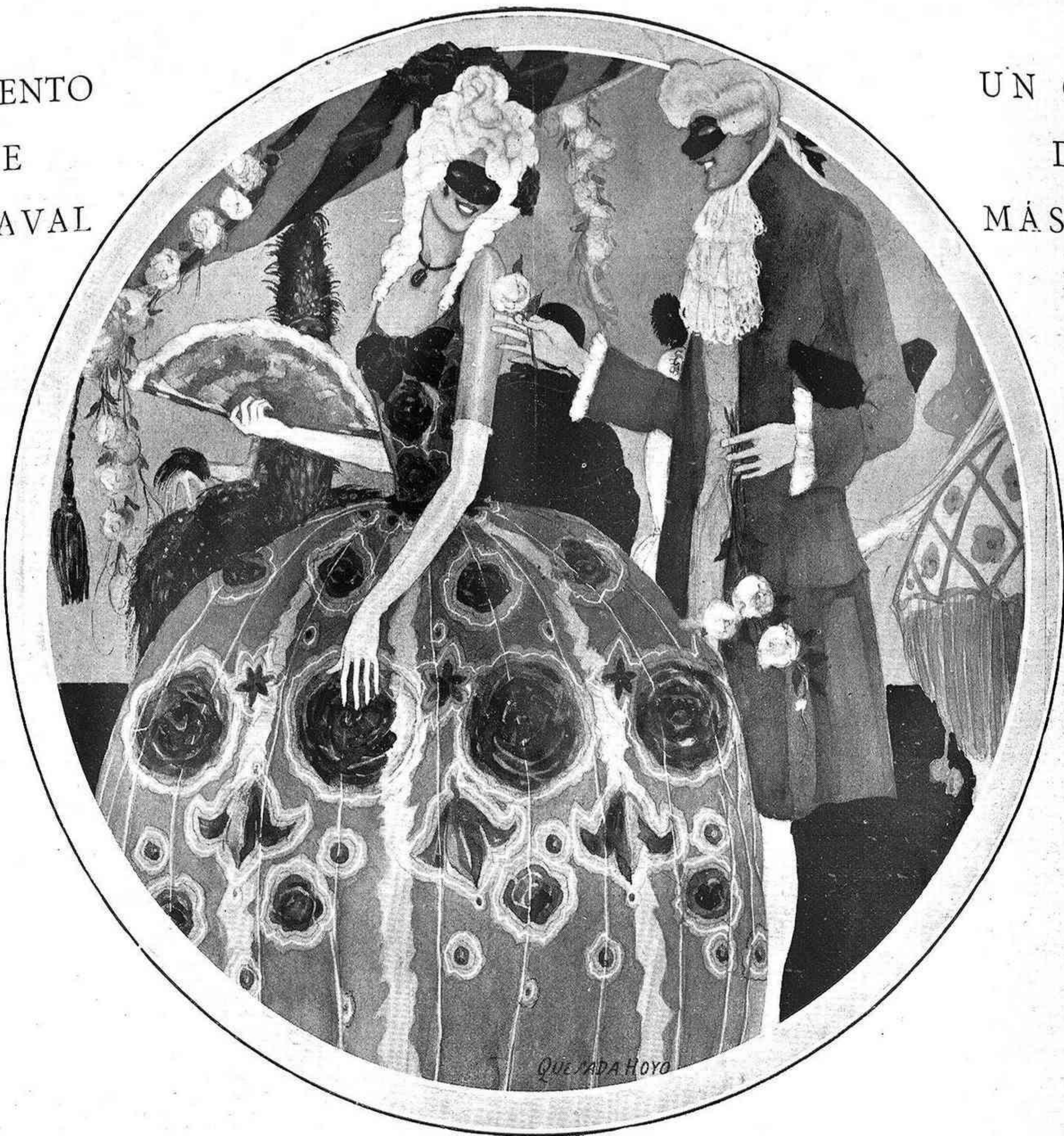
perfuman el mundo.

Jabón. - Colonia. - Extracto. - Polvos. - Loción, etc.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

EL CUENTO
DE
CARNAVAL

UN CASO
DE
MÁSCARA



Los príncipes de Yuancia, embajadores de Cástal en Solidia, abrieron sus salones á la aristocracia del mundo, con el pretexto de un baile de máscaras.

El príncipe Gustavo y la princesa Fernanda trabajaban con su imaginación y sus órdenes desde unos meses antes, y hasta alguna vez se vió á la princesa clavar tachuelitas negras en el forro ó en el dorso de algún lujo—donde se ve la realidad de los esplendores—, y alguna vez se la vió meter en su boca un dedo para refrescar el ardor de un martillazo.

Bien se advertía sólo en sus expresiones que bajaban de árboles genealógicos distintos: el de él era un árbol esbelto, de tronco plateado; el de ella estaba achaparrado y las raíces salían á flor de tierra para contárnoslo todo.

EL.—En la escalera pondrán mucho luz clara, ¿verdad?, que esconda sus estallidos...

ELLA.—Ya han oído ustedes al príncipe: en la escalera muchas bombillas.

EL.—En el *fumoir* y en los salones clásicos, donde hay chimeneas que pongan rica leña.

ELLA.—Convendría tal vez, amado mío, que entre los leños pudieran divisarse trozos de esas tallas antiguas que tanto estima la gente de dinero.

EL.—Más bien la gente de gusto...

ELLA.—Pero que ya no es un secreto para los acaudalados y sería un detalle... Con la actividad y el entusiasmo de la princesa, que tenían por freno al príncipe Gustavo, los salones del Palacio quedaron admirables. Era una cadena de diez salones, y cada eslabón iba quedando con una característica marcada.

El piso resultaba escurridizo é infinito poniéndose uno en línea recta con las puertas muy abiertas.

Como veía la princesa la inmensidad de su morada era cerrándose en la sala de los espejos, que tenía el suelo y el techo como las paredes: de luna. Entonces advertía que el Palacio estaba en el piso de enmedio de un rascacielos de altura extraordinaria, levantado sobre un solar de tamaño igualmente extraordinario.

En el salón del Amor había una gran riqueza «en»

sofás de «á dos», colocados de cualquier manera, como en una tienda de muebles, porque no había espacio para ponerlos ordenadamente. A algunos de ellos se les veía la arpillera del dorso; pero ¡se amaba tanto!... y ¡se amaban tantos!

Los tapices en su salón tenían escenas de Rubens, y el grano de la calidad ponía carne de gallina á las damas desnudas, según censuraba la princesa Fernanda.

ELLA.—Debiéramos poner una sala de cada color.

EL.—Eso no se ve ya. El duque de Sastells, que tenía de antes los siete salones del Arco Iris, cuando casó á la duquesita policromó cada una de las siete estancias, esparciendo sus propios muebles por ellas; todo antes que consentir los comentarios á sus anticuadas cursilerías.

ELLA.—Entonces... ¿los perfumaremos de distinta manera?...

EL.—Eso es mejor. Si el sol se descompone en los siete colores tal vez la luna se descomponga en diez fragancias distintas...

•••••

Los criados de calzón corto, caracterizados por sus tobillos y por los cordones de teléfono que se colgaban del corazón—admirable teléfono—, no anunciaban, porque las máscaras podían estar tapadas hasta las dos de la mañana, si ellas lo querían.

La última prosa que dejaba en el mundo exterior aquella selección de gentes disfrazadas, que se doraban para toda la noche en el Palacio de los Yuancia, eran las gotas de grasa que cada automóvil dejaba en la piedra del portalón.

Después todo era tapicería que silenciaba las pisadas, para que sólo se oyeran las sedas y los galanteos.

Todos se conocían y todos se conocieron. Y eso que había disfraces de todos los siglos y de los cinco continentes y de todos los capítulos de la Mitología.

Una marquesa de Solidia, que tenía más dinero que el emperador, se disfrazó con percalinas por si iba la emperatriz, que no quería que nadie se olvidara de que ella era la más rica de todos, y así ha-

bía comentario. Y he aquí que el silencio se fué haciendo poco á poco, para que todos se pudieran hablar al oído. Es que había una máscara nueva, más esbelta, más distinguida que nadie.

Parecía haber entrado por un rincón, porque el comentario se fué dilatando; no estalló como para los que entraban con el deseo de epatar.

Gastó una broma al príncipe Gustavo de Yuancia; después á una duquesa, á una infanta, al duque de Liex, que había tenido amores reales...

Era la máscara más enojada de distinción; pero sin joyas.

La princesa la miró con celos. Y sólo cuando se dijo por los oídos de todos que era seguramente la reina desterrada del Targal, la princesa Fernanda se sintió orgullosa, esperando la hora de las dos para descubrir delante de todos á la máscara que honraba su Palacio.

Pero á la hora de las dos la máscara había desaparecido sin ostentación, engañándoles por un espejo y escondiendo su realidad tras un biombo.

El comentario se esparció, mezclándose con los diez perfumes de los diez salones.

•••••

EL.—Parece oportuno que te diga una cosa: cuando esta mañana entró en mi dormitorio el ayuda de cámara me contó que en las habitaciones de servicio es espectáculo corriente las maravillosas imitaciones que de la aristocracia de Solidia hace tu primera doncella...

ELLA.—¿Es posible? Entonces..., ¿sería ella?...

EL.—Pudiera ser... ¡Tan distinguida!

ELLA.—Hoy será arrojada del Palacio.

EL.—Si el caso es de gracia, ¿qué te incita á esta determinación?

ELLA.—¡La envidia!

EL.—¡¡Cómo!!...

ELLA.—Sí, sí, su envidia; eso lo ha hecho por envidia, por envidia y por envidia...

EL.—Hasta luego, princesita... Y cálmate, cálmate, cálmate...

ANTONIO ROBLES

DIBUJO DE QUESADA HOYO

PRIMERA EXPOSICIÓN DE LA CONSTRUCCIÓN Y HABITACIÓN. — MADRID

«Stand» de la importante Casa Pablo Cantó, dedicada á la fabricación de tubería de cemento, cuya aplicación en la construcción moderna es de muy positivos resultados.

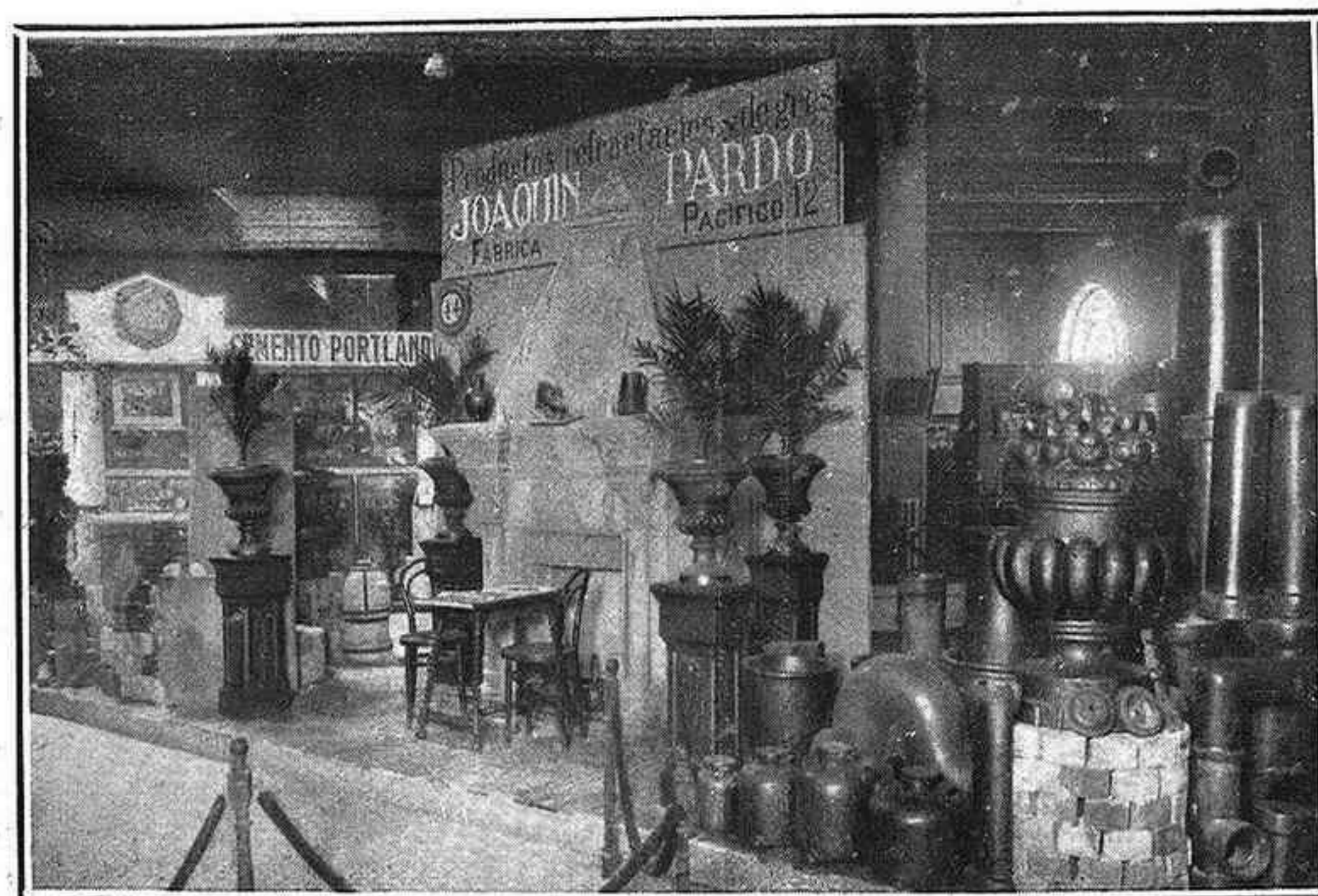
Oficinas: Princesa, 34. — Fábrica: Paseo del Comandante Fortea, 4. Madrid



«Stand» que ha presentado el prestigioso industrial valenciano D. José Guillot García, cuya fábrica, sita en Valencia, calle de Jesús, núm. 40, se dedica á la fabricación de armaduras de todos sistemas, puentes, vigas armadas, vagones, faroles y candelabros artísticos, verjas y toda clase de construcciones metálicas.

Instalación del «Stand» de la Casa J. Pardo, dedicada á la fabricación de tubería de gres y ladrillo refractario.

Fábrica: Pacífico, 12. Madrid.

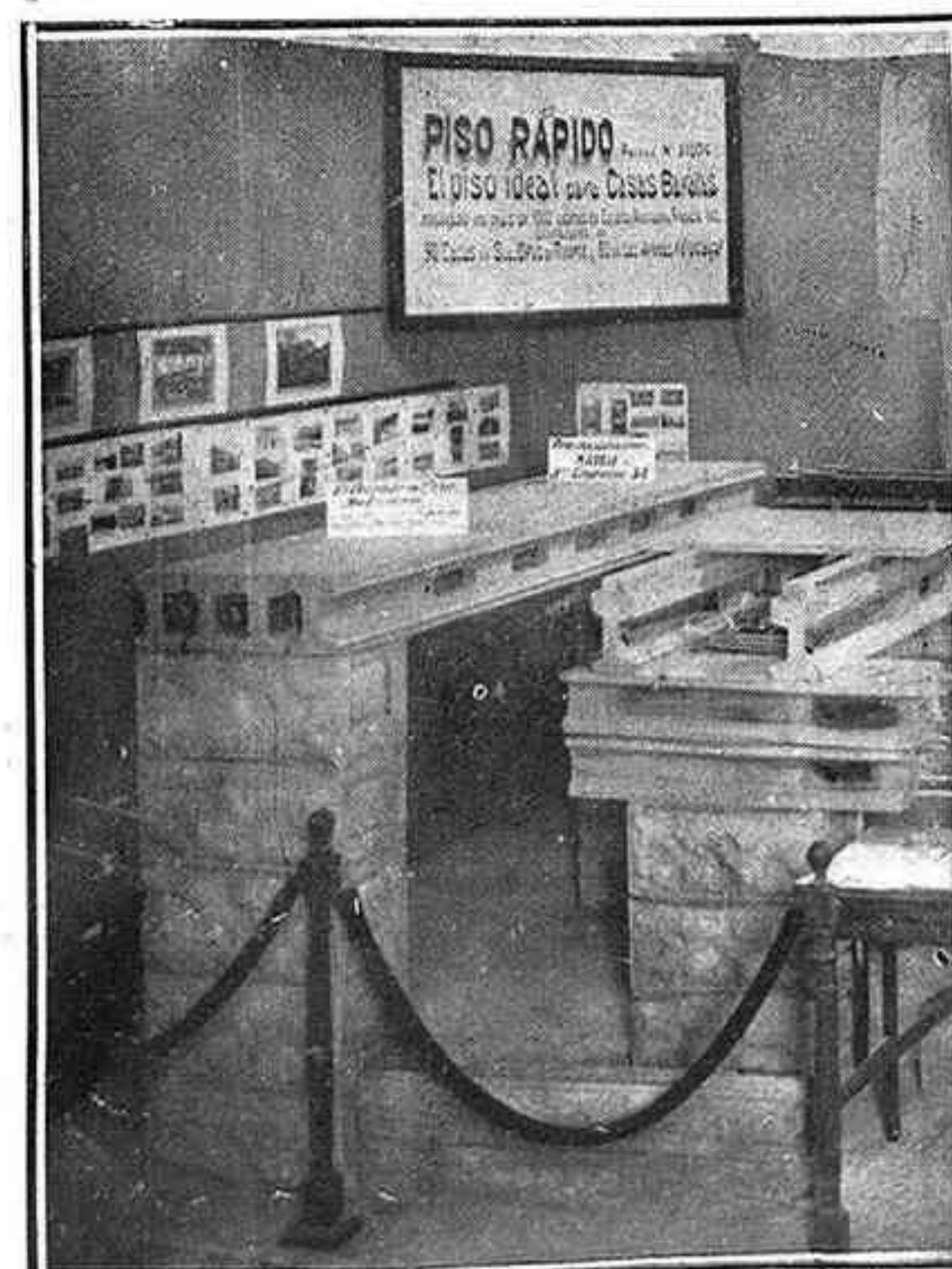


Vista del «Stand» de la Casa Metzger, S. A., dedicada á la fabricación de toda clase de maquinaria moderna para obras y construcciones.
BARCELONA: Paseo de Gracia, 76. — **MADRID:** Plaza de la Independencia, 8 Casas en Sevilla y Valencia.

PISO «RÁPIDO»

Piso doble (formando á un tiempo suelo y cielo raso), compuesto de vigas de hormigón armado, fácilmente transportables.
 El forjado de piso más económico.
 Patentes nacionales y extranjeras.
 Cédense licencias exclusivas y equipos de fabricación.

Agencia general del Piso RÁPIDO:
 Bilbao: Ibáñez de Bilbao, número 13.



LOS GRANDES AGIOS

Cuando pasen los años, y aun siglos, la portentosa faenita de los marcos, trocados en humo por obra y gracia de la sagacidad teutónica, que ha sabido estrujar las bolsas del mundo entero para prepararse á una guerra futura, figurará en la Historia como el agio más formidable que pudo soñar la imaginación calenturienta de cualquier financiero desaprensivo. Un agio *kolossal*, sin precedentes.

Entendámonos. Sin precedentes por la cuantía fabulosa, no por la índole del hecho, que se ha dado y se dará mientras siga siendo la sed de oro la pasión más universalmente sentida. El que sepa estimularla en provecho propio, vencerá siempre. Nadie escarmienta ante el espectáculo de los agiotistas enriquecidos á costa del ahorro ajeno. Los perjudicados de hoy, serán los entusiastas de mañana. Todos tenemos una morbosa propensión á vaciar el bolsillo en manos del primero que viene á protegernos desinteresadamente, dándonos duros á peseta.

Desde que el mundo es mundo han abundado las «águilas» financieras, decididas á librar al prójimo de los cuidados y preocupaciones inherentes á la custodia y conservación del metal precioso. Tal vez el más emérito de los agiotistas sea el escocés John Law, discípulo, según él, de Locke y de Newton, hombre de gratísima presencia y carácter por demás sugestivo. Llegó á Francia cuando, agotados por los malos gobernantes los medios de obtener ingresos, era imposible crear nuevos tributos y no bastaban los existentes para satisfacer las exigencias del Erario. Luis XIV había muerto, dejando á la nación empeñada en muchos millones. Law ofreció al duque de Orleans, que acababa de encargarse de la Regencia, y vió aceptada al punto su panacea crematística.

Cierto que sus ofertas eran tentadoras. Comprometíase á redimir al reino de su deuda, aumentar los ingresos del Tesoro y disminuir los tributos. ¡Casi nada! Bastábale para ello—naturalmente!—crear un valor ficticio que sustituyese al valor real. Así nació la famosa Compañía de las Indias Occi-

dentales, que, además de explotar el territorio del Mississippi, monopolizaría el tabaco, el comercio con la China y otras fuentes de riqueza, á cual más fantástica y seductora. A este fin se fundó el «Banco de Law y Compañía», con capital de sesenta millones de francos, dividido en acciones de cinco mil, que se compraban pagando la cuarta parte en dinero y el resto en billetes del Estado, depreciadísimos á la sazón. Hábiles anuncios invitaron al público á enriquecerse con muy liviano esfuerzo. Se esparcieron noticias quiméricas acerca de las minas de oro y diamantes, enclavadas en la Colonia del Mississippi. Caravanas de supuestos iroqueses, portadores de lingotes de oro, cruzaba París en dirección á la Casa de la Moneda. El público empezó á acudir á la calle de Quincampoix, centro de las operaciones de Law, con curiosidad primero; después con entusiasmo; luego, con frenesí. La cotización de los títulos llegó á elevarse hasta treinta veces sobre el valor nominal... Hasta que sobrevino la inevitable bancarrota, con el consiguiente descrédito de Law, que á pique estuvo de ser asesinado por los mismos que poco antes le adoraban.

Inglaterra, la sesuda Inglaterra, no se libró de una fiebre análoga. En 1718, el Parlamento había promulgado un *bill* concediendo á la Compañía del Mar del Sur el comercio de contrabando con las colonias españolas de la América Meridional. Inmediatamente, sir John Blunt y otros varios caballeros de industria emitieron acciones de cien libras esterlinas, que fueron compradas en trescientas al momento. El oro acudió, vertiginoso, al señuelo de la supuesta ganancia enorme. En la Change-allie londinense hicieron tantas locuras como en la calle parisina de Quincampoix. Y luego, es claro, la del humo...

También Holanda padeció su fiebre financiera, totalmente ridícula, por cierto. Los valores que se cotizaban eran plantas de tulipanes, todo lo lindas que se quiera, pero desprovistas de significación fiduciaria, llegándose á pagar sumas fabulosas por bulbos ó cebollas de tulipán, que el día del desengaño perdieron su importancia en absoluto.

Pero todos estos agios tenían un fondo de realidad. Existía el Mississippi, aunque sin oro ni diamantes. El Mar del Sur tampoco era una utopía, si bien lo fuesen los negocios que alucinaron á la flemática Albión. Los tulipanes holandeses se veían y se tocaban. Los marcos, signo monetario de una nación poderosa, y en apariencias honorable, eran también, antes del ingenioso éscamoteo, una realidad tangible... Lo asombroso, lo estupendo, es el agio de nuestra perinclita y nunca bastante ponderada doña Baldomera—hija, por cierto, del famoso *Figaro*, y harto más genial que su padre en el arte de proveerse de «telángana» á costa ajena—. Un buen día comenzó á circular por Madrid la noticia de que cierta dama honorable admitía dinero en una especie de Caja de Ahorros, dando á los imponentes el pingüe rédito de real por duro al mes, ó sea un hermosísimo 60 por 100 al año. ¿En qué empleaba aquellos capitales? Nunca lo dijo. ¿Garantías á responder? Jamás las ofreció. Si algún tímido trataba de inquirir, apresurábase á devolverle su dinero: «Tenga, y márchese, que aquí no queremos que nadie esté á disgusto.» Como es lógico—dada la falta de lógica imperante en la materia—, llovieron las imposiciones. Grandes y chicos acudían á doña Baldomera con su óbolo. Hubo labradores que vendieron sus yuntas y aperos, propietarios que enajenaron sus fincas para entregar cantidades más crecidas... Como ahora... ¡Como siempre!... Hasta que una noche la ilustre dama desapareció, cuando el «gato» estaba, en su concepto, bastante gordo...

Aunque se juzgue esta afirmación como un alarde de humorismo, yo creo que los agiotistas y los loteros son los más grandes bienhechores de la Humanidad. Antes de darnos el desengaño definitivo nos han hecho soñar fastuosidades imposibles. Y como, indudablemente, somos más dichosos soñando que viviendo, bendigamos el engaño de que nos hacen víctimas, ya que perfuman con un poco de idealismo la prosaica realidad.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

MORIR

*Quiere volar mi alma, y yo la digo:
Vuela, vuela al azul; sé golondrina;
vuela si quieres á la azul neblina
de los ortos; sé libre; no te obligo
á encerrarte en mi pecho. Si te pesa
lo mortal de mi carne, vete á esa
estrella de los cielos matutina,
á esa estrella de luz que tú prefieres,
tan pura como tú, tan cristalina.*

Ser poeta es sensible.

*Siempre el cieno
de esta carne mortal, como un veneno,
amargando el soñar de nue. tra vida.*

Ser poeta es sensible.

*Siempre el alma
queriéndonos dejar; siempre transida
de un anhelo inmortal que nunca llega;
de ser ave y subir, subir, volando,
y, al tiempo de subir, irse dejando
la carne aquí en la tierra desprendida.*

*—Toda Psiquis, que es pura,
quiere volar á Venus, á esa estrella*



Por F. LÓPEZ MARTÍN

*tan clara, diamantina,
que trémula fulgura
de los ortos de fuego en la neblina.—*

*Y aunque sé que mi espíritu es la llama
interior de mi vida y que la muerte
sin él me ha de llegar, si es por su suerte,
puede volar, huir, no le detengo;
tanto es así, que todas las auroras,
como en una oración, este coloquio,
hecho todo de luz, con él mantengo.*

COLOQUIO

*Mi espíritu: ¡Oh, estrella,
matutino lucero
del claro amanecer: quién á ti fuese
y en tu lumbre de oro,
por un feliz milagro, se prendiese!*

*Y yo: Venga el arquero
que, cogiendo mi alma, con sonoro
vibrar de flecha airada,
la lance hacia esa estrella disparada.*

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



Foto
Prast y
Cavariño

Las bellísimas tiples del nuevo Teatro Alkazar, recientemente inaugurado en la calle de Alcalá



ALCOHOLATOS

PARA EL TOCADOR Y EL BAÑO
de Acacia, Clavel, Heliotropo, Jazmín, Lilas, Rosa, Violeta y Nardos.
DELICIOSO PERFUME
ALCOHOLERA ESPAÑOLA. — CARMEN, 10
Rechácense las imitaciones
Envíos a provincias y al Extranjero

PROVEEDOR FABRICANTE
EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE BUENOS AIRES 1910
DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Y DE S. A. LA INFANTA ISABELA
VICTOR SARASQUETA
MANUFACTURERA MECANICA EIBARRESA
ESCOPEYAS FINAS DE CAZA
Y TIRO DE PICHÓN
LIBAR
GUIPUZCOA
España

solícitense catálogos, que se remitirán gratis, mencionando esta Revista

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

PARA ADELGAZAR
EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.



¡SEÑORAS! y quedaréis tan limpias de vello, que nadie podrá igualaros en hermosura y juventud. Destruye por completo la raíz sin perjudicar el cutis.
USANDO
DEPILATORIO ARABE Bote con instrucciones 5 pesetas

se remite por Correo, mediante Giro postal. Depósito de venta: Eugenio Sarra y en todas las principales perfumerías, Barcelona.

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE *Pedro Closas*

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

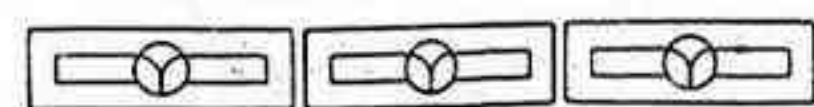
Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21
BARCELONA

LEA USTED
el libro popular sobre
la Relatividad

Einstein y el Misterio de los Mundos

(Con profusión de grabados)
Cuya primera parte acaba de ponerse á la venta y en donde Pelayo Vizuete explica la teoría con la mayor sencillez, claridad y método.

Precio: 2,50 pesetas
Pedides á **EDITORIAL ARTE Y CIENCIA, C.A.**
San Sebastián, 2, bajo derecha, Madrid.

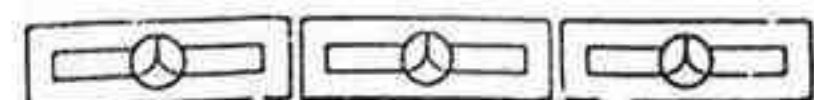


Lea usted los miércoles

Mundo

Gráfico

30 cts. en toda España



EXPOSICIÓN VERDUGO LANDI

EN LOS SALONES DE

"EL SIGLO", DE BARCELONA



Desde el 20 Febrero al 20 Marzo

Maravillosa Crema de Belleza - Inalterable - Perfume suave.

REINE DES CRÈMES

DE J. LESQUENDIEU PARIS
CREMA de TOILETTE INDISPENSABLE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS
De venta en toda España Agente: J. ROS & Cuesta Santo Domingo, MADRID

DEPILATORIO JOVINCELA

EXTIRPA EL VELLO DE RAIZ

CADA VEZ QUE SE APLICA REAPARECE

MENOR NUMERO DE PELOS

IGUAL QUE CON LA

DEPILACION ELECTRICA

De venta en todas parte.

Fabric: I. BELLVE, Apart. 808, BARCELONA



Agentes exclusivos de esta publicación
en la ISLA DE CUBA:

"LA MODERNA POESÍA"

Pi y Margall, 135-139
HABANA

ARTÍCULOS DE JULIO BURELL

HOMENAJE

DE LA

ASOCIACION DE LA PRENSA

PRÓLOGO

DE

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

CINCO PESETAS

V I G O



Lloyd Norte Alemán. — Bremen

SERVICIO REGULAR DE VAPORES CORREOS
RAPIDOS ENTRE ESPAÑA Y SUD AMÉRICA

19 de Marzo:
CRELFELD. Ptas. 567.90

Directamente para Lisboa, Rio Janeiro,
Santos, Montevideo y Buenos Aires,
saldrán de Vigo los rápidos vapores correos
alemanes de gran porte

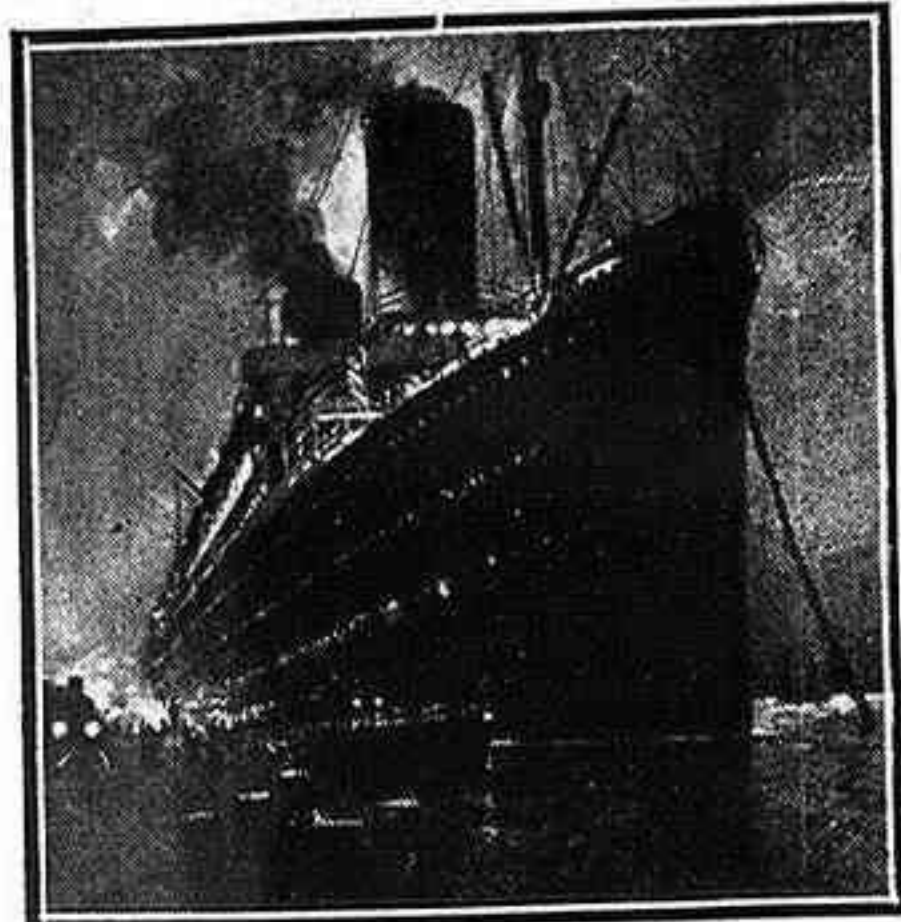
25 de Marzo:
SIERRA MORENA ...

26 de Febrero:
KOELN. Ptas.

Los vapores KOELN del 26 de Febrero y el
SIERRA MORENA del 25 de Marzo no admiten
pasajeros de tercera clase.

4 de Marzo:
SIERRA VENTANA ... 632.90

Todos los pasajeros de tercera tienen á su
disposición un amplio salón comedor, fumador y salón de conversación. Las comidas
son abundantes y muy variadas, siendo servidas por camareros uniformados.



Para más detalles, informa el agente
general de la Compañía en España
LUIS G. REBOREDO ISLA
VIGO, García Ollgoqui, 2. — VILLAGARCÍA, Marina, 14
En BUENOS AIRES, Cangallo, 336

Ramiro Vazquez



Arenal, 12 - VIGO

ALVAREZ Y REY, S. L.

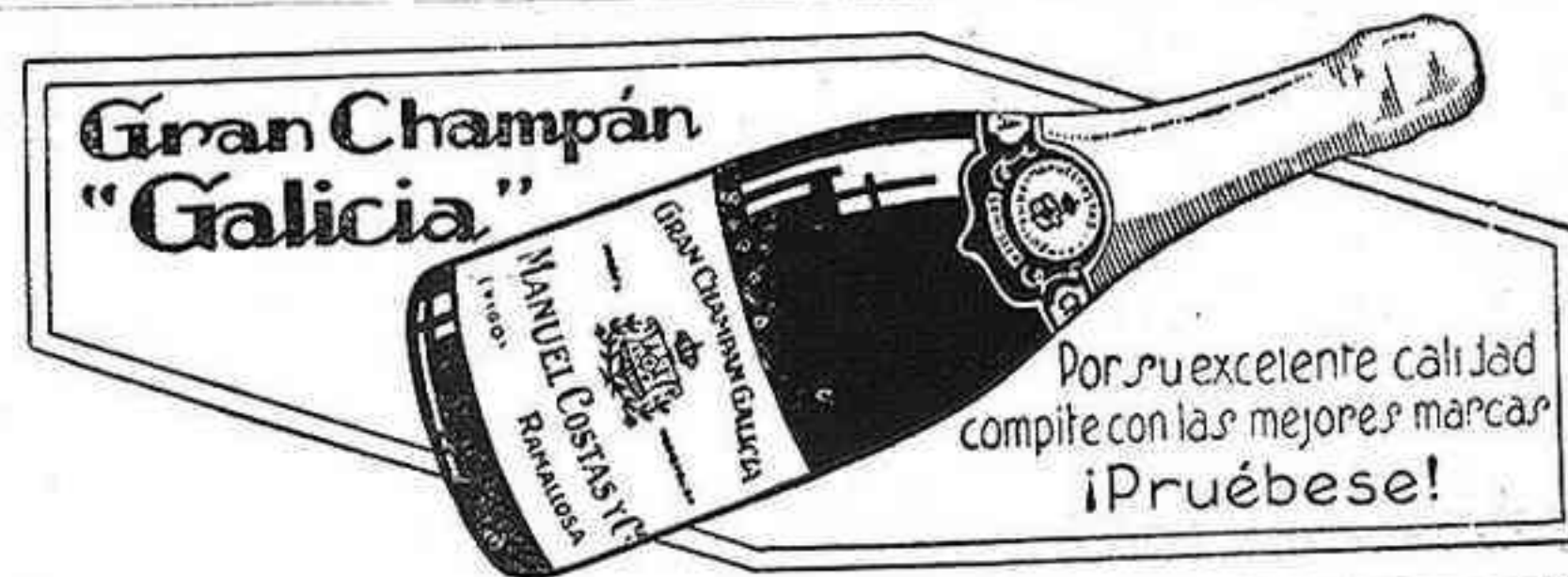
Victoria, 10. — VIGO

Grandes almacenes de Loza, Porcelana, Cristal, Bateria
de cocina — Servicios para Hoteles, Bares y Casinos
TALLERES DE DECORACIÓN de loza y porcelana
MONOGRAMAS, GRECAS, ETC.

Lea usted la hermosa Revista de Modas

ELEGANCIAS

TRES pesetas ejemplar en toda España



Por su excelente calidad
compite con las mejores marcas
¡Pruébese!



INDUSTRIAS FORB S A
TRAVESERA 316 BARCELONA

AGENCIA GRAFICA

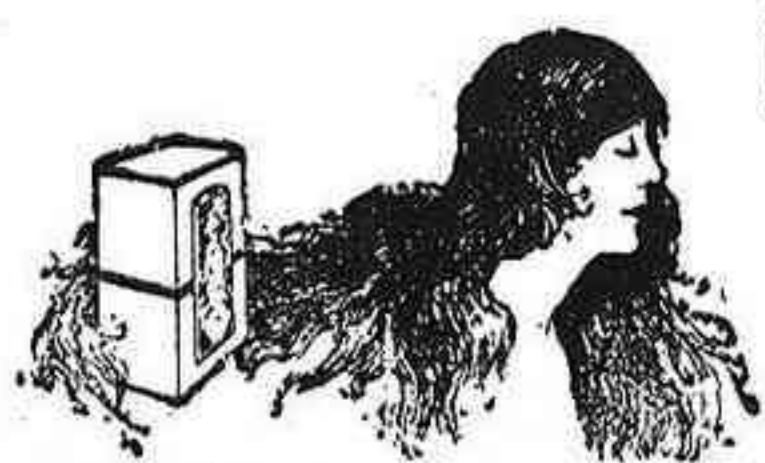
REPORTAJE GRÁFICO
DE
ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase
de periódicos y revistas
de España y Extranjero

Pida condiciones
á

AGENCIA GRÁFICA
Apartado 571
MADRID

5 DUROS DIARIOS
puede Ud. ganar vendiendo abanicos
PAY PAY para anuncio
y cobrar las comisiones en el acto.
Se necesitan representantes.
Fábrica VILAR, Cortes, 548
BARCELONA



Agua RADIUM — TINTURA INSTANTANEA

CABELLO y BARBA Matices naturales y permanentes.
Una aplicación cada tres meses.
Negro, castaño obscuro, castaño claro, etc.

CORTÉS HERMANOS, BARCELONA.



Si respiráis

con una

PASTILLA VALDA

EN LA BOCA

os preservaréis
del FRÍO, de la HUMEDAD,
de los MICROBIOS.

Las emanaciones antisépticas de este maravilloso
producto impregnarán los recodos más inacces-
sibles de la Garganta, de los Bronquios, de los Pulmones,
y los harán refractarios á toda congestión,
á toda inflamación, á todo contagio.

NIÑOS, ADULTOS, ANCIANOS
Procuraos en seguida,

Tened siempre á mano

LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA

que se venden solamente en CAJAS
llevando en la tapa el nombre

VALDA

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azucar-Goma.

Lea Ud. los martes AIRE LIBRE

SARNA-ROÑA

y picores de la piel
ANTISARNICO MARTÍ
Único que la cura sin baño.

Venta en Farmacias y Droguerías
SE VENDEN los clichés usa-
dos en esta Re-
vista -:-: Hermsilla, 57

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las
correspondientes al primer
semestre de 1924

De venta en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermsilla, 57,
al precio de 7 ptas. cada semestre
Para envíos á provincias añádanse 0.45
para franqueo y certificado

Pida una lata



Es el mejor
FIAMBRE
Última creación
de la Fábrica

SIBERIA, de Vich

*El Ford
realiza el ideal
de
toda
mujer
práctica y elegante*

